ANDREA MATTE

# Salirse de madre

Catalonia

# SALIRSE DE MADRE

ANDREA MATTE

# SALIRSE DE MADRE

Catalonia

MATTE, ANDREA

**SALIRSE DE MADRE**

Santiago, Chile: Catalonia, 2022
176 p.; 15 x 23 cm

ISBN: 978-956-415-001-7

ISBN digital: 978-956-415-002-4

NARRATIVA CHILENA
863

Diseño de portada: Amalia Ruiz Jeria
Ilustración de portada: Acuarela *Obra para un hermano* de Macarena Matte L.
Corrección de textos: Hugo Rojas Miño
Diagramación interior: Salgó Ltda.

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Editorial Catalonia apoya la protección del derecho de autor y el copyright, ya que estimulan la creación y la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, y son una manifestación de la libertad de expresión. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar el derecho de autor y copyright, al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo ayuda a los autores y permite que se continúen publicando los libros de su interés. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información. Si necesita hacerlo, tome contacto con Editorial Catalonia o con SADEL (Sociedad de Derechos de las Letras de Chile, http://www.sadel.cl).

Primera edición: diciembre, 2022

ISBN: 978-956-415-001-7
ISBN digital: 978-956-415-002-4
RPI: trámite wlj11r (15/12/2022)

© Andrea Matte, 2022
© Editorial Catalonia Ltda. 2022
Santa Isabel 1235, Providencia
Santiago de Chile
www.catalonia.cl - @catalonialibros

*A mi padre, por el privilegio de vivir a su lado.*

*A Lucho, mi hermano, por hacer de la vida un lugar sin límites.*

*A Patricia, quien me enseñó que la verdad no es transable.*

# Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51

# Capítulo 1

Vivíamos en una casa grande, extendida. Corredores largos, ventanas, puertas y más puertas. Yo vagaba desde el alba, husmeando, tratando de detectar el sentido de las cosas que se hablaban, los acontecimientos que sucedían, las causas, los porqués, los cómos.

No era fácil. Nadie daba la menor información en ese tiempo. Había que arreglárselas como uno pudiera. Supongo que los ratones del entretecho tenían que hacer lo mismo que yo, que pertenecía a la raza de los menores, de los invisibles, de los que vivían tras las puertas, de los que nadie tomaba en cuenta para casi nada.

No me gustaba esa radio vieja, siempre prendida, sobre el mesón de la cocina. De ella salía una música sin sonrisas. Solo lágrimas. Y noticias antiguas. O lejanas. También, noticias temibles. Personas a las que les pasaría algo horrible dentro de poco. Nombres. Listados. Una música marcial que me aterraba. Esa década de los ochenta, que no transcurría, pegada al aire, a los calendarios estancados.

Todo tenía olor.

Olor a ropas viejas. A tristeza.

Una música que me hacía mirar por el ventanal.

Como si ahí estuviera la respuesta. ¿A qué? No sabía a qué.

Tangos. Así les decían. Música de tango. Acordes arrastrándose sobre las largas baldosas blancas y negras de la cocina.

Esa mañana había comenzado como las otras. Pero también había sido distinta a todas las otras. Difícil de olvidar. Durante mucho tiempo después, seguiría viviendo la misma mañana, incrustada en mi mente.

Casi no había habido ruidos. No como otras veces. Ni gritos. Ni portazos. Ni discusiones.

Esta vez había sido un sonido suave. Una puerta cerrándose. La de la entrada. ¡Clic!

Solo eso entrando en mi oído alerta. Nada más.

Pero yo conocía el lenguaje de ese ¡clic! Había temido oírlo durante mucho tiempo.

Y ahora, ahí estaba.

Corrí por la galería larga. Las paredes y ventanas pasaban veloces junto a mis ojos.

Abrí la puerta de su pieza. Corrí a su baño.

La peineta había desaparecido. Y el bolso de maquillaje. Y el secador. Y su *rouge* especial.

Ese con el que yo me pintaba a veces la boca para disfrazarme de ella y volverme linda, grande, elegante, seductora, con todas las respuestas en mi bolsillo.

Abrí el clóset. Los zapatos azules tampoco estaban. Ni su vestido de salir. Ni su abrigo.

La mamá. Se había ido.

El mundo se me tambaleó.

Corrí hacia la cocina. Las sílabas pegadas a mi boca. No podía hablar. El universo dado vuelta.

La mamá. Su silueta vacía. Todo faltaba. Era como si un hoyo feroz se hubiera abierto en el mundo. De pronto, nada existía.

La mamá no estaría ahí, con nosotras, como todos los días en esa esquina del comedor, sentada mientras yo comía, ayudándome a tragar el larguísimo hilo eterno del queso derretido de las empanadas; *no, linda, no te vas a ahogar, no, nadie te va a colgar por la garganta con el hilo de queso, no tengas miedo, mira cómo lo hago yo, ¿ves?*

Y levantaba su cuello recibiendo el hilo fino, amarillento, que desaparecía dentro de su hermosa boca de color perfecto.

Yo quería ser ella. Ir convirtiéndome en ella hasta llegar a ser adulta y vivir en el extraño mundo de los adultos de la manera esplendorosa y brillante como lo hacía ella.

Y ahora, ya no estaría más. Se había esfumado. Sorprendente, súbita, como era ella misma. Capaz de tomar una decisión de siglos en un segundo.

Ahora era la cocina. El humo. El frío. El gran mesón. Ante él, la otra ella, la que no se iba nunca. La que siempre se quedaba con nosotros. La nana. Ahí estaba, como todos los días. Con la pupila clavada en mi cara. Tras su delantal, su ceño levemente fruncido. Haciendo siempre algo. Rallando queso, preparando una masa, secando platos.

Sus arrugas gobernando cada uno de mis movimientos.

Había que guardar el miedo, las preguntas. Y, por supuesto, las lágrimas.

Mi mamá se ha ido para siempre. Abrí la boca para decirlo. Pero de mí no salió una sola palabra. La frase era demasiado grande, demasiado fuerte como para que yo ni siquiera pudiera pronunciarla en voz alta.

Mi nana seguía amasando. Sus ojos no parecían contemplarme, pero me observaban.

Me acerqué a mirarla. Mi nariz llegaba al borde del mesón.

Ella y su radio. Los tangos inundando el aire, la masa, el mundo.

—¿El queso se va a poner...? No podía pronunciar la palabra.

—Sí. Se va a poner latigudo. Así se llama. Empanadas de queso latigudo.

—Cuando las fría —aclaró ella.

—Ahora las estoy haciendo y el queso está duro.

—A ver, córrase para allá, deme espacio. Me aparté unos centímetros.

—Oiga… ¿los pedazos de queso se van a…?

Preguntas que quedarían sin formular, sin contestar por los siglos de los siglos. Tenía miedo. Pero ahí estaba ella. Ella y su mirada de águila sobre mi cabeza. Vigilante, dominando cada uno de mis gestos. Sosteniendo el día huérfano, la existencia sin puntos de apoyo. Sosteniendo el clóset vacío, el eco de los zapatos azules alejándose en puntillas por el corredor.

Sus manos grandes dando vueltas la mezcla de harina, huevos, leche, hasta volverla una masa humana. Alguien, algo naciendo ahí, entre sus dedos.

Ella hablando en rezongo, mirándome de reojo.

—De los siete, usted, lejos, la más mañosa para comer, ¿no es cierto, niña? —Algo parecido a una sonrisa esbozándose entre sus labios apretados.

Yo no podía dejar de estar con ella ahí, mis ojos a la altura del mesón, horizonte de melamina amarilla. Mirarla. Observar sus manos, las arrugas de su cara, un mapa aprendido de memoria, en el que yo me movía como en un refugio. No me quedaba ya nada seguro en el mundo fuera de ella. Era mi único punto de referencia. Un pilar alrededor del cual se erguía toda la rutina de esa casa.

No hablaba. Era parca, pero en algún repliegue algo se guardaba. Como una sorpresa. Yo conservaba en la memoria cada uno de sus gestos. El olor de esa cocina. Del aceite en el sartén negro. El paisaje de mi mundo sin muros. Sin seguridades.

La miraba todo el tiempo, mis ojos clavados en su cara.

Sus arrugas, pequeñas hendiduras por las que yo transitaba, confiada. Podía retener ese olor, ese ruido, esos movimientos.

Me gustaban. Eran seguros. Me daban tranquilidad. Borraban las pesadillas. Afuera, todo era temible. La radio vibraba con las noticias del mediodía. Operativos. Detenciones. Exilios. Listados de nombres. Palabras cayendo como piedras ahí afuera, en la realidad.

Ella siempre ocupaba la misma fuente de loza azul y blanca, cortaba la misma cantidad de queso, de manera perfecta.

Cada cubito, igual al otro. Pedazos contundentes.

—Que no se note pobreza —decía.

El plato con los dibujos azules. Los dados de queso arriba.

Me los imaginé después, dentro de la empanada, retorciéndose, perdiendo su forma, entrando en mi garganta.

Yo, tragando ese hilo. Yo, tragando ese hilo eterno para siempre. Mi garganta cerrándose. Vendrían las arcadas, las carreras al baño, los golpes en la espalda, las manos en la cabeza, el vómito. Las exclamaciones cruzándose sobre mí.

—Por Dios, esta niña es una sola maña...

Cerré los ojos. Intenté memorizar solo los pedazos inertes del queso frío, como soldados inmóviles. Calmos. Impasibles e imposibles de derretir.

Volví a concentrarme en su cara. Sus anteojos opacos, llenos de manchitas blancas. Sus manos en lucha con la masa, dominándola.

—No me gusta cocinar con moscas mirándome —decía en medio de su cocina, limpia como laboratorio.

¿Cuántos años me demoré en entender que yo era la mosca? Una mosca de ocho años, de ojos inmensos, atenta a cada uno de sus ademanes, de la forma desengañada de sus labios, de su expresión que parecía venir de vuelta de todas las peripecias de este mundo, de esa voz de lejanía saliendo de la radio, *por una cabeeeza... de un noble potriiiillo...*

Y así seguía, manipulando la masa, haciéndola bajar de nivel. La montaña informe de harina, manteca y leche que iba domando poco a poco hasta convertirse en una lámina dúctil, color carne, extendida sobre el mesón.

Amasando, aplanando la superficie, dejando la masa al nivel de mis ojos.

Sus manos, sus hombros moviéndose con rigurosidad, firmeza junto al polvo blanco que iba cayendo sobre el mesón, sobre el suelo, sobre mis zapatos de charol, dejándolos

nevados.

Mojé mi dedo índice en saliva, pegué el polvo en mis dedos y me lo pasé por la lengua. Era lo único que se podía comer. Su horario, sus normas eran estrictas.

—No hay comida entre horas —alegaba—. Esa no alimenta. Es la única manera de que coman lo que deben y no ratoneen. Además, nada sobra aquí.

Era una norma sagrada y nadie podía contravenirla.

Sentí el gusto del polvillo en mi boca. Otra decepción. No era el polvillo dulce, exquisito, que esparcía después sobre las empanadas. Este era indiferente, amargo.

—Oiga, pero esto no es…

—Azúcar flor, se llama, niña, no entiendo cómo puede confundirlo con la harina, son completamente distintos —exclamaba, moviendo la cabeza.

A cada segundo humedecía sus dedos en un agua turbia de un plato, que yo miraba con recelo, porque, mientras más lo hacía, más turbia se ponía el agua. Como una sopa pantanosa, opaca, tristísima.

Daba infinitos y perfectos golpecitos a las orillas de miles de círculos de masa, mientras tarareaba sus tangos.

Esas melodías arrastradas, lentas, que yo aborrecía, pero que resultaban indispensables en la cocina, porque mientras pasan los días y la miras hacer las cosas, *verás que todo es mentira, que al mundo nada le importa, yira… yira…, por una cabeza, todas las locuras, su boca que besa borra la tristeza, calma la amargura.*

De tanto oírlas terminé por aprenderme todas las letras. La memoria era lo único que me salvaba de la desaparición del mundo.

Mantenía el uslero siempre a su derecha, pasándolo sobre la masa con ademanes secos, de intensidad variable. Más de una vez lo había utilizado como arma de corrección. Mis hermanos le tenían un respeto reverencial. Todo con una cadencia seca, severa. Lo dejaba, lo volvía a tomar, lo dejaba de nuevo. Su ritmo, el ritmo del mundo. La masa bajo él aplacándose, dominada por completo, sometiéndose a sus deseos, a su estricta expresión. Sus manos severas. Intransables. Las manos que daban sentido a mi mundo.

Ese día me armé de valor.

—Yo no quiero con... ques... —comencé a decir.

Sus ojos clavados en mí. Inmovilizándome como una mosca de insectario.

—Las empanadas de queso son con queso, que yo sepa.

—Sí, pero ¿podría...?, ¿podría hacerme una...?

—¿Una qué? No deje las frases sin terminar, niña.

—¿Que si no podría hacerme una… sin… queso…?

—¿Una empanada de queso sin queso? ¡Dónde se ha visto! Su voz retumbante llenó la cocina.

—A ver, quite, que la voy a llenar de harina.

Pero algo había en sus ojos. Ahí, en el fondo de sus pupilas, una lucecita, un guiño pequeñísimo, tal vez inexistente… Mis ojos ansiosos lo detectaron. Como un barco perdido buscando un faro.

El rito continuaba. Los pedazos de queso eran grandes, que no se notara pobreza,

decía. Las empanadas casi no cerraban. A pesar del agua tibia, puesta con los pulgares en el borde. Algunas se rompían y asomaba, flemático, el trozo de queso, aún enhiesto.

Miré el esfuerzo de sus dedos por cerrar las masas. Las parchaba. Metía los dedos en el agua, la pasaba por la harina. El agua se iba volviendo turbia, cada vez más turbia.

Sus dedos. No podía dejar de mirarlos. Firmes, gruesos, agrietados, exactos. Y ese anillo grande, brillante, coronando su anular. De un valor incalculable, pensaba yo. Por supuesto, mucho más que el de mi abuela, que casi no brillaba. Un día me atrevería a preguntarle quién se lo había regalado. Y ella me miraría con su ojo profundo, sin responderme, como siempre. O me diría que había sido el recuerdo de un zángano, como le gustaba llamar a los hombres.

Entretanto, los dedos seguían su danza incansable: de la masa al agua, del agua a la masa. La perfección de las empanadas surgiendo, como un milagro. El agua turbia era tirada al lavaplatos.

Cuando los pedazos de queso habían desaparecido, como en un puzle aprendido de memoria, yo sabía perfectamente qué momento venía ahora. Y ella también sabía. Y ninguna de las dos decía nada.

***

Con un viejo rodillo, una rueda dentada que yo consideraba un tesoro valiosísimo, ella comenzaba a cortar las empanadas. El borde ondeado aparecía en cada una, dándoles una perfección de empanada de tienda. No podía despegar los ojos de su mano segura, rápida, casi impaciente, cortando, redondeando sin vacilar una, dos, diez, doce, 16 empanadas. Dos por cabeza y una extra para el que no pelee.

¿Cuánto tiempo demoraba? ¿Minutos? Su otra mano recogiendo las sobras apelotonadas sobre el otro lado del mesón amarillo.

Una vez cerradas las empanadas, puestas en orden, ella prendía el fuego y ponía el sartén lleno de aceite que comenzaba a calentarse más, más, más en silencio.

El aceite hirviendo era un líquido de peligro mortal. Ni siquiera había que olerlo.

—Se te puede meter por las narices y te las quema para siempre —decían mis hermanos, sonriendo ante mi terror.

—Hágase para allá, más, más allá, cuidado —resonó su voz seca.

Esperaba el sonido del aceite caliente que vendría en un rato más. Ese sonido entrando en contacto con la masa rellena. El chisporroteo, las burbujas hirviendo, quemando todo a su paso, el queso licuándose, la lava chorreando, las quemaduras elevando la piel de la masa, dolor, miedo, expectación.

Pronto vendría la tortura. El calor deshaciendo al queso, haciéndolo tomar formas inverosímiles, retorciéndolo como si estuviera vivo y le doliera. La forma que tomaba el queso dentro de la masa, monstruos sin cabeza, moviéndose desesperados dentro del aceite hirviendo… Todo eso vendría en unos momentos más.

Mientras el sartén con su contenido iban alcanzando sordamente su máximo poder letal, yo intentaba no perder detalle de la exactitud de lo que se venía.

En ese momento, casi como transportadas por el aire —sus manos no se veían con la

rapidez—, las empanadas entraban al aceite hirviendo. Ahí aparecía el calor, el ruido, el torturante chirriar de la piel de la masa luchando con el aceite entrando, quemando, tostando, horadando. El ruido de las burbujas mortales que podían caer en cualquier parte en su misión asesina: quemar, hacer un hoyo en la piel, arriscar, dar muerte.

Solo en ese momento yo comprendía que mi momento había llegado.

La veía juntar todas las sobras de la masa. La veía tomar nuevamente el uslero, moverlo acompasado y sutil, sobre los pedazos. Estos se iban uniendo en un solo cuerpo, una masa más blanda, más trabajada.

Despaciosa, ceñuda, ella iba formando una gran empanada perfecta, la empanada de las empanadas, que cortaba con el rodillo en forma especial. La tomaba y la cerraba alrededor del aire solo, sin llenar el espacio dentro.

Mi empanada de queso sin queso.

La perfección asomándose. El peligro evaporado. El suspiro de alivio.

Pero entonces, en ese momento exacto, la radio estremeciéndose, vibrando. Las noticias de último minuto. A todo volumen.

Nuevas listas de prisioneros.

Corte de luz en las poblaciones. Ataques a torres de alta tensión.

—¿Qué es alta ten…?

Ella me hacía callar con la mano.

—¡Shht!, deje oír, son las noticias.

Un peligro sin cara, de duración indefinida. Como el de las empanadas, pero peor. Y diario. Era mejor no salir.

Era mejor no preguntar. ¿Esto duraría para siempre? ¿La mamá no volvería nunca más? ¿Nunca más estarían de vuelta sus vestidos, sus zapatos, su *rouge*, su perfume, su sonrisa? ¿El papá seguiría prisionero por los siglos de los siglos, amén?

Parecía que todas las respuestas se habían deshecho, retorcidas en el aceite hirviendo. Me mordí los labios.

Su voz, seca, breve, se oía al fin.

—Ya —decía.

Y acercaba un piso al mesón.

—Se me sienta aquí —señalaba.

Con sus manos amorosas de masa tibia, me ponía delante el plato, coronado por una sola gran empanada de queso sin queso, llena de aire, coronada con la gruesa guirnalda de azúcar flor.

Una empanada de nieve.

Así era ella. Ferocidad y, luego, unas manos cálidas, un plato chorreando amor. Todo bajo sus cejas feroces. Nunca un mimo. Su lenguaje rudo y directo. Una ametralladora de órdenes. Todas las directrices de sus labios desvanecidas en el sabor de sus platos.

—Aquí está. Para la reina de las mañosas.

—Cómasela aquí, solita, no quiero que los otros me anden reclamando después,

—Ordenaba, acercando un piso alto al mesón.

Y sola, ahí en la cocina, encaramada a un piso más alto que yo, con el peligro puertas afuera acechando en el aire, con el mundo destruido y sin madre, yo comía

lentamente mi propio milagro de masa y azúcar flor, sintiendo que el mundo se ponía otra vez al derecho.

# Capítulo 2

A mis doce años, mi padre volvió de la isla Dawson por milagro y, después de un tiempo, se casó por segunda vez.

Lo de volver de la isla Dawson era algo que nadie, sobre todo él, terminaba de creer completamente. De pronto, un día cualquiera, un papel de excarcelación y, luego, la vuelta a casa en un camión sin ventanas. La imposible y soñada vuelta a casa. Llegó con los ojos abiertos y fijos, como ilusionados. Se paseaba por los corredores tocando los muros. Entraba a las piezas y tocaba los objetos, como para asegurarse de que sí, había vuelto, había vuelto vivo.

Luego la rutina comenzó a imponer su gran manto sobre los días y mi padre comenzó lentamente a salir, a ver gente. Comenzó a salir con amigas y siguió haciéndolo durante un largo tiempo. A veces, aparecía con alguna de ellas. Pero iban solo de visita a la casa. A quién llevaría esta vez se volvió un ejercicio de adivinación. Hacíamos apuestas con mis hermanos. ¿Será rubia o morena?

¿Alta o baja? ¿Gorda o flaca?

Los sábados después de almuerzo, él ponía en marcha su auto en el garaje y salía, con gran estruendo de las latas del puente. Eso significaba que, horas más tarde, aparecería con alguien sentado en el asiento del copiloto.

Alguien. ¿No debería ser "alguiena"?, pensaba yo. Una mujer. Un peinado bonito, una falda distinta. A veces, tacos muy altos. O uñas de un color imposible.

Corría siempre hasta el portón para ver la cara nueva que iba a surgir en la ventanilla. Qué rasgos, cómo serían sus ojos, su manera de moverse. La nueva se bajaba y lanzaba la mirada alrededor.

Todos nosotros mirándole la primera sonrisa. Serios.

—Hola niños —decían, algo impactadas por los ocho pares de ojos clavados en su rostro.

Algunas preguntaban nuestros nombres, que olvidaban en seguida.

Luego venía la entrada a la casa, el recorrido por las distintas piezas, que arrancaban diversas exclamaciones, *¡qué grande!*, *¡qué lindo!*, *¡qué amplio este ventanal!*

Le mirábamos el vestido. Yo le miraba las uñas —para constatar que no sería encorvada, porque entonces sería una bruja— y los zapatos. Tenía obsesión con ellos. No. No había ninguno como los zapatos azules de mi madre, que ya no estaban en el clóset.

Más tarde venía la hora del té, la mesa llena de niños. Diversos rostros de mujeres sonrientes, serios, pelos largos y cortos. Diferentes peinados y colores de piel. Observábamos sus gestos, el modo de ponerle mantequilla al pan, las manos, con y sin anillos. Había algunas que hablaban todo el tiempo, otras más calladas, como pájaros al acecho. Algunas, qué risa, nos hablaban forzando la voz, como títeres, como si fuéramos

niños en la cuna.

Risas, sonrisas, bandejas que se pasaban de mano en mano.

—¿Quieres más café? ¿Un té?

—¿Cómo les va en el colegio, niños?

Era la pregunta que hacían casi todas. Como si la vida de los menores tuviera el núcleo en el colegio.

Casi no contestábamos. A veces, nos encogíamos de hombros.

—Bien…

Luego, en la noche, mi padre las iba a dejar de vuelta a su casa. Había algunas que se devolvían en su propio auto.

Nos tranquilizaba que desaparecieran al caer la tarde. Desde que mi madre se había ido por la puerta de atrás de la cocina, mi padre había pasado a integrar la lista de los seres que nos pertenecían por derecho propio.

Él era nuestro, pensábamos. Su pieza había pasado a constituir nuestro dominio, un territorio ganado.

Dormíamos ahí, en colchones que se improvisaban a última hora. Cada uno tenía un lugar asignado dentro de la pieza. Veíamos televisión. En las noches, contábamos cuentos de terror. Luz apagada. A veces, mis hermanos se ponían una linterna en la barbilla, bajo las sábanas. Terroríficos. Yo gritaba de miedo. Mientras en el entretecho los ratones hacían de las suyas persiguiendo una pelota o un vaso, nunca lo sabré, yo me acostaba al lado de mi papá a ver televisión para no oír el miedo, que se arrastraba por los corredores oscuros desde la partida de mi mamá.

Mi padre no permitía que hubiera momentos de silencio, quizás porque siempre le gustó el ruido, la chacota. Le gustaba contar historias y sabía hacerlo. Su voz variaba increíblemente de tono. Podía ser festiva o desgarrada. Le gustaba contarnos una vez más, y cada vez en forma distinta, la historia de su época en la isla Dawson. Se iba al gran mapa que había en la pared y la ubicaba con su largo dedo índice.

—Aquí, en medio de la nada —decía—. Aquí estuvimos.

Con su voz llena de tonalidades, nos relataba cómo era el cada día en la isla, lo que los carceleros los obligaban a hacer, los castigos, el frío de las mañanas, el ruido de la sirena despertándolos al alba, el tiempo chirriante de hierro sobre vidrio, el hambre, el mar que no se acababa nunca, rodeándolos por todos lados. Las discusiones y divergencias que tenían con los compañeros, los modos de comunicarse con ellos en código, para burlar la vigilancia. La gran derrota que significaba perder una partida de dominó con los demás presos.

Cada noche, él se dedicaba, con paciencia, a enseñarme el arte de jugar al dominó. Para él no era un juego, sino que una interacción seria, desafiante, a veces decisiva.

—El secreto es adivinar las fichas del contrario para partirlo por el eje —me decía. Y me contaba que en Dawson, muchas veces, su alimentación había dependido de ganar o no una partida de dominó o de *bridge*.

—Si ganabas, comías doble —decía.

Pero era en el dominó donde se destacaba. Muchas veces hacía un alto en medio de la partida y nos iba recitando nuestras fichas a cada uno, sin equivocarse jamás.

Recuerdo sus manos grandes, su desenfado para jugar. No sé cómo podía saber exactamente las fichas que cada uno tenía y guardaba celosamente de la vista de los demás. Nunca se equivocó.

Para mí, el dominó era un juego imposible. Me costaba muchísimo. Mis fichas pasaban la mayor parte del tiempo en el suelo, a vista y paciencia de todos. Después de un par de jugadas, no era capaz de decir qué fichas había usado quién.

Me gustaba ver jugar a mi padre. Mirarle su pasión. El cómo, hacia el final de la partida, sus rasgos se iban tensando más y más, en la seguridad de la victoria final.

Mi papá era hombre de rituales. Además de la partida de dominó, prendía el noticiario todas las noches.

A medida que el comentarista daba las noticias yo veía cómo su cara iba cambiando. Sus rasgos se torcían en un gesto de incredulidad, las cejas se elevaban de rabia. Tamborileaba con sus dedos en el velador cercano.

—Esta situación es in-so-por-ta-ble —lo oía murmurar para sí mismo—. Tenemos que hacer algo. La gente desaparece… Nadie hace nada…

De pronto, se ponía pálido. Extendía el brazo hacia el velador y abría el primer cajón. Ahí estaban sus remedios. Se echaba una, dos, tres píldoras a la boca. Luego, el trago de agua. Se pulsaba la muñeca, constataba.

Había vuelto hacía unos meses de Dawson. Demasiado delgado. Demasiado sorprendido por haber vuelto vivo. Con taquicardia. Parco. Silencioso. Nunca hablaba de la isla con las demás personas. Solo con nosotros. Creo que todavía no podía creer que había vuelto. Creo que no estaba muy seguro de estar vivo, de seguir siendo papá, ahí, de nuevo a cargo de todos nosotros, de nuevo con la tierra en su poder.

Entonces yo pasaba mi brazo por encima de su guata y lo miraba con los ojos entrecerrados, fijos en su gran estómago que semejaba una gran rotonda, en el centro de aquella casa del barrio de La Florida. Mi brazo jamás lograba llegar al otro lado.

Ahí se me olvidaban los retos, el raciocinio obligado a que los mayores obligaban, el “piensa un poco antes de hablar”, las reglas, las sumas, las restas. Ahí todo lo duro, lo difícil, el miedo, se alejaba, perdía sus contornos. La sensación corporal de su barba cortita pinchuda en mi piel de niña, suave, nueva, me encantaba. Cosquillas.

Un acto secreto, simple, feliz.

# Capítulo 3

Un día cualquiera, un día de la semana sin nombre ni apellido, mi padre lo anunció.

Lo hizo de pronto, sorpresivo, tal como era él, mientras revolvía su taza de café.

—Tengo que decirles algo, niños —anunció. Lo miramos expectantes.

—Tendrán una nueva mamá —dijo.

—Vendrá a vivir con nosotros dentro de poco. El aire se detuvo.

—Ella y sus hijos. Tiene dos —terminó, con la mano extendida, dedos abiertos sobre el mantel. Decisión tomada. Labios cerrados.

El silencio espeso se movió por la habitación con esfuerzo, como un rompehielos, avanzando por entre el glaciar.

Se oían ruidos lejanos. El viento, el ruido de platos en el repostero. Una hoja seca cayendo en el patio.

Nadie podía decir nada. Mi padre se casaría.

Por segunda vez.

Nos miramos expectantes. Nadie pudo preguntar nada, tal era la sorpresa. Cuando terminamos de comer y quedamos solos, las dudas se nos descargaron sobre las cabezas como una lluvia sin respuesta.

¿Qué iría a pasar ahora?

¿Tendríamos que desarmar el campamento que habíamos armado, con los colchones en el suelo, junto a la cama matrimonial?

¿Habría que despedirse de la plancha de cholguán viejo puesta sobre la alfombra, en la que jugábamos chiflota?

¿Tendríamos que doblar y guardar los chales con los que simulábamos un *camping*? ¿Se terminarían las provisiones secretas que guardábamos en la cómoda?

Su pieza había sido nuestro territorio de reuniones, juegos, refugio contra las pesadillas, lugar de cónclaves. ¿Ahora estaría cerrada con llave desde dentro?

¿Oiríamos salir ruidos de ella? ¿Qué ruidos? ¿Sería como en las teleseries?

¿Dónde quedaría mi refugio contra las pesadillas y los aullidos de perros nocturnos? ¿El olor al papá de su pijama?

¿Se cerraría para siempre mi guarida en las noches de truenos y tormentas cerradas?

¿Dejar de asomarme a la planicie de su tórax gigante?

¿Volver a dormir en mi pieza fría?

Era horrible. Mi pieza era la última del pasillo. Casi donde terminaba la casa. Era la pieza donde nadie entraba casi nunca, excepto mi nana para reclamar por lo desordenada que estaba y pasar como un ciclón por ella, dejándola impecable, como una pieza de revista de esas donde nunca nadie ha vivido: todo barrido, todo impoluto, limpio hasta el hueso.

Ahora empezaría lo de estar sola en las noches. Sin mi cara apegada a su cara,

sintiendo los pinchazos de su barba.

Mi padre, casado con alguien.

Una mamá con otra cara. Con cara de alguien. Ni siquiera nos miraría. No nos pareceríamos a ella. Una visita permanente. De por vida. Sin regaloneos. Guardar las maneras en la mesa. Callarse cuando ella hablaba. No interrumpir. No ser insolente. Decenas de leyes implícitas cercándonos.

Empezaba el desierto, pensé.

Todos seríamos llevados fuera de la pieza del papá. Exiliados hacia los rincones helados. Era como ser apátridas en nuestra propia casa. Tendríamos que buscar nuevos refugios, inventar nuevos escondites, construirnos en otra parte.

Y de nuevo comenzó el miedo. La angustia. Lo sorpresivo avecinándose.

De nuevo comencé a vagar por los pasillos, con una pregunta eterna colgando de la boca.

# Capítulo 4

Por supuesto, como la mayoría de las decisiones que mi padre había tomado en su vida, aquello supuso un rumoroso frente de batalla que fue creciendo en objeciones con los días. La familia extendida se apersonó en pleno. Parientes aparecían todas las tardes.

Yo oía palabras y conversaciones detrás de las puertas.

—¿Pero por qué matrimonio? ¿Dónde se ha visto? —gritaba mi abuela coreada por mis tíos.

—Vergüenza. Una vergüenza familiar —repetía.

Mi abuela ocupaba mucho la palabra *vergüenza*. También decía *decepción*.

—¿Segundo fracaso o segundo matrimonio? —Oía la incisiva voz de mi abuela, a modo de susurro, mirando a mi padre de través, haciendo girar el anillo en su mano izquierda, ese del brillante que no brillaba tanto como el de mi nana. El anillo que proclamaba que las personas de esa familia eran monógamas, con matrimonios vitalicios.

Detrás del biombo llegaban palabras a meterse por mis oídos: *amante*, *aprovechadora*. Una tarde uno de mis tíos pronunció *buscavidas*.

—Ese matrimonio no vale —rezongaba mi nana, revolviendo furiosamente la olla del manjar blanco—. Las cosas importantes, o son para toda la vida o no importan. Cuándo se ha visto; llegar como recién casada a una familia que está funcionando desde hace años… Es como entrar a robar a una casa…, pienso yo. —Estaba impactada con la noticia.

Ella le había mandado recado a mi madre, avisándole. También a mi abuela. Las dos movían la cabeza en la cocina. Estaban de acuerdo.

Ese matrimonio no valía. No podía valer.

—Es concubinato, liso y llano —decían.

Concubinato. Otra palabra nueva. La busqué en el Larousse en español. No salía.

Concubinato. La palabra tenía la forma de un animal. O de una enfermedad terrible.

Mi abuela había tomado el asunto en forma personal.

—Una concubina con todas sus letras —había dicho a mi madre cuando se había enterado.

Mi abuela lo repetía una y otra vez, hablando por teléfono con sus amigas que la llamaban en forma continua para enterarse de la tragedia.

Ella encontraba el asunto sencillamente inaceptable. De pronto, se sacaba el auricular de la oreja y hablaba mirándome con su tono irónico, falsamente casual.

—¿Te das cuenta? Tu madre estuvo dieciocho años con tu padre. Eso no es cualquier cosa. Dieciocho años no es poco, ¿no?

—Y un día cualquiera, llegar y echar todo a la chuña.

Lo comentaba con mi nana, se lo decía al mundo. Les contaba a todos la reacción de

mi madre cuando se había enterado. Les contaba que mi madre se había llevado las manos al corazón.

—¡Concubinato bajo mi Cristo! —había dicho—. Ni más ni menos.

Concubinato. Cristo.

¿A qué Cristo se refería? A esa imagen antigua que colgaba de las vigas de la pieza de mi padre, sobre su cama?

Concubinato. Cristo. Cama.

¿Qué pasaba bajo Él? Recordé el catecismo. *Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar*. ¿Tenía abajo Dios? ¿O arriba?

¿De quién hablaba? ¿A quién se refería?

¿Por qué usaban esas palabras? ¿Qué era una concubina? Sonaba igual a *asesina*… La pronunciaban con la misma entonación.

Yo quería que mi papá se volviera a casar, pero con mi mamá.

Se lo pedía a los naipes, noche tras noche juntando las manos, con una fe fervorosa. Tiraba el mazo sobre la cama. En diversas formas. Sacaba una carta, temblaba.

—Si sale reina de corazones es que mi mamá volverá.

Un deseo oculto, casi imposible, pero yo lo creía. Confiaba en la fuerza de las pintas. Corazones. Picas.

No. Que no saliera la reina de Picas.

—Eso es muerte —había dicho mi nana. No. Nada de muerte.

Algún día la mamá volvería a aparecer en la casa. Con sus pañuelos, su risa, su perfume. Sus pasos desvaneciéndose por la galería. Su voz alta, bien modulada. Sus gestos esplendorosos. Su boca bella. Ese ademán de barrer el aire con su mano blanca.

No quería aprender nombres nuevos. Solo pronunciar *mamá* y que todo volviera a ser como antes.

Que ella me acurrucara entre sus brazos. Ninguna de las dos alternativas era ya posible.

Los naipes, barajados una y otra vez entre mis manos. De pronto salían combinaciones imprevistas.

De pronto, los naipes, hablando en otro idioma. No era mi mamá la que volvía a aparecer.

¿Me habían mentido las cartas?

¿O era yo la que me hacía trampa? Los naipes no se quedaron silenciosos.

Una tarde, me trajeron a Laura.

Laura se llamaba.

# Capítulo 5

Ese día mi padre llegó a tomar té con ella.

La vimos bajarse de su propio auto, un Volkswagen color amarillo. Hizo lo mismo que habían hecho las otras amigas.

Recorrió la casa con mi padre, se sentó en el living, nos saludó, conversó con todos, se arregló la falda, el pelo, se rio.

Pero no fue igual. Ella era distinta. Algo había en su voz.

Cuando hablaba, era como si sentara al lado tuyo y te confiara un secreto. Cercana. Cariñosa. Sensible. No le costaba nada que se le llenaran los ojos de lágrimas. Se reía fuerte. Se le veía lo que tenía adentro.

Y, lo que es mejor, no nos lanzó la frase consabida:

—¿Cómo les va en el colegio, niños?

No nos trataba de niños. No sé en qué segundo se aprendió los nombres de todos. Hablaba mirándonos a los ojos. Adivinando cosas.

No le interesó seguir recorriendo la casa, ni opinar sobre el ventanal del living. Desde que entró por la puerta fue distinta. De pronto, en un momento, pareció como si hubiera estado desde siempre, ahí, en la mesa del comedor, sirviendo el té, pasando la bandeja con las tostadas… echándoles palta formando un leve cerrito sobre el pan, y pasándonos las tostadas con dos dedos.

—La palta, o se come con cerrito o no se come —decía. Segura de sí. Estableciendo las leyes del universo.

Y así fue.

Ese día, Laura llegó a tomar té, como las otras. Pero vendría a quedarse.

# Capítulo 6

Comenzó a aparecer todos los fines de semana. Se hizo habitual oír el ruido de latas en el puente y ver aparecer el escarabajo amarillo, avanzando despacio por entre el ladrido de los perros.

Una noche, mi padre nos reunió a todos.

—Laura llega mañana —anunció.

—A vivir acá —dijo después.

Las palabras quedaron vibrando.

A vivir. De pronto, ese verbo resonó con tonalidades de clarín.

Hubo un silencio aceitoso, expandiéndose como una mancha. Vi a mis hermanos tratando inútilmente de deglutir la noticia, como un bocado gigantesco de un puré atragantado que no pasaba por las gargantas. Lo que había anunciado mi padre hacía un tiempo se cumplía. La masa familiar se entreabría para dejar entrar a alguien.

Yo abrí mucho los ojos. Recordé la risa de Laura, sus pulseras. Algo que se abría. Que comenzaba.

La imagen de madre que se me había volatilizado después del último temporal, de alguna manera extraña, volvía a surgir.

***

Laura llegó con maletas de todos los tamaños. Había una muy grande y pesada, que insistía en llevar ella misma.

Trajo también dos niños. Sus hijos. Uno, de mi edad. El otro, cuatro años mayor.

—Hola.

—Hola.

Y se quedaron.

—Compraremos camas —estableció mi padre, haciendo un gesto amplio como de distribución de lugares—. Cada uno tendrá su propia pieza. Espacio hay de sobra.

Los vi a los dos, tomados de la mano, caminando por el pasillo largo. Hacían planes, recorriendo las piezas, asignándolas.

—Aquí dormirás tú.

Era como el primer día de un tiempo nuevo. Aún sin forma.

Laura nunca había vivido en el campo como nosotros. No sabía andar por entre los terrones o las piedras.

Trajo muchos vestidos de lana, de colores pastel, tejidos elaborados, de fibras finísimas que se deshacían apenas tocaban los alambres de púas de los cierros de los potreros. Por supuesto, no traía bototos. En cambio miré la multitud de medias finas, de todas las texturas que poblaban sus cajones. Champú y perfumes con olores nuevos.

Miles de pañuelos y echarpes. Collares anchos y delgadísimos, de cientos de vueltas.

Usaba rímel, secadores de pelo, desodorantes ambientales, inciensos quemados sobre tablitas de madera sagrada. Faldas largas de seda, bambula, lino, con el género cortado al sesgo y motivos hindúes: elefantes procesionarios en medio de flores.

El de ella era un mundo que no se acababa nunca.

Caminaba rápido, como si estuviera llegando tarde a alguna parte. Todos sus gestos eran de urgencia. Excepto en el maquillaje.

En las mañanas, después del desayuno, ella entraba al baño y sus ademanes se revestían de una calma especial, casi litúrgica.

—Si uno no se dedica tiempo, nadie lo hará —decía—, mirándome desde el espejo, sonriente. Dejaba la puerta abierta y permitía que yo contemplara, hipnótica, asombrada, el cambio gradual de su rostro.

—Lo primero es lo primero —decía.

Acercaba, crítica, el espejo a su rostro. Luego tomaba una cuchara vieja, muy redondeada, la frotaba entre las manos hasta sentirla tibia y se iba encrespando una a una sus pestañas, presionándolas con maestría entre el borde de la cuchara y el pulgar.

Era experta en esa operación que causaba toda mi admiración por la exactitud milimétrica con que la realizaba.

—Ahí quedó bien —declaraba al final.

Algo había en el tono de su voz. Cálido, cercano. Como si yo fuera su hija propia. No usaba este tono con mis hermanos.

Entonces, volvía su rostro hacia mí. El resultado era impactante. Sus ojos se volvían lejanos, profundos. Una mirada oscura, misteriosa, poblada. Parecía que alguien proveniente de un país muy lejano hubiera aparecido ahí de súbito.

La ensoñación terminaba ahí. Laura estaba siempre muy despierta. Pisaba esta tierra con firmeza. Miraba el reloj continuamente, con cierta cara de alarma. Daba continuamente la impresión de que tenía que llegar a alguna parte en los siguientes minutos.

Pero, al mismo tiempo, me dedicaba su espacio. Me invitaba a su pieza, a su baño. A su escritorio. Me hacía estar con ella. Sentí que intentaba ir dejando algo en mí. ¿Era lo que decía? ¿O cómo lo decía? No lo sé. Pero algo, como una huella imborrable de madre, una línea que no desaparecía, se iba dibujando en mí desde el día en que ella había llegado. Sentí que iba tejiendo, demorosa, invisible, un lazo impalpable que me amarraba a ella de algún modo.

Yo la miraba guardar sus materiales de belleza, sus cremas, sus sombras, sus *rimmels*.

Ni a mi madre, ni a mi nana y mucho menos a mi abuela se les habría ocurrido jamás usar una cuchara tan cerca de los ojos, pensaba.

Con Laura llegó ropa femenina, collares, *rouge*, sombras de ojo en polvo y pomo, más cremosas, de colores fuertes, definidos. El clóset de mi papá volvió a parecer el mostrador de una tienda de feria, abarrotado de cosas pequeñas pulseras, pañuelos, de todos los colores. El lugar volvió a tener olor, olores, a ser ocupado por una mujer.

Escobillas redondas, planas. Tubos. Un secador inmenso negro. Zapatos terminados en punta con hebillas de cuero.

Estuches pequeños, olorosos, con distintos frascos adentro.

Caminaba por la galería, ágil. Sus pasos, campanadas finas. Urgentes. Era rápida, nerviosa, parecía que el tiempo corría siempre delante de ella.

Yo admiraba su ropa interior, con encajes en las partes que no debían ser vistas. No solo traía maletas. Trajo afiches, pósteres, panfletos, libros, cuadros de colores. Telares.

No dejaba que nadie cargara la maleta más grande. Contenía su máquina de escribir. Una Olivetti Valentine, de 1969. La cuidaba más que a su auto. Todas las noches pasaba una escobilla sobre el semicírculo de las letras.

—A estas máquinas hay que lavarles los dientes como a la gente —decía, con determinación.

Poco tiempo después, me encargó a mí de esa operación. Se volvió un rito. Todas las noches, antes de acostarse.

Además, cuidaba con esmero un bolso gigante, lleno de revistas viejas, en blanco y negro, descoloridas. Yo las hojeaba.

Llegó llena de libros, canciones, protestas y manifestaciones. Cancioneros, hojitas citando a manifestaciones. Papeles con dibujos en rojo y negro. Puños en alto. Signos de exclamación. Dibujos, litografías del Che.

Llegó rodeada de casos, carpetas, fotografías, argumentaciones, petitorios de libertad, investigaciones sobre muertos, desaparecidos.

Hablaba de Derechos Humanos, de injusticia, de persecución. Hablaba de personas lanzadas al mar. Tiradas desde un barco.

Nos entregó la otra cara de la religión. Ya no era el Rosario en familia, el mes de María, el recorrer las casas entregando canastas de víveres. Ahora era la Vicaría de la Solidaridad. Los recursos de amparo. El esconder a los fugitivos. Los artículos enviados a revistas internacionales, para denunciar las desapariciones de personas. A veces, de grupos enteros. Denuncias de torturas, muertes, persecuciones.

Los curas, viviendo en poblaciones, junto con la gente, haciendo entrar a los que arrancaban de los operativos, ayudando a esconderse a otros.

Laura hablaba de uno. André Jarlán.

—Da la cara por todos —declaraba.

Luego, una tarde, una bala entrando por la ventana de la casa de Jarlán, en la población La Victoria. Una bala loca. André muerto en menos de un segundo. Yo no podía apartar la cara de la foto de la revista *Vea*. Era el primer muerto que veía. Su perfil meditabundo, ya ausente, la cabeza caída sobre el pecho, la mano sobre la frente.

Miré a Laura, tecleando frenética su artículo, los ojos llenos de lágrimas.

—Dar la cara —murmuraba—. Sin una sola vacilación.

Dar la cara por todos. ¿Quiénes eran todos? Algo me decía que éramos todos los habitantes del país. Tal vez del mundo. Como antes lo había sentido oyendo las noticias en la cocina, en la radio de mi nana, ahora, mirándola escribir, percibía la existencia de grupos, de multitudes de personas en peligro, sin voz para defenderse, sin boca para gritar. Pedían socorro. Y Laura los oía. Su oído sabía escuchar la queja del territorio. De los que no tenían voz para el grito. De los que tenían miedo. De los que tenían rabia. De los que sentían angustia por la ausencia prolongada de alguien. Como yo la había

sentido por mi madre hacía tiempo.

Había días en que ella y yo intercambiábamos cosas. Como dos integrantes de tribus vecinas.

Mientras ella desenfundaba su máquina de escribir y me enseñaba a teclear con mis diez dedos, yo la hacía oler la tierra húmeda, el olor a pasto enfardado. Le mostraba cómo darle leche a un ternerito con mamadera. Le enseñé el olor a caballo desensillado y a palpar las flores de aromo puestas entre las pestañas. Por mí supo que las lenguas de los gatos eran ásperas.

Quería que amara lo que yo amaba. Que reconociera los rincones de la casa. Que anduviera por entre sus muros, cómoda, acogida.

Nuestra. Formando parte de nuestra vida.

Laura llegó llena de plantas. Plantas para el baño, para las terrazas, el living, la salita. Espejos grandes, chicos, redondos, cuadrados.

Me obsesioné con el gran frasco que puso en el baño. Lo había decorado como si fuera un salón para recibir visitas. El frasco era inmenso, lleno de conchas de mar, de todas las formas, con complicados dibujos en las duras superficies de colores sutiles, suaves, arenosos, detallados hasta lo infinitesimal. El agua de mar las agrandaba un poco, como si fueran una lupa. Era un objeto magnético, que yo no podía dejar de contemplar. Las miraba durante horas con mi cara a través del vidrio, siempre frescas, con esa dura carne rosa, llena de vida. No podía entender cómo no se marchitaban, igual que las flores. Esperaba verlas envejecer, oscuras y opacas.

¿Cómo no se ennegrecían?

¿Podían vivir así? ¿Encerradas en un frasco?

—Tienen agua de mar, gordita —dijo ella, pasándome la mano por el pelo, como distraída.

Pero Laura estaba atenta, siempre. Solo que su atención se enfocaba allá, afuera, donde ocurrían las cosas innombrables.

Rápidamente supe lo que haría el próximo verano. Cuando fuéramos todos a la playa. Juntaría conchas. Grandes, pequeñas. Simples, complicadas. Pediría que me compraran un frasco igual al de Laura. No, más grande, si era posible. Lo llenaría de conchitas. Les iría vertiendo poco a poco el agua de mar, hasta ver cómo los caparazones si iban acomodando solos, aumentados de tamaño, dúctiles, casi carnosos. Sería un frasco solo mío. Lo pondría en mi baño y lo miraría cuanto quisiera. Tendría mi propio bosque acuático.

Pensé en nosotros. Todos juntos, viviendo en esa casa.

¿Estábamos también en un gran frasco, todos juntos? ¿Pero sin agua de mar? No parecíamos acomodarnos unos con los otros. Había roces, silencios. Mis hermanos observaban a Laura. Metódicos. Una ceja en alto. La habían pescado con pinzas y la miraban bajo el lente de su microscopio. Atentos a los menores detalles. La examinaban milímetro a milímetro. Y Laura no salía bien parada de aquel examen.

El baño dejó de ser un lugar para entrar y salir. Pasó a ser un lugar para estar. Un lugar para conversar. Un lugar cautivador. Para conversar, para llorar a veces.

Parada sobre un piso desde el cual alcanzaba a verme en el espejo le hacía preguntas

que ella no siempre respondía. A veces, su ceño se fruncía. Pensaba en otra cosa. Siempre algo urgente. Algo que estaba sucediendo al lado afuera. En ese mundo que hacía vibrar la radio con los noticiarios de última hora. En ese mundo donde las cosas terribles sucedían.

Mis preguntas eran miles. Buscaban por todos lados el encuentro. Yo quería desesperadamente ser hija de alguien. Lanzaba mis preguntas como cuerdas, al aire, esperando que se pescaran de algo. Un lazo. Una cercanía. Ser cómplices.

¿De qué? No sabía. Pero yo quería que ella lo sintiera.

Preguntas que iban de una hija a una madre con una cara otra. Una hija buscándola por dentro.

Envíos que esperaban respuesta.

Ella las daba. Me contestaba casi siempre. Sí, tenía algunas respuestas.

Pero no todas.

# Capítulo 7

—¿Qué son los operativos?

—La gente de tus revistas, ¿Está toda muerta? ¿Quién los mató?

—¿Qué es la L de los pasaportes?

—Gordita, le explico después. Ahora estoy súper atrasada con esto. La L quiere decir Limitado para circular. Déjeme terminar esta frase, que tengo que llevarla… hace diez minutos que debí haber salido.

Laura hablaba más rápido en las mañanas, urgida por lo que había sucedido durante la noche y de lo que se enteraría camino al canal de televisión.

Su sonrisa envolviéndome.

Yo miraba su imagen en el espejo, rodeada de papeles en la cama, leyendo mientras buscaba otros. Siempre haciendo dos cosas al mismo tiempo. A veces, también hablando por teléfono.

Registraba su vocabulario.

A veces, ocupaba palabras tristes. Exilio. Destierro. Otras veces, palabras sin rostro para mí. Recurso de amparo. Lonquén. Detenidos desaparecidos. Otras veces, sus ojos estaban inyectados de ira. Su mirada enrojecida delataba que había llorado.

Casi siempre, Laura se enteraba antes de las noticias. Después de verla llegar con cara trágica, una tarde, era frecuente que en el noticiario de la noche dieran una noticia horrible. Un operativo en Lo Hermida. Una persecución por San Miguel. Un tiroteo en el Zanjón de La Aguada. Un incendio en la comisaría de la comuna Pedro Aguirre Cerda.

Veinte años después, he comprendido. Había llegado con el corazón destruido.

¿Pensaba en su padre? ¿O en lo que estaba pasando afuera?

Algo había sucedido con su padre. Algo de lo que se hablaba a media voz, entre los mayores, después de comida, en el living. Los murmullos cesaban cuando yo pasaba. Algo atroz había ocurrido con su padre. Algo que se había marcado en sus ojos, para siempre.

Su padre había sido asesinado. Ahogado y encontrado en la ribera norte del río Mapocho.

—Lo tiraron ahí, como si hubiera sido un saco vacío… —murmuraba Laura. Asesinado en un operativo militar. Laura cargaba con él a todas partes. Llegó con varias fotos suyas, en blanco y negro. Un señor vestido de militar. O de algo así. Ella miraba esa foto varias veces al día. Su sonrisa era quebrada, escasa.

Trágica. Estaba sola. Venía de haber formado parte de un grupo de gente a la que le habían pasado cosas terribles.

La rodeaba el afuera de los gritos, de las bocinas en plena noche, de los chirridos de frenos, de las desapariciones. Las irrupciones bruscas, sin tocar el timbre, a veces, destrucción de las puertas. Las ofensivas, lo violento, lo súbito era su paisaje. Nunca

olvidaría a todos los que arrastraba consigo, como reliquias. Muertos pendientes.

Pero Laura había llegado para quedarse.

—Haremos un hogar —afirmaba, mirando a mi padre, segura, confiada.

—Los tuyos y los míos. Le brillaban los ojos.

—Ahora somos nosotros —sonreía. Y cumplió su promesa.

# Capítulo 8

Días después de su llegada, nuestra casa cambió por completo. Se convirtió en un lugar nuevo, lleno de colores inesperados, estilos diferentes. Muchos dibujos de palomas, mariposas, de flores grandes. Cuadros sin marco, solo con la tela y unos listones atrás. Cojines, muchos cojines repletando los sillones, las esquinas de las camas.

—Todo se arregla con un cojín estratégico —la oía decir.

Una vorágine de actividad parecía haberla acometido. Colgaba espejos donde antes había habido cuadros, tapices donde antes habían existido ventanas viejas.

Varios ojos la miraban hacer.

—Nada calza con nada, esto es un esperpento —murmuraba mi nana a media voz, pasando la franela por los rincones y contemplando los nuevos espacios con su mirada de halcón.

Laura no se alteraba en lo más mínimo. Parecía acostumbrada al zumbido incesante de su rezongo.

Penetró en la casa, ancha, expandida. Invadió pasillos y salas de estar con su presencia. Dotó a cada rincón de un trozo de su propia historia.

Fotos. Muchas fotos. La del militar. La de un niño y una niña.

No cabían en su velador, pero ella insistía. Las ponía una casi encima de la otra.

Puso fotos en otras partes también.

Laura no hablaba jamás de ellas. Solo las hacía entrar en el aire de la casa. Las observaba. Las limpiaba con religiosidad y nuevamente las volvía a mirar. Me intrigaban. Rostros mudos, desde un marco, en un silencio serio y ausente. Yo la seguía en su limpieza ritual de las imágenes. Observaba la delicadeza de sus manos al volver a su sitio aquellas que habían sido relegadas o que estaban bamboleándose en el borde de la mesa.

¿Estarían muertos? ¿Quiénes eran o habían sido?

Ella no hablaba de ellos y yo no me atrevía a preguntarle. Temía su pena, su dolor como marejada, su salvaje llanto sin consuelo. Este se descargaba a veces cuando creía estar sola en la pieza. Cuando entraba alguien, se limpiaba los ojos, rápidamente.

Las fotos. Yo las miraba, tratando de grabármelas en la cabeza. Dos rostros de niños, callados, mirando a la cámara. Los ojos de Laura volviéndose brillantes cada vez que los miraba.

Tenían que ser importantes para ella. Había puesto hasta en el baño reproducciones de las mismas fotos. Junto al inmenso frasco de las conchas de mar.

# Capítulo 9

Toda mi familia, con mi abuela llevando la voz cantante, dejó oír su voz por esa época. Cejas en alto, murmullos a media lengua, movimientos de cabeza. Todo acerca de la recién llegada.

—Esa mujer…

Todavía me parece estar oyendo, como una música de fondo, la voz de mi abuela tamborileando sus dedos en la mesa del comedor.

—Esta mujer persigue a los muertos... Siempre habla de ellos... ¿A quién se le ocurre? No puede ser normal… Pienso que debería dejar de hablar de ellos… Es una obsesión malsana.

—Rondar a los muertos… ¿A quién se le ocurre?

—Mal que mal, la vida sigue, más le vale dejar atrás las tragedias, y ponerse a hacer todas las cosas que no hace, esta casa es un puro desorden…

—Solo de verla aparecer siento que se me pone la carne de gallina…

—Esa obsesión, todo el día con lo mismo…

—¿Por qué no se concentra en la vida?

—Harto bien que le haría…

—Sí, a ella y a los niños, que andan ahí como bolas guachas… Mis oídos se llenaban de voces y de dudas.

¿Laura perseguía a los muertos? ¿Eso era lo que hacía? ¿Cómo se persigue a la muerte?

Muerte.

Laura no le tenía miedo a esa palabra.

La nombraba continuamente en entrevistas. En la televisión, radios, diarios, revistas.

Hablaba de la Caravana de la Muerte.

Hablaba de su hermano, oficial de ejército. Obligado por terror a cumplir órdenes inhumanas. *Si no matas, te matan.*

Tenía un modo especial de pronunciar la palabra “inhumanas”, aspirando el aire. Dedicada a la muerte.

—Hay que denunciarla, donde sea. Que se sepa. La muerte provocada es una injusticia, la peor injusticia de todas —la oía decir, mientras tecleaba, incansable, en la Olivetti.

Su voz alta. Sus vocales sin vacilación.

No podía dejar de hablar de eso. Días, días enteros. Noche tras noche. Tenía la muerte pegada a la piel y quería sacársela sin poder hacerlo.

Ahí supe que el afuera del mundo que nos rodeaba estaba lleno de muerte. Pero ella hablaba de una vida sin muertes.

—Justicia. Democracia. Una copia del Paraíso —suspiraba, semisonriendo.

—Solo que ahora no puede ser —agregaba—. Ahora nadie puede relajarse. Los muertos no esperan. Hay que denunciar sus muertes. Gritarlas. Hacerlas saber al mundo. Difundirlas. Que se claven en este tiempo en que todo tiende a taparse.

—Los asesinatos del régimen —escribía, sin descanso, en su máquina de escribir. Llevaba la cuenta en su alma.

Aprendí una nueva palabra. Subversiva.

Laura era subversiva. Amaba la verdad y no estaba dispuesta a callarla. Su papá había sido encontrado muerto, flotando en el Mapocho. Muerto por alguien que lo había ahogado y había tratado de simular un suicidio. Muerto por alguien que tenía el poder.

—Él murió y yo estoy viva. Su voz se intensificaba.

—No puedo silenciarme. Nadie puede silenciarse ante la muerte. Tengo que decirle al mundo lo que pasó.

Yo la miraba mientras su voz me entraba por los tuétanos. La encontraba valiente. Valiente y libre. Como las mujeres de los libros de historia.

Le llegaban datos, informaciones. Todo clandestino. No compartía con nadie. Tenía un grupo de amigas. *Mujeres por la vida*, recuerdo que se llamaba. Con ellas hablaba en el mismo idioma. Compartían datos, secretos, direcciones de las que no debía enterarse nadie más. Reuniones clandestinas.

Dedicaban horas, días enteros a investigar cada anuncio de desaparición. Visitaban todos los días la Vicaría de la Solidaridad, ahí en la calle Compañía arriba de la librería Zamorano y Caperán. Examinaban los recursos de amparo. Andaban todas juntas y en las noches se mezclaba la multitud de llamados por teléfono. Hallazgos. Esas averiguaciones trágicas que casi siempre terminaban con uno o dos muertos. Encontrados en caminos, en quebradas, en zanjas. Asesinados. El silencio alrededor de ellos.

Llegaban al lugar de los hechos. Tomaban fotos. Redactaban notas de prensa. Las noticias de los noticiarios. Los programas de radio. Los comunicados de último minuto, urgentes. *Radio Cooperativa*.

La muerte desbordaba a Laura. Ella braceaba en aquel mar. Intragable. Inolvidable. Más grande que la vida.

# Capítulo 10

Era imposible no darse cuenta. Laura llenaba la casa con su hálito de urgencia, de testigo con los ojos siempre abiertos. Su modo de vivir rápido, siempre pendiente del pulso del afuera.

La casa de La Florida fue cambiando. Gritos en los corredores, carreras. A veces, discusiones. Muchos puestos en la mesa del comedor. Los pasos rápidos de Laura entrando o saliendo.

Con sus hijos, ya éramos nueve. Los nueve de La Florida. Una especie de clan. Los de la casa del puente de las latas.

¿Pero alguna vez fuimos los nueve? ¿Todos juntos?

La línea divisoria. Esa que no tenía existencia en la geometría, pero que latía en todos los momentos.

Desde el inicio se armaron dos equipos.

No sé quién gritó el nombre, esa tarde, en la cancha de pasto detrás de la casa, pero era genial. En la casa, la radio estaba prendida todo el día.

Dos equipos rivales: AM y FM.

Partidos a muerte. Fútbol, casi siempre. Pero a veces, también, bachillerato o adivinanzas de personajes. En todo, los de ella y nosotros, enfrentados.

El conteo estricto de triunfos y fracasos, contabilizado en la uña. Las peleas por los baños en las mañanas de colegio. Los turnos. Las presas de la cazuela.

El pasto era nuestra cancha. Las zapatillas empapándose con la humedad de las mañanas. Alguien resbalándose sobre el pasto aplastado y brillante. Risas. El espacio, perfecto. Nuestra cancha era perfecta. Dos arcos, improvisados con palos, chalecos, calcetines.

Tiro al arco. Pichanga. Fútbol rápido o *showbo*l. Fútbol a tres bandas.

También jugábamos en el zanjón vacío de las tardes, antes de que largaran el agua para el riego. Quién aguantaba más tiempo parado en el cauce seco, antes de que el torrente llegara, dando saltos por sobre las piedras, vociferante. Yo nunca ganaba. Subía corriendo las paredes del canal, aterrada, dando gritos, con los zapatos empapados, alcanzada por el caudal. Los demás se reían escandalosamente. Acallaban mis gritos.

—Deberías aprender a nadar de una vez, si no puedes correr más rápido que el agua —reían.

Ya éramos un número suficiente. Un grupo.

Pero un grupo de aislados. Los amigos del colegio no venían a la casa de La Florida. De alguna manera, los intimidábamos.

—Queda muy lejos —decían.

—Mi papá no puede ir a dejarme. Eso es fuera de Santiago.

Yo sabía que no era por eso. Éramos un grupo cerrado. Un frente aliado.

Compartíamos secretos, hablábamos en código, inventábamos palabras.

Insultos propios. Chistes especiales. Los demás quedaban fuera, lo quisieran o no. Nadie más que nosotros podía tener ciudadanía de ese lugar.

A veces, llegaba algún valiente. Un amigo de algún amigo de alguien. Algún sobrino o primo lejano. Un incauto.

Nos mirábamos. Sonreíamos. No había necesidad de decir nada. Armábamos sorpresas, bromas pesadas. Sabanitas cortas, si alguno tenía la mala idea de quedarse a alojar.

Algunos fruncían la nariz con los olores de campo: bosta, leche cruda, olor a silo. No les gustaba que la ropa les oliera a eso. Eran miedosos, no sabían andar a caballo. No distinguían un caballo de un potro. Les daba miedo pescarles el hocico. Otros no soportaban el silbido del viento en las noches. Les daba asco el caliente olor a silo y a pasto recién cortado. No sabían enfardar.

Nadie duraba mucho. De alguna manera, lo expulsábamos. Eran elementos extraños, metidos como cuña, ahí en todos nuestros secretos, nuestros planes, nuestras consignas. En esos momentos de enfrentamiento con visitas, éramos uno solo. Los nueve. Un solo cerebro para planear las bromas y las sorpresas. Apenas el cuerpo extraño salía expulsado nos convertíamos de nuevo en dos ejércitos enfrentados solo en el interior. Pero así era, por fuera, un muro indestructible. Los de la casa del puente de las latas.

Por dentro, germinaban las divisiones, los bandos, los secretos, los espionajes entre los AM y los FM.

Éramos los que siempre andaban juntos y vivíamos lejos, allá en La Florida, donde Santiago casi se acababa.

—Eso nos hace parecidos a pesar de nuestras sangres —dijo mi hermana una vez.

No supe lo que quería decir con eso. Y por supuesto, cuando se lo pregunté, ella me miró como si explicarme fuera un deshonor. Que me las arreglara sola.

Yo sentía que tenía nueve hermanos. Éramos una sola cosa.

Andábamos mucho rato en micro para llegar al colegio, donde nos aburríamos minuciosamente a lo largo de 7 horas de clases.

Contábamos los minutos para que fuera la hora de salida. Cuando llegábamos, era el ritual de tirar los bolsones al fondo de las piezas y correr a tomar té en la cocina. Luego, las carreras para pescarse el mejor árbol. Hacíamos casas con tablas, chales y planchas de volcanita tiradas arriba de los sauces.

Los fines de semana no íbamos a los cumpleaños de los compañeros de clase, como hacían todos los otros, peinados al agua, enfundados en trajes apretados e incómodos, con un paquete en la mano. Los fines de semana eran aventura. Nos levantábamos muy temprano. Nos íbamos al cerro en moto. Alguien que manejaba, alguien atrás. Carreras. Gritos.

—¡El primero que llega a la cumbre gana!

—¡Apúrate, nos vienen pasando, métele!

Éramos una voz. Potente. Inconforme. Con ideas muy claras. Protestábamos en forma sistemática, sin perder la esperanza de que hubiera algún argumento mágico que nos librara algún día de asistir al colegio de ocho de la mañana a cinco de la tarde.

Pero eso era imposible. A las seis y media de todas las mañanas del mundo, el día se ponía en funcionamiento y no había vuelta atrás.

Hacíamos rifas en las mañanas de los días de colegio, para ver a quién le tocaba último para el baño y así poder dormir un poco más. Hacíamos competencias a ver quién era capaz de comer más uvas de un racimo en menos tiempo. A ver quién se sentaba cerca de la única estufa en los días de escarcha. Hablábamos de los desaparecidos. Hablábamos de los operativos. Tocábamos cacerolas en las noches de protesta. En las noches de apagones, mientras Laura averiguaba detalles colgada del teléfono, nos contábamos cuentos de aparecidos y de tumbas que se abrían.

Los muros de la casa estaban cubiertos de cuadros clásicos conviviendo con pósteres y afiches de la próxima peña. O con siluetas del Che.

Soñábamos con llenar de *graffitis* los muros del colegio. Teníamos todo el plan trazado, quiénes escribirían con *spray*, quiénes darían el silbido avisando que los pacos estaban cerca, cómo arrancaríamos. Nunca escribimos una sola palabra. El tiempo acosaba. Siempre había que correr para no perder la micro. Siempre había alguna tarea sin hacer a última hora. Siempre había que ordenar la pieza o estudiar para la prueba. Dejar las monturas colgadas en las bodegas, hacer las camas, entrar las motos al garaje.

Las mañanas se disfrazaban bajo el blanco del pasto.

Despertábamos con el ruido de los queltehues y los ladridos que hacen los perros al perseguirlos.

Despertábamos con el chirriar del maicillo húmedo, duro, frío, bajo los pasos de mi padre, que se levantaba al alba y nos despertaba con su vozarrón. Había muchas cosas que hacer antes de ir al colegio: tareas atrasadas, orden de los libros o de los juegos de la noche anterior, aprendizaje de las últimas fórmulas para la prueba.

A esa hora yo ya sentía el sonido de la Olivetti de Laura. Aunque fuera muy temprano, la veía ya en su máquina, sentada frente a su escritorio, largo y lleno de papeles. A veces, mirando la foto de los dos niños. Otras veces, tecleando afanada. El sonido tecla tras tecla de su voz, elevándose sobre los últimos encarcelamientos, las últimas muertes, los últimos casos de la Vicaría. Simultáneamente, junto con el teclear se oía el mugir ancho de una vaca pariendo.

A su lado, cajones a medio abrir, con papeles que se desbordaban. Cama desecha. Ella en pijama sentada, trabajando, confrontando declaraciones, buscando testigos, llamando por teléfono, subrayando páginas de páginas con destacador, tomando notas breves en su agenda.

Apurada, ansiosa. Su letra hacia arriba, los palos de las tes y de las eñes cambiados de lugar.

Los vidrios aún empañados por el frío de la noche. Un sol invernal dejaba ver, marcados, los pómulos casi orientales de su cara concentrada frente a la máquina.

Un viejo teléfono desconcentraba su teclear cada dos minutos. Silenciosamente de pie, a su espalda, mirando cómo sus hombros subían y bajaban con la prisa del escribir, yo intentaba seguir la lectura de lo que iba apareciendo en el papel pardo de roneo.

Miraba el color y largo de su pelo. Una melena oscura, gruesa. Perfecta. Las puntas redondeadas hacia adentro. Yo me acercaba por detrás.

Me afirmaba en ella con todo mi peso.

—Hola.

—¿Qué estás haciendo?

—Un artículo. Estoy atrasadísima, gordita. No pude terminar anoche y ahora… tengo que llevarlo a las… ¡Uy! ¡Es tardísimo.

A veces, una mano, su mano subiendo desde las teclas, una caricia en el aire, sin verme.

—Cómo está. Lleve suéter, linda. Hará frío hoy.

¿Qué muertos habría hoy?

¿Qué operativo?

¿Cómo se enteraba ella?

¿Quién le contaba acerca de las cosas horribles que sucedían afuera?

¿En ese lado exterior donde aún no nos dejaban aventurarnos?

¿Habría avanzado durante la noche en su libro?

¿Habría estado armando una nueva entrevista?

Sí. Siempre estaba preparando alguna, leyendo previamente acerca de la persona a la que le haría preguntas. Una periodista exacta, sólida. Se hacía indispensable en el trabajo debido a su habilidad para conseguir la última nueva, el dato más reciente, menos sabido, más impactante. Un olfato agudo de detección del peligro, del abuso la acompañaba siempre.

¿El afuera seguía escribiendo líneas nuevas y desconocidas para mí?

¿Nuevos peligros? ¿Nuevas listas de gente desaparecida?

De pronto, ella se daba vuelta. Me tomaba la cara entre sus manos y me daba un beso casi lleno de aire. Suavísimo.

—Ya. Vaya a tomar desayuno, gordita. Hoy hay mucho que hacer —decía.

Yo partía corriendo, fortalecida. Tenía la sensación de que, de nuevo, había empezado a pertenecer vagamente a alguien, a alguien materno.

Empinada sobre mis propios dedos del pie, miraba por la ventana de la cocina esperando que la olla de leche comenzara a subir en su lenta revolución espumosa.

La lechería llevaba horas prendida. Mi padre estaba ahí. Lo sabía. Las vacas ya estaban ordeñadas.

El mundo en su lugar. Nuevamente en su lugar.

Tomaba mi vaso tibio lleno hasta los bordes de leche con nata. No me gusta la nata. ¿Puedo sacarle…?

—¡Por supuesto que no! —establecía firme mi nana, mirándome la coronilla. Solas, ella y yo, en la cocina fría, oscura.

—Se la toma toda, es vitamina. Y además, quién sabe lo que comeremos hoy, ahora cuando nadie se preocupa de que esta casa funcione como Dios manda —lanzaba después, echando miradas torvas hacia el área de los dormitorios—. Puro desorden y la despensa con llave. ¿Cuándo se ha visto eso en una casa de familia? —agregaba, con las dos cejas convertidas en una sola por su enojo.

Antes de que llegara Nano Poncho, mi hermano chico, y saliéramos a jugar el primer luche de la mañana al maicillo, yo cerraba los ojos, resignada, aguantaba la respiración

y me tomaba el vaso hasta la última gota, hasta que mi nana decía:

—Así me gusta.

Laura no tomaba leche. Tomaba café. Tazas grandes, oscuras, de loza antigua. A veces veía mi reflejo en ese líquido.

Yo también quería tomar café y sentarme frente a su máquina.

Memorizaba el ritmo de sus dedos. Miraba su anillo, no se movía al escribir ¿No le molestaría? ¿Quién se lo habría regalado?

Entraba al baño y miraba la forma en que estaban los collares en el espejo. Intactos, igual que ayer. Ordenados por color y tamaño.

Los sonidos de esos collares abrían las mañanas y avisaban que estaba pronta a salir.

En el campo, ella no estaba en su salsa. Se sentía como una extranjera que visita por primera vez un territorio desconocido. Caminaba mirándolo todo, con la boca entreabierta.

Yo la miraba desde lejos. A veces ella salía sola, en silencio, caminaba por el sendero de tierra, se internaba bajo los árboles.

Todo la asombraba. Le llamaba la atención el sonido que hace el viento cuando atraviesa álamos, acacias y eucaliptus. Nunca pude adivinar en qué pensaba. Tal vez, en el próximo desaparecido por el que hubiera que indagar. Miraba con atención de botánico cada rama, cada hoja de forma especial. Tenía una manera característica de tomar las cosas, envolviéndolas en la palma de su mano, como haciéndoles un nido, un refugio.

O tal vez pensaba en la próxima concha que limpiaría de arena y metería en el frasco del baño.

Cerraba los ojos y abría sus manos para abrazar algo, ¿a alguien? No lo sé.

¿Qué pensaba en esos momentos? Quizás imaginaba el olor de los eucaliptus sobre la estufa de parafina.

La veía limpiando los marcos de las fotos, con una franela amarilla. Por más urgencia que tuviera, no descuidaba nunca esa labor. No dejaba que nadie más lo hiciera. Los limpiaba cuidadosamente, mirándolos y sacándoles todas las partículas de polvo.

La llamaban mucho por teléfono. Siempre andaba apurada, con un artículo que tenía que terminar de manera urgente o con una entrevista que tenía que armar. Los papeles se acumulaban en su mesa. Y las carpetas rosadas y lilas.

Tomaba anotaciones rápidas en blocs alargados, llenos de líneas anchas. Un día leí la palabra que decía en la tapa: taquigrafía. Ella anotaba todo ahí. Escribía rapidísimo a mano, una letra nerviosa, urgente, como un picoteo de pájaro.

A veces, el viento comenzaba a hacer oír su voz en La Florida. Era imposible no escucharlo. Lejos y cerca. Suave y amenazador. Sibilante y apacible.

A través de ese viento, la oigo hasta el día de hoy.

La siento en cada uno de estos árboles, el olor a verano, en la piel peluda de un durazno amarillo conservero.

Debajo de un pino, en la sombra extendida, le gustaba comerse el durazno cortado en rodajas. Limpiaba con sus manos redondas los pelos, los sacaba, y le daba el primer

mordisco, inaugural, lleno de delicia.

Yo veía el hilito de jugo correr por su barbilla. Salivaba.

Imposible no pedirle un pedazo y comérmelo con ella, ahí mismo.

# Capítulo 11

En la casa de La Florida pronto se estableció la geografía combativa de los territorios. Los recién llegados y los que estaban antes. Los nuevos y los antiguos. Los de la casa y los otros.

Se formó la frontera de los espacios enfrentados. Lugares que esperaban ser conquistados.

También la frontera se delimitó en las diferentes piezas. Áreas de combate. Por un lado, cocina y despensa. El territorio de la nana.

Por otro, escritorio, salita, dormitorio matrimonial. El país de Laura.

Más allá, la hilera de piezas. Donde la vida dejaba caer sus hojas de calendario. Cada una con su color diferente, la disposición particular de los muebles, los olores propios, la prohibición de entrar.

Y más alejada aún, la bodega. La guarida de mi padre.

Laura no inventaba platos ni preparaciones, no se sumergía en los calderos, ni se daba el tiempo para incursionar en nuevas recetas, sorprendentes extravagancias francesas de merengue o en acuciosos y siniestros preparados proteínicos saludables. No. Pasaba casi todo el día tecleando. O si no, se la veía pescar sus papeles y salir en su auto, a toda velocidad, hacia el centro.

La cocina estaba llena de la imagen de mi nana.

Ella miraba a Laura pasar rápido, con su alto de papeles, derecho a la máquina de escribir, y bufaba.

—Ya no hay nada al derecho en esta casa. Pura papelería que más lo que ensucia que lo que sirve. Ni siquiera tenemos chimenea para prender con tantísimo papel —rezongaba entre dientes.

Todo esto dicho en voz baja, lo suficientemente alta como para ser escuchada, como si fuera una infidencia.

En mi familia extendida, la figura de Laura dejaba una estela de comentarios por donde pasara. Casi ninguno era favorable.

Esa mujer… "comenzaba siempre alguien". No la nombraban. Decían *ella*. O *esa mujer*.

Y hablaban de sus logros como si fueran defectos. Sus hallazgos noticiosos, sus entrevistas, sus reportajes eran recibidos con los labios apretados, escépticos.

—Cómo va a ser todo tan trágico. Esa mujer es una exagerada…

Le criticaban el que solo se ocupaba de la muerte. Qué tanto tenía que hacer con la muerte. Era mal visto. Mejor que se ocupara de los vivos, de los niños, de su pareja.

—Mal que mal están juntos, aunque sea en concubinato, porque ese matrimonio es falso, por supuesto. Pero nada. Ni siquiera se preocupa de mantener el hogar acogedor. Tiene todo descuidado, no le importa la casa, un desastre, vive como los *hippies*, los

niños andan viviendo cada uno por su lado como plantas silvestres —decían, con ceños fruncidos, bocas con las comisuras hacia abajo, en desprecio.

—De dónde salió esa mujer, nunca se supo —concluía otra voz. Yo intuía oscuramente los pasos de Laura. Me atraían.

Iba tras los muertos de la muerte. Era una cazadora. Tras los muertos por decreto. De los que no deberían haber aparecido muertos en las madrugadas, después de un operativo nocturno. De los que habían amanecido muertos por error, por equivocación de un proyectil, niños que iban a comprar el pan y se habían encontrado con la otra vida. De los que amanecían muertos después de una dura persecución y lucha por los tejados de las casas de alguna población.

De los que despertaban asombrados ante la otra vida, después de haber tratado de vivir esta.

Laura iba tras la muerte como estación final de la persecución, de la represión. Ella iba tras los apresamientos injustos, tras los gritos anónimos, los silencios, las huellas que manchaban los muros de las siniestras casas de interrogatorios de detenidos. Ella iba tras las mujeres, las compañeras de los caídos; tras las mujeres solas, mujeres recónditas, calladas; mujeres que enarbolaban día a día la resistencia a la muerte.

Mi nana, la única del bando contrario que debía convivir día a día con ella, tomó algunas decisiones. Simplemente, no hacía el aseo de su escritorio y se negaba a obedecer las órdenes de Laura en cuanto a los guisos que había que preparar. Un día, la despensa amaneció con un candado. Laura la había mandado cerrar.

—Hay que cuidar los víveres en este tiempo tan complicado —anunció—. Iré al supermercado solo una vez al mes y las cosas tendrán que durar, sí o sí. Si todos ponemos de nuestra parte, podremos ajustarnos a vivir con poco.

Mi nana consideró que esto era un ataque directo a su soberanía natural y territorial. Su tentativa de recuperar el poder a través de los estómagos había resultado infructuosa. Para ella, ese gesto marcó el terreno. La guerra estaba declarada. El candado era una violación a su territorio y a su gobierno.

Una semana después, la llave del candado se había perdido. Tan extraviada estaba, que no apareció más, a pesar de las intensas operaciones de búsqueda que se realizaron hasta en las piezas selladas de la casa. Volatilizada.

Comenzó entonces la época del ruido. Mi nana respondía a la invasión de su imperio. Ollas entrechocando y haciendo mucho ruido poblaron el aire de la cocina. Verdaderas orquestas de artefactos de aluminio disonantes cayendo estrepitosamente en su rechinar, convertidas en catarata sobre las baldosas de la cocina. Sartenes y tapas de ollas cayéndose de estantes altísimos.

El matamoscas sonando estruendoso contra los vidrios de cualquier ventana, a cualquier hora del día o de la noche. Mi nana sabía que ese sonido alteraba a Laura, la sacaba de la concentración sobre la tecla.

Entonces, Laura se aventuraba a penetrar en el territorio enemigo. Entraba a la cocina.

—Carmen, por favor, deje tranquilas a las moscas de mi ventana —decía—. Necesito concentrarme y no puedo hacerlo si usted está afuera dando golpes.

Luego se acercaba a la cocina, prendía la tetera y esperaba el rumor del agua hirviendo. Salía con la taza de café humeante, llena hasta los bordes, humeando. Mi nana se quedaba mirándola. Movía la cabeza.

—¡Psch!… —decía.

En ese ¡psch! estaba condensado el desprecio completo hacia el invasor. Tomaba el sartén y lo azotaba furiosamente contra el borde del lavaplatos para hacer caer restos de las últimas frituras.

—En vez de hurguetear en tanto muerto afuera, podría dedicarse a esta casa que se está cayendo sola. Pero no. Pasa todo el día ahí, entintando papeles que no sirven para nada. No hay qué comer, pero ella escribiendo —exclamaba en su tono de bajo continuo.

Y perpetraba un nuevo exterminio, torturando a las moscas contra el vidrio de la cocina.

—O por último, si tanto le gusta la máquina, podría dedicarse a escribir recetas —agregaba…

—Cada vez queda menos que comer. No sé qué vamos a hacer cuando se termine el saco de papas, que además están todas apestadas. Y el saco de harina con gorgojos. Suelas, eso comeremos dentro de poco, puras suelas.

Su voz era un sonsonete lleno de presagios temibles que se arrastraba junto con el trapo húmedo de cloro sobre los mesones vacíos de la cocina.

El matamoscas seguía sonando contra los vidrios.

—A lo único que no le tengo compasión es a la mugre —susurraba, inaudible la nana.

—Y a las aparecidas de quién sabe dónde —remachaba después. Pero esto último no lo oía nadie, sino yo.

Mientras tanto, del lado de afuera, seguía sucediendo la vida.

# Capítulo 12

Había ruido. Mucho ruido. No solo la moto de mi papá. Motos de afuera llegaban, provocando el sonido agudo de las latas atadas a las barandas del puente, sistema que servía de timbre con sonidos estruendosos, enardeciendo el aire protegido del lugar. Ya no estábamos tan solos como antes. El aislamiento, la vida idílica en el campo habían desaparecido. Minuto a minuto, el puente con las latas colgando sonaba, anunciando el arribo de distintas personas. Casi todas llegaban en moto.

—Maravilloso. Además, ahora nos quitan la tranquilidad, lo único bueno de vivir en estas soledades. Si las cosas siguen así, habrá que meter una moto a la olla para que tengan algo que comer —vociferaba la nana desde la cocina. Su voz recia, iracunda, amasando los cuadrados de la terrible e inevitable sopa de pantrucas.

O el desolador guiso de porotos viejos, durísimos con unos tallarines inocuos, enredando todo bajo una salsa de origen inconfesable.

Llegaban motos que entregaban sobres, bolsas y mochilas sin que yo supiera nunca qué contenían. Laura salía rápida, los esperaba en el patio de la cocina. Recibía los sobres, les entregaba otros de vuelta.

Yo miraba a mi nana. Agorera, sombría, se apretaba el chal sobre los hombros.

—Algo muy feo se está cocinando aquí. Cualquier día esto se…

Y callaba, apretando los labios hasta volverlos una línea casi inexistente.

*Algo muy feo se está cocinando aquí.* La frase rebotaba por horas en mi cabeza.

¿Aquí? ¿Dónde era aquí? ¿Afuera? ¿En la cocina de la casa? ¿Qué se cocinaba? ¿Algo más feo que las pantrucas? ¿Qué? ¿Por qué feo? ¿Qué era lo feo? ¿Quién cocinaba? ¿Laura y mi papá?

Nadie contestaba a ninguna pregunta por esos días. Ni siquiera Laura. Se vivía en un continuo ir y venir. Decisiones rápidas, tomadas a última hora. Reuniones secretas en el escritorio. Puertas cerradas, cuchicheos ansiosos, desesperados. Secretos. Había que estar preparados para cualquier cosa, oía decir. ¿Para qué? No había respuestas. El mundo estaba lleno de mis preguntas.

Oía pedazos de conversaciones orales, telefónicas, sin contexto alguno. Escuchaba palabras, la L, pasaportes, persecución, interrogatorios, operativos. Renuncié a buscar en el diccionario los significados. Casi ninguno aparecía y sus sinónimos eran tortuosamente desconocidos. Solo sabía que eran de importancia por los rostros, las cejas, las pupilas donde el miedo comenzaba a alojarse a diario, los silencios, el temor a dar opiniones personales.

Desde ese entonces, la cocina pasó a ser un territorio de combate continuo. Todas las decisiones que tomaba mi nana eran contradichas por Laura o por mi padre. Había semanas en que nadie iba a aprovisionarse. No había tiempo para ir a la feria. Llegó la época de la sopa de sémola, pantanosa y reacia a ser digerida. Después pasamos un

tiempo comiendo unas especies de croquetas cuyos ingredientes era mejor ignorar.

Algunos días eran verdaderos ayunos. Simplemente, el espacio campeaba en los mesones de la cocina. No había nada de nada. En ese tiempo leí el cuento anónimo "La sopa de hacha". Pasé horas pensando en esa sopa, con las papilas gustativas abiertas de par en par.

Todos nos sorprendíamos, unos a otros, merodeando por la cocina, por la despensa con candado vitalicio, esperando un milagro, que uno un día abriera el refrigerador y este estuviera lleno de manjares deliciosos, tortas, panqueques, merengues… Soñábamos con chocolates. Yo leía cuentos en los que aparecían mesas con manteles mágicos que llenaban la cubierta de manjares.

En ciertos días, los más duros, en los que los cubiertos puestos en la mesa del comedor brillaban, sin uso, después de un almuerzo nominal y exiguo, mi nana nos hacía ir a su pieza.

—Vengan un momento, necesito hablar con ustedes en privado, —nos decía. Esperaba a que entráramos. Los nueve. Abría su armario y de adentro sacaba mágicamente fuentes hondas, llenas de comida caliente, de olor delicioso.

—Si no fuera por el mercado negro, no sé qué haríamos —decía. Y las ponía ante nosotros.

Envueltas en servilletas, devorábamos las presas de pollo arvejado, con la piel dorada y crujiente. Quedábamos con los dedos y los labios brillantes de grasa. Otros días sacaba paltas en la perfección de su madurez. Delante de nosotros las pelaba y las convertía en la deliciosa pasta verde, en la que hundíamos pedazos de pan. Otros días, eran plátanos. O frutillas. A veces, el milagro de barritas de chocolate.

—No es para gente lo que se come allá adentro —decía ella—. ¿Quién más que yo voy a saber lo que los niños necesitan? Todo esto se ha vuelto un puro desorden. Apúrense, cómanse todo, nos urgía. Ah, y no quiero que me vayan con el cuento para las piezas.

E indicaba con la barbilla el dormitorio de Laura y mi padre.

Le obedecíamos. Nunca dijimos una sola palabra acerca de los banquetes en su pieza de servicio.

Me acostumbré a considerar el mercado negro como una especie de genio bienhechor, escapado, sin duda, de Aladino, de color negro, que hacía aparecer todas aquellas delicias.

***

Por esos días empezaron las discusiones.

Gente de la familia de mi madre comenzó a venir a vernos.

—Vinimos porque queríamos saber cómo están los niños —decían, al entrar, mejillas heladas, besos con la punta de los labios.

—Tan aislados que están aquí, tan lejos de toda la gente conocida.

Y saltó, en ese momento, la frase que antes le había oído a mi madre y que ahora estaba en boca de mi abuela.

*Gente como uno*.

—Si te juntas con esa gente —decía mi abuela, mirando fijamente a mi padre—, no te quejes, entonces. Cualquier cosa puede pasar con personas que no son de nuestra clase. Al fin y al cabo… ustedes no están casados por la iglesia, ni nada. Ella es solo una…

Y bajaron la voz.

Oí a mi padre responder en alta voz. La discusión subió de tono. Se interrumpían, se hacían callar. Nos hicieron salir.

—Los niños, para afuera.

Cuando salimos, todos se fueron al pasto. Un partido de fútbol. Solo quedé yo, detrás de una puerta cerrada, tratando pacientemente de identificar voces, ánimos, intenciones.

¿Quién era la gente como uno?

¿Mis hermanos y yo?

¿Y Laura? ¿Y los hijos de Laura?

¿No eran gente? ¿Como uno? ¿Quién era el uno?

Mi padre había hecho algo terrible al llevar a Laura a la casa y casarse con ella por un rito que no era el de la iglesia.

—Se ha desclasado —decían. Y juntaban los labios después de decir eso. Desclasarse. ¿Qué era? ¿Quitarse una clase de encima, como una ropa molesta? Retuve esa palabra por largo tiempo en mi memoria. Era algo tan misterioso como la sopa de hacha. Preguntaba. Nadie contestaba a mis preguntas. Busqué en el diccionario.

No aparecía. Intuía que el significado de ser un desclasado no era nada bueno. Parecía ser considerado como una enfermedad, como una costra que no se iría tan fácilmente.

Las voces subieron de tono y alguien golpeó con el puño en la mesa. No había acuerdo.

De pronto, la puerta se abrió. Mi abuela, majestuosa como un navío, salió, solemne, caminando hacia la puerta.

—Entonces, no hay nada más que hablar, Luis. Eso define la cuestión —iba diciendo. Cerró la puerta tras ella sin mirar a mi padre.

Algo se había roto. Algo no calzaba ni calzaría ya nunca más en mi mapa familiar. Se había hecho una línea. Una línea tan vívida que casi me pareció mirarla, ahí, recién hecha, como con tiza blanca, partiendo medio a medio la casa. Hendiéndola.

Dos bandos. Dos veredas. Separadas por una trinchera. Desde donde se disparaban unos a otros. Dos lados.

¿El bueno y el malo? ¿De cuál era yo?

¿A cuál bando debía fidelidad? ¿De quién quería ser? ¿Por qué tenía que elegir? Estaba segura de que lo que no elegiría iba a pesar en mi corazón con un peso de ancla de hierro que me haría arrepentirme de cualquier decisión que tomara.

¿Cómo era vivir en una casa partida por la mitad?

Sentí que mi corazón comenzaba a desgarrarse, crujiendo dolorosamente. Como una naranja, cuando la partes con los dedos. Nadie me podría decir jamás a cuál bando

pertenecía yo.

La oscuridad, los gritos, el peligro de afuera se había metido en nuestra casa de La Florida. Una trinchera y gente a uno y otro lado, en desacuerdo.

Cada grupo mirándose con recelo. Hablando al mismo tiempo.

*No hay nada más que hablar. Eso define la cuestión.*

¿Quién había definido qué?

Mi casa se convirtió en un potrero lleno de trampas. Podías caer en una en cualquier momento. La vida, nuevamente se bamboleaba, insegura, sin cimientos.

¿Los volvería a tener alguna vez?

# Capítulo 13

Sí. Laura había dicho que todos juntos formaríamos un hogar. Tenía los ojos brillantes cuando decía eso: *hogar*. Hogar era más que casa. Quería decir un espacio en el que seríamos todos felices viviendo juntos. El diccionario no lo definía exactamente así. Faltaba la palabra felices. Pero yo se la agregaba porque era lógico. Si no, para qué tanto afán.

Todos juntos. Un nosotros que seríamos una sola familia.

Pero algo se agriaba en el aire, cortando la convivencia, como una leche agria, llenándola de grumos.

Laura se equivocaba. Ahora la casa se había dividido. Dos grupos, evadiéndose uno al otro. Las puertas cerradas aumentaron. Mis pesadillas volvieron a instalarse a sus anchas. Volví a espiar, a atisbar, a tratar de oír cosas, cualquier cosa. No sé qué buscaba. Algo que me hiciera pisar en un terreno menos movedizo que el que se mecía bajo mis pies. Algo que me aclarara a qué grupo pertenecía yo.

En las noches mis hermanos se apoderaban de mi pieza. Entraban sigilosos, muy tarde, creyéndome dormida. Y se instalaban ahí, a fumar, a hablar interminablemente. Mi pieza era perfecta. Al fondo del pasillo, más retirada que las otras, después del baño. Casi un departamento aparte.

Eran reuniones clandestinas, por supuesto. Como algunas a las que asistía Laura en el centro de Santiago. O los conciliábulos que sostenía mi padre con algunos amigos, en la bodega. Secretos.

Me habían prohibido emitir sonido. Me habían prohibido terminantemente repetir lo que oyera. Hablaban en voz baja, susurrando. No, no podía ir al baño. Debía aguantarme.

Hablaban de ellos.

De Laura. De sus hijos.

Les decían *ellos* con la misma entonación que mi abuela pronunciaba *esa gente*. Tenían planes. Proyectos. Hablaban de descerrajar la despensa. De cambiar el detestable café haitiano de Laura por un Nescafé tradicional.

Planeaban tener una despensa clandestina. Solo para nosotros.

—Los de aquí —puntualizaban—. Los que han nacido en esta casa.

Una despensa paralela. Llena de cosas ricas. Conservas importadas. Dulces. Otra llave. Otro candado.

Ahí me enteré de que ya me habían elegido el bando.

Yo estaba entre los de acá. Del lado del recelo contra los recién llegados. Contra Laura, por supuesto.

Daban por descontado que yo era de ellos. Yo me sentaba en la cama, enervada, tratando vanamente de abrir mi boca y explicar que no, que yo no era del bando de…

—¿Cómo se atrevió esa a cambiar todo, sin preguntarle a nadie, de un momento a otro, sin siquiera pedir permiso? —decían—. ¡Como si la casa fuera de ella! —se escandalizaban.

—¿Viste la decoración de la salita? ¡Y el baño! ¡Parece un living con un lavatorio adentro! ¡Como los de los clubs! ¡Y esos frascos gigantes de vidrio! ¡Solo le faltó poner una pecera!

—Además, no prende las estufas. Yo paso todo el día cagado de frío.

—Ya —me erguía yo—, pero dile a la nana, ella te puede hacer una bolsa de ag...

—¡Shht! ¡No hables tan fuerte que nos van a oír! Mejor no digas nada, ¿sabes?

—Nadie te ha preguntado; no hables entonces.

Encendían cigarrillos. Fumaban a escondidas. Intentaban echar el humo por la nariz. Tosían, tapándose la cabeza con los altos de frazadas que había en el clóset del medio. La pieza se llenaba de humo.

—Los muebles que trajo son horribles. ¿No encuentras?

—Sí, llenos de adornos nada que ver.

—Yo no los encuentro tan fe…

—¡A ti nadie te ha preguntado!

—¿Viste que cambió el cubrecama de la pieza del papá?

—Me carga. ¿Y a ti?

—También. Y sacó el cuadro del papá, ese que le regaló la mamá para el cumpleaños.

—Sí y llenó todo de cojines horribles.

—Y esas cortinas…

—Esta casa parece una peña rasca.

—Lo único que sé es que en mi pieza no se va a meter nunca. Yo no la voy a dejar poner un pie adentro.

—En la mía tampoco.

—Y esas famosas fotos que trajo. Ahora están en todas partes. Esos niños y ese militar.

—¿Cómo el papá la deja hacer todos los cambios que se le ocurren?

—No sé. Es como si lo hubiera hipnotizado. Tal vez le haya hecho una brujería. Ella puede salir con cualquier cosa. Siempre anda hablando de gente desaparecida, que ni conocemos.

—Sí, una lata.

—Vino a cagar todo. Este año ya no iremos al hotel del sur. Ahora iremos al norte, en carpa.

—¿Qué?

—Ah. ¿No sabías?

—No. ¡Qué rabia! Yo quería ir al sur! ¡Hasta las vacaciones nos fregó!

—¡Por la cresta! ¿Hasta cuándo se va a quedar esa?

—Harto tiempo más. Si es la pareja del papá.

—Pero no van a ser pareja para siempre.

—No sé. A veces duran años.

—¿Has visto cómo se viste?

—Parece gitana. Todos esos colgajos que se pone. Y esos pañuelos con que anda.

—Y cómo toma los cubiertos en la mesa.

—Síí, y dice una cosa rara cuando ve que todos comen.

—Y su sonrisa. Tiene la boca demasiado grande. Y los ojos. Como que todo le sobra en la cara.

—Ella es la que sobra.

—Oye, no sobra. Yo creo que…

—¡Shht! ¿Quién te dio ficha? ¡Cállate!

# Capítulo 14

A veces, se abría la puerta. El silencio se esparcía de inmediato. Se oía el aire pasar por la pieza, llena de una neblina de humo de cigarrillo.

Mi padre entraba a tientas, braceando por entre los muebles y el aire denso.

—¿En qué están?

—En nada…

—Conversando. Fumando. Tranquilos —le contestaba mi hermano mayor, jugando con su bocanada de humo espeso, gris, desconfiado.

—¿Por qué están con la luz apagada?

—¿Y para qué prenderla? Mejor así, oscuro…

—¿Pero cómo? No ven nada…

—¿Qué hay que ver? La abuela Mo dice que las caras en las familias verdaderas se conocen sin necesidad de mirarse.

—Es un poco tarde...

—Sí. Ya terminamos. Un minuto más y nos vamos.

Cuando todos se iban, yo quedaba sumergida entre las sábanas, los oídos llenos de pensamientos que entraban.

¿Ya no habría viaje al sur en el Mazda, como todos los veranos, conmigo sentada sobre la caja de cambios entre el piloto y el copiloto? ¿Ya no sería yo la encargada de pasarle el carnet al papá en los controles del camino?

¿Ya no habría vacaciones? ¿Idas al sur? ¿Todos en el auto, sin cinturones ni sillas de seguridad? ¿Ya no iríamos todos, hablando, cantando, gritando, riéndonos, unos sobre otros, empujándonos, haciéndonos cosquillas? ¿Ya no habría ese ser parte de una especie de masa, de esa aglomeración familiar, divertida?

Algo más que ya no habría en mi vida. Algo que también se cerraba con candado. No. No estaban conversando tranquilos, fumando, una noche cualquiera, reunidos en mi pieza.

Había mucho más.

Había secretos. Planes. El descontento creciendo como una enredadera bajo las camas, detrás de los espejos.

Laura. No la querían. Se resistían ante su llegada. Unidos como un dique ante el avance del mar. *Todo mal* —decían—. *Está cambiando todo. Nuestras cosas. Convirtiéndolas en no sé qué*.

—Tenemos que pararla —decían, en voz baja—. Va a terminar por meterse en todo.

# Capítulo 15

Un día, me atreví.

—No son tan horribles sus muebles —comencé—. A mí por lo menos, me encanta el frasco de conchas del baño. Y si yo le explico a Laura, estoy segura de que ella entenderá, porque es muy...

—¡Cállate!

—No tienes idea de lo que hablas.

—Atrévete a decirle algo, a ver lo que te pasa.

—¿Sabes qué más? Se acabaron las reuniones en tu pieza.

—Sí. Iremos a otra parte.

—Tú no podrás entrar, te aviso.

—Sí. No se admiten soplones.

—Además, no te contaremos nunca más nada.

—No soy soplona. Yo no…

—¡Cállate!

—Sí eres una soplona.

—No. No lo...

—Sí lo eres. Lo que pasa es que eres una guagua.

—Una guagua soplona. Una canario. La hijita de papá.

—¡Déjense!

—Vámonos —decían, paseando la mirada por mi pieza—. Aquí no se puede estar.

—No. Hay ropa tendida.

—Hay moros en la costa. Salían, riéndose.

Yo quedaba sola.

Aguantando las lágrimas bajo la sábana.

¿Acaso se podía estar en un lugar más inhóspito?

¿Qué podía hacer en medio de esa casa campo de batalla? Tenía que decírselo a Laura.

Ella tenía que saber que estaba haciendo mal las cosas. No le estaba resultando eso de *hacer hogar todos juntos*.

Tenía que serle leal. Ella me regaloneaba, me hacía cariño. Me había enseñado a teclear en su máquina.

No podía seguirle mintiendo. Pero decirle la verdad era ser soplona. Canario. La que canta. Ya estaba amenazada.

O mejor, se lo diría a Federico.

El hijo mayor de Laura. Él sabría qué hacer. Cómo decírselo a su mamá. Pero cómo decírselo a él.

No quería herirlo. Al fin y al cabo, era algo contra todos los que habían llegado hacía

poco.

Aunque, en realidad, no parecía que hubiera nada en el mundo capaz de herir a Federico. Era fuerte, alto. Delgado y serio. No hablaba mucho. Jamás reaccionaba a gritos. Guardaba la calma en las peleas feroces de los partidos de fútbol, pero lograba siempre estar en los primeros lugares. En el tiro al arco era insuperable.

Era, además, el único que me ayudaba a subir por el cauce del canal cuando se venía el agua. El único que se subía a los ciruelos para sacarme la ciruela de la punta, la más grande.

Miraba las motos de mi padre. Le encantaban. Lo veía pasar su mano por los cromados, los cambios.

—Esta es potente. Doscientos cincuenta centímetros cúbicos. Con eso llegas a Argentina en un rato, es capaz de subir cualquier cuesta, decía.

—¿Te quieres ir a Argentina?—pregunté. Me miró. Sonrió.

—No. ¿Por?

—Es que estabas diciendo que…

—Era un decir. ¿Y tú? ¿Irías a la Argentina en moto?

—¿Yo? Pero si no sé manej…

—Yo sí. Lo hago muy bien. Nos iríamos a la Argentina, compraríamos chocolates y nos volveríamos.

—Ah, sí, claro, por supuesto —sonreía yo, incrédula.

—¿No me crees? ¿No crees que puedo llevar una moto hasta…?

—Sí, te creo, pero igual eso no va a pasar nunca… ¿No? Él se encogía de hombros.

—No sé. Tal vez, en el futuro. Si es que…

—¿Si es que qué?

—Si pasa. Uno no sabe lo que va a pasar en el futuro, ¿no?

—No, claro…

Entretanto, los días se deslizaban como pesadísimos carros de tren, rompiendo la corteza terrestre con sus ruedas de hierro. Todo era difícil. Todo era conflicto, discusión, conversaciones en diversos matices del enojo.

El mundo partido en dos.

¿Quién lo había hendido?

¿Qué pasaba? ¿Por qué esa línea divisoria entre ellos? Yo los quería a todos.

Volvía la añoranza feroz de mi mamá. Los quería a todos junto a mí, como un racimo de moras, apretado. Mi mamá, mi nana, Laura, mis hermanos, los hijos de Laura, mi abuela. Todos en un solo bloque. Meterme dentro de ese bloque, fundida con todos.

Pero estaba afuera. Era como si me hubieran tirado a la noche, a la inseguridad, a los gritos aislados que se oían a veces, afuera; terribles pájaros nocturnos, volando a través del silencio.

Y entonces, volvió el miedo.

# Capítulo 16

Eran días en los que el afuera y el adentro estaban en guerra. Vivíamos en una especie de cúpula, en ese caserón de La Florida, con la radio dando las noticias de la realidad que crecía, como una maleza salvaje e impredecible al lado de afuera, allá donde nadie se aventuraba.

Conocí las canciones de Piero en el invierno del 88. Cuando eran subversivas y se cantaban en voz baja, desafiante, mirando el gesto de reproche de los tíos o parientes que a veces nos visitaban.

Yo me pasaba tardes enteras mirando la foto de Piero con su guitarra, sus anteojos, su cuello de cura, su mechón hacia el lado.

—Un idealista, eso es lo que es él —decía Laura—. Me gusta porque le interesa la gente, acercarse a las personas. Él sí sabe de solidaridad.

Laura lo oía mientras se peinaba. Mientras se encrespaba las pestañas con la cuchara. Mientras abría su paraguas bajo la lluvia. Lo cantaba a todas horas. Sus cantos le cambiaban un poco la cara, se la ensanchaban. Sonreía, caminando contra el viento, sí, *para el pueblo lo que es del pueblo, para el pueblo liberación, estudiar era un pecado, clandestino era el saber, porque cuando el pueblo sabe, no lo engaña un brigadier*. Lo oíamos por la radio a todo volumen, cuando ella me iba a dejar al colegio, manejando virando bruscamente ante los baches, por el camino de tierra resbaladiza.

Lo oíamos mientras ella tecleaba sus artículos. A veces, ella miraba las fotos y cantaba *es un buen tipo mi viejo, tiene la tristeza larga, el dolor lo lleva dentro, yo soy tu sangre mi viejo, soy tu silencio y tu tiempo*.

Pero ella no era el silencio. Era el hacerse oír. La voz impresa de sus notas. De sus crónicas combativas. En las entrevistas para la televisión, la voz de Laura se hacía oír, aunque ella no hablara de política en la casa. Pero estaba presente. Vibrante. Como las canciones de Piero.

Y cuando miraba la foto quieta de los niños, sobre su velador, a veces, sonriente, comenzaba a golpear las manos con ritmo y tarareaba *al crear la vaca, Dios hizo la leche, hizo el dulce leche, todo lo hizo bien*.

Yo no podía evitar entonar las canciones a todo pulmón mientras comíamos pan con palta a la hora del té.

Los tiempos eran galopantes.

Resuenan en mí hasta ahora esos inviernos en La Florida. El frío galopando por entre la lluvia recia, imparable. El hielo entrando azuloso en los huesos, a través de los vidrios, luchando a mano partida contra el redondo calor de la estufa. Humedad por todas partes. Manos ásperas de frío. Canciones alejando el sonido del viento. El chiflón. Agresivo. Botando árboles, cortando la luz. El teléfono persistía, intacto. Nunca supe por qué.

Voceábamos las canciones de Piero al lado de la chimenea, mirando las llamas, infinitas, febriles.

Eran días helados, pero el frío se disipaba en esos momentos. Risas, canto. Hasta mi padre cantaba, aunque siempre se avergonzó de la voz que tenía.

Y de pronto los llamados breves. Sorpresivos. Con datos terribles. Noticias urgentes.

Yo las temía. Casi siempre, después de recibir algún llamado, veía a Laura correr a su pieza a buscar algún papel, alguna carpeta y salir corriendo, sin decir adónde iba. Siempre con su apuro, con la sensación de que tenía el tiempo justo o que tal vez llegaría atrasada.

Era un tiempo tormentoso. Siempre había emergencias. Todos los días había sucedido algo horrible en alguna parte y era necesario hacer llamadas. O comentar en voz baja los próximos pasos a seguir. La incertidumbre era la moneda de cambio.

A la incertidumbre de la época se sumaba la del clima. Las noches de tormenta menudeaban y nada era fácil. El viento luchaba mano a mano contra la casa. A veces se abría violentamente una ventana. A veces los truenos descargaban sus montañas de sonido solo sobre nuestro techo.

En esas noches de lluvia y viento mi padre parecía crecer.

Subía a su caballo, muchas veces a pelo y corría haciendo sonar las latas del puente. Yo lo miraba con admiración. Era un héroe con su capa larga, azul, abotonada de arriba abajo, salvando vidas, sujetando puentes, encauzando los caudales de la lluvia.

Yo lo miraba irse a través de los vidrios del living y, desde el minuto en que salía, comenzaba mi espera.

Imaginaba siluetas de caballos mojados, galopando contra el viento, contra el tiempo, llegando, jinetes descendiendo, sacudiéndose del agua en la pesebrera. Esas noches, mi padre, con audacia, se ponía su abrigo azul. Prendía su cigarrillo.

—Voy a echar una mirada para ver si todo está bien en la zona de las torres —decía, casual—. Los cables están sueltos hace tiempo. Si se caen, el que los toque recibirá una descarga de trece mil voltios. Tengo que asegurarme.

Salía a caballo. Iba al lugar más peligroso. Yo lo veía alejarse, iluminado por los relámpagos, en camino decidido hacia la torre de alta tensión. No había alternativa. Si no iba él, nadie iría. Yo cruzaba de un salto la galería y salía a darle un abrazo lleno de angustia. Lo apretaba mucho rato contra mí, llena de pavor ante la noche que se desencadenaba sobre nosotros. Tal vez no volviera. Ese pensamiento no me cabía entre las cejas. Me hacía estallar la cabeza.

No sabía si iba a volver. Toda incertidumbre del lado de afuera de la realidad invadía mi corazón.

Quizás ese abrazo podía ser el último. Yo cerraba los ojos, sacudiéndome ese pensamiento. No, no, no, pero sí. Podía ser el último. ¿Y si un cable de la torre se soltaba? Quedaría como Laura, con una foto de un padre muerto.

Volvía a la casa, encogida de miedo. Laura me acercaba a ella.

—Cantemos —decía—. Cantemos *Libertad*, de Piero.

Pero yo no podía cantar. Tenía la garganta cerrada. Una mordaza me hacía entrechocar los dientes.

Solo esperar a que el papá volviera. Solo afinar el oído hasta sentir el trote de su caballo, en regreso.

¿Volvería? ¿O pasaría a formar parte de ese grupo incierto de personas que no volvían más? ¿Comenzaría a ser un desaparecido? El miedo me hacía erizar la piel de los brazos.

Él nos había criado entre potreros, vacas, campos. Rodeados de perros, caballos. Viendo sacar leche de las vacas, herrar a los caballos. Esos clavos cuadrados de las herraduras.

Él nos había criado a todo lo ancho, a todo el grito, esparciéndonos por la vida. Mojándonos bajo la lluvia, gritar a toda boca, los brazos abiertos, viviendo la vida a concho, sin fronteras, sin resquicios. Haciéndonos caminar tardes enteras, subir cerros corriendo, lacear animales, subirnos a los árboles, él animándonos desde abajo, más, más arriba. No estaba permitido sentir miedo ante él.

—El miedo es algo que está adentro, no existe afuera —decía, cuando nos veía temblar ante algo, vacilar antes de hacer cualquier cosa arriesgada.

Muchas veces yo lo veía pegar la carrera, persiguiendo un caballo, alcanzándolo en la carrera, tomándolo de la tusa y subiéndose de un salto, sobre su lomo en pelo, galopando a todo lo que daba. Él prefería los caballos negros.

Escuchaba la puerta abrirse. Creía sentir la tos de mi padre.

Las horas pasaban. Lentas como un suplicio. A cada instante creía oír la puerta abrirse. Casi lo oía diciendo:

—Listo. Todo bien.

Pero no llegaba aún. Y nada estaba bien.

Luchaba contra los bostezos, que arremetían contra mi cara. Los ojos se me iban cerrando, poco a poco. Creía ser la única que lo esperaba. Si dejaba mi puesto, tal vez no volvería.

Pegaba mis ojos al ventanal, tratando de romper la noche y de ver a lo lejos. Los párpados se me iban cayendo hasta que sentía una mano que me tomaba por los hombros y me llevaba caminando, casi sonámbula, hacia la cama.

Me llevaba la imagen de mi padre, inmenso, enfundado en su abrigo-capa azul volando por sobre el mundo.

Me dormía sin remedio.

Al día siguiente, en medio de un frío glacial, con la cordillera instalada frente a nuestro jardín, inmensa, majestuosa, de un blanco que hería los ojos, salíamos a jugar en las pozas de agua.

Corríamos con nuestras botas de agua puestas y con los paraguas cerrados. Escribíamos nuestros nombres en el maicillo húmedo, barroso.

Después hacíamos un luche de caracol. Alguien tiraba una moneda al centro. Saltábamos por los casilleros barrosos con nuestras piernas envaradas por las botas negras, de calzados Bata.

Nos olvidábamos completamente del frío, de los truenos de la noche anterior, del desvelo, de las pesadillas. La cara se nos ponía roja y, entonces, nos llamaban para la leche del desayuno.

Después, venía el trabajo. Llegaban los hombres con las carretillas. Nosotros revisábamos la cantidad de agua que se había acumulado en el zanjón. Era necesario abrirle un cauce. Mirábamos cómo la corriente casi lamía la superficie inferior del puente. A veces, largábamos barquitos de papel de cuaderno sobre el cauce. Pero no había tiempo para juegos.

Mi padre abría su taller y comenzaba la procesión. Todos íbamos tras él. Cada uno tenía algo que hacer. La vida se llenaba de objetos urgentes.

De tareas imperiosas. De movimiento de equipos. Me gustaba. Desaparecían los afilados rencores individuales.

Serruchos, martillos, cuerdas, clavos. Mil herramientas, de todos tamaños, de todo tipo. Subíamos todos los materiales a las carretillas y todos partíamos a ver los daños que habían dejado los árboles caídos. A veces, los divisábamos desde lejos, como inmensos muertos, con sus brazos al aire, indicando algo en las alturas.

El taller-bodega era el reino privado de mi padre. Siempre solo, siempre helado, siempre sombrío, lleno de artefactos oscuros. A él no llegaba el verano. Nadie podía entrar sin su permiso y, si no estaba él, se hallaba siempre cerrado con llave. Era el lugar del interior de mi padre. Casi como su mente, pensaba yo, a veces. Una fortaleza cerrada. Tibia y adusta.

Adentro, junto a sus herramientas, estaban desparramados sus pensamientos, planes, proyectos, ideas súbitas.

Laura no entraba jamás al taller. Respetaba ese reducto como exclusivo de él.

—Es su territorio y eso hay que respetarlo —decía.

Cuando tenía algo que decirle, iba hasta el taller y se paraba en la puerta. O conversaba con él desde afuera, aunque el taller estuviera abierto de par en par y mi padre dentro. Como detenida por una especie de barrera invisible, mágica. A veces, los veía a ambos, apoyados en la puerta, riendo. Creo que a mi padre le gustaba que ella respetara ese espacio. Yo los miraba, él adentro, ella afuera, diciéndole algo. Siempre en voz baja. Eran conversaciones privadas, emboscadas en el secreto que dominaba la vida en ese tiempo. En las escaramuzas del peligro. Hablaban de sus cosas. Hablaban de lo que estaba pasando. Lo grave, lo gravísimo.

Yo no podía soportar la incertidumbre. Apenas los divisaba a los dos hablando, me acercaba, intentando no ser descubierta. Me escondía detrás de los troncos de los pinos más gruesos, intentaba oír. Me llegaban pedazos de palabras, intenciones, temores. En el último tiempo, las discusiones entre ellos habían aumentado. A pesar de que los entusiasmaban las mismas cosas, había algunas áreas grises en las que parecían separarse. Movían la cabeza, exaltados. Los dos tenían demasiados argumentos para convencer al otro, para hacerle ver que estaba totalmente equivocado, equivocada, *pero piensa un poco, ¿es que acaso crees que no pienso? Sí, pero toma en cuenta el hecho de que…*

Sí. Discutían más ahora último. Pasaban demasiadas cosas por la corriente del río de los días como para permanecer sereno.

Veía a mi padre moviendo la cabeza, levantando los brazos. Estaba serio, su ceño se fruncía. Desde la puerta, Laura lo miraba fijamente, decía algo, un ademán, se exaltaba, golpeaba los tablones que siempre había apilados fuera del taller. Mi padre, con su

cigarrillo en la boca, cambiaba de lugar herramientas, abría cajas de clavos, las cerraba. Luego salía. La abrazaba. Laura prendía un cigarrillo. Lo fumaba nerviosa, muy rápido. Tiraba la colilla ahí mismo. Luego, caminaban los dos por el jardín hasta llegar al puente. Ahí entonces yo sabía que la conversación sería sobre algo secreto y vital. Sería muy difícil oír las palabras que dirían.

Laura había establecido el terreno del puente de las latas como su reducto privado, su lugar a salvo de cualquier filtración, de cualquier oído. El espionaje era extremadamente difícil. Estaban a campo abierto y no había muchos lugares desde donde atisbar.

El puente era un lugar ruidoso. El rumor del agua tumultuosa llenaba el aire junto con el ruido permanente y destemplado de los tarros de conserva colgados bajo las vigas que soportaban el entablado. Además, sobre las tablas se extendían cinco o seis planchas de latón sobre las que debía pasar cualquier vehículo que quisiera penetrar al área de la casa. Esas latas y tarros avisaban la llegada de cualquiera. Eran imposibles de ignorar. No había timbres ni campanas. Era un puente que, ante la entrada de cualquier auto, daba inicio a un ruido de caceroleo estruendoso.

Había sido el lugar de juegos preferido en nuestra infancia. Saltábamos sobre él para despistar a los adultos, haciéndolos esperar a un recién llegado inexistente. Yo amaba ese lugar. Parada sobre él, tenía el poder, saltando sobre las latas, de iniciar el coro de ladridos de todos los perros del lugar y veía acercarse a los curiosos queltehues y a las vacas. Era el lugar donde uno podía gritar su rabia sin ser oído. Donde podía decir las cosas que sentía, a grito pelado.

A través de los años siempre he buscado lugares así, llenos del ruido protector de la confidencia. Líneas de tren, cauces de ríos caudalosos. Lugares de secretos nacidos entre el bullicio.

Cuando Laura me pedía ir al puente, yo sabía que sería una conversación secreta. Algo que solo yo podía saber. Algo de lo que los demás no podían enterarse.

No olvido las veces que ella me pidió ir a ese lugar. Lo hizo poco. He guardado las conversaciones en mi mente, de donde no se borran, por más que pasa el tiempo.

En ese último tiempo, cuando la realidad de afuera parecía vibrar con un tono explosivo, como una bomba, retenida, inquietante, ella iba casi todos los días al puente a hablar con mi padre.

Y siempre era algo importante.

Era un tiempo en la cuerda floja. Durante el cual no se sabía de dónde podía venir la amenaza el día de mañana. Cualquier cosa podía suceder en el país. Cualquier cosa podía surgir en las conversaciones del puente.

Ese día, también Laura había ido con mi padre al puente. La conversación iniciada junto al taller seguía.

La duda, la curiosidad, la alerta me carcomían. Escondida detrás de una acacia ancha que crecía junto a los eucaliptus, logré oír algunas palabras aisladas que el rumor del agua parecía traerme:

—Clandestino... Escondidos… Descubrirlos.

De pronto, una frase completa llegó a mis oídos.

—Están en peligro los niños…

No había error posible. Estaba segura de haber oído “niños”. Y luego otra:

—Los est… exponiendo… Ser… más… cuidadosos…

¿Quién estaba escondido? ¿De qué niños hablaban? ¿Cuidadosos de qué?

¿Éramos nosotros o los hijos de Laura los que estábamos en peligro? ¿O todos?

¿Ser más cuidadosos con qué? ¿Con quién?

Habría sido mejor ser sorda. No oír una sola palabra. ¿Qué iba a hacer esa noche? Otra más de las muchas que yo pasaba en blanco. No le podía contar a nadie lo que había escuchado. Pensé en las horas nocturnas, interminables que me esperaban, los minutos cayendo en cámara lenta. Angustia.

El temor correteaba por los corredores, como un ratón desafiante. No había, al parecer, refugio contra ese tiempo. Ni lugares a salvo.

# Capítulo 17

Esa mañana temprano, volvió a sonar el puente. Yo no había dormido nada. Me precipité puertas afuera, atravesé el maicillo corriendo. Por el sendero se acercaba un hombre desconocido. Acababa de bajarse de una moto. Una tempestad de ladridos aún resonaba en el aire.

Cuando llegué junto a él, me miró. Tenía una cara extraña. No era un rostro que mostrara signos de un enojo momentáneo. Era una cara de exasperación permanente. Algo torcido en la línea del mentón. Una cara malvada, pensé.

—Dale esto a tu mamá —dijo muy serio, entregándome una caja. Lo miré.

—¿A mi mamá? ¿Cuál?

—La que tengas —dijo, hosco.

Di un paso atrás, sosteniendo la caja. Ese hombre no tenía idea de nada.

—¿Qué es? —pregunté, mientras él daba media vuelta.

—Un regalo —contestó sin mirarme.

—¿Un regalo de cumpleaños?

—Supongo —contestó él. Miraba hacia otro lado con determinación.

—Pero nadie está de cumpleaños, hoy —dije.

Estaba segura de que no era el cumpleaños de Laura. Ni de sus hijos. Yo se lo había preguntado hacía poco. Volví a mirar al hombre.

—Me da lo mismo —dijo él, frunciendo las cejas. La voz se le iba hacia adentro.

—Oiga, pero…

No tuve tiempo de terminar la frase. El hombre hizo partir la moto y se subió medio andando, haciendo sonar de nuevo las latas y provocando el concierto de ladridos y mugidos. Aceleró e hizo saltar varias piedras.

Quedé con la caja entre los brazos. Me pesaba. Estaba medio húmeda. La curiosidad fue tanta que me fui con ella hasta unos matorrales.

Necesitaba ver qué era el regalo.

Si lo veía, podría saber para quién era.

Rasgué un poco el envoltorio y entreabrí la tapa. Salió un olor a podrido tan potente que me tiró hacia atrás. Cerré todo y arreglé la rotura del papel con las manos.

¡Qué asco! ¿Qué era? ¿A quién podía gustarle eso? ¿Por qué olía así? ¿Cómo alguien podía hacer un regalo tan hediondo?

No pude resistir. Me armé de valor, saqué el papel y abrí la caja. La tiré al suelo.

Era un pescado sin cabeza. Húmedo. Blanquecino. Sobre la carne blancuzca se movían unas cosas. ¿Gusanos?

Quedé paralizada, con la caja abierta, ante mí. Sorda y muda. Quería estar ciega. Para no ver la imagen del cuerpo podrido del pez. Pero seguía viéndola una y otra vez. Acompañada del olor.

Arrastré la caja hasta las cercanías de la cocina. La idea era dejarla ahí, propiedad de nadie, esperando que algo sucediera. O que desapareciera sola. Un grito de mi padre me sobresaltó.

—¡Suelte eso inmediatamente! ¿De dónde sacó eso, María Jesús?

—Me lo dieron...

—¿Quién, QUIÉN se lo dio?

Yo no podía hablar. Mi padre me remecía.

—¡Dígame! ¡Dígame! ¿Quién se lo dio? ¡Hable!

—No... no sé... Un hombre... en moto...

—¿Dónde? ¿Dónde? ¿Qué hombre?

Mi padre corría de lado a lado, gritando. Los demás salieron. Se acercaron a la caja. Un rugido de mi padre los detuvo.

—¡Dejen eso quieto, ahí! ¡No lo muevan! Mi nana se llevó las manos a la cabeza.

Laura salió, muy pálida. Su piel alba, llena de pavor, hacía ver sus ojos inmensos. Se volvió hacia mí. Me abrazó muy fuerte. Yo lloraba sin poder parar.

—¿Hacia dónde se fue el hombre? ¡Dígame, es muy importante! Yo señalando con el dedo, a cualquier punto.

—Hacia... allá... se... fue.

—¡Deje de llorar! —tronó mi padre—. ¡No quiero más lágrimas! ¡Y ustedes no toquen eso! ¡Que nadie toque eso!

Mis hermanos se agacharon. Él se les acercó y los alejó de un solo empujón.

—¿Por qué se meten en lo que no les incumbe? ¡Que nadie toque nada! ¡Ya!

¡Métanse las manos en los bolsillos! ¡No los quiero ver hurgueteando esa caja ni ninguna otra cosa! ¡Vuelvan a la casa!

Ellos dieron vuelta la espalda y se alejaron. Federico se acercó a mí, que no podía dejar de temblar.

—¿Estás bien?

—Sí… creo que sí…

Mi padre, con la cara contraída, acercándose al camino, en dirección al puente, gritó, alzando las manos en puño:

—¡Puñado de mierdas! ¡Infelices!

Pero solo el camino vacío le respondió.

Recuerdo su silueta, atravesando el puente, la caja en sus manos aún con el pescado adentro. Movía la cabeza de un lado a otro. Caminaba a rápidas zancadas. Lo vi perderse en dirección hacia las otras parcelas. Laura corrió y lo alcanzó. Desde lejos, los vi discutir. Hacían gestos, negaban, volvían a levantar las manos. Vi a Laura acercarse a mi padre, remecerlo con energía, gritarle algo en la cara. Luego, la vi inclinar la cabeza y sollozar. Mi padre la rodeó con uno de sus brazos. Con el otro, aún sostenía la caja.

# Capítulo 18

La caja con el pescado sin cabeza desapareció al día siguiente. Junto con ella desapareció el tema. No se volvió a hablar del asunto. Vi cómo todos estaban empeñados en alejar el suceso, meterlo en el escondite más lejano que pudieran imaginar. Caja y contenido se habían volatilizado. Como por arte de magia.

—¿Quién la botó? ¿Quién la ha visto?

—¿Dónde la pusieron?

Hacía preguntas. Seguía a los mayores por los pasillos, buscando que hablaran del tema. ¿Qué era ese regalo? ¿Por qué era para Laura? Nada de nada.

Nuevamente me quedé sin respuestas. Con el signo de interrogación tatuado en mi frente.

Federico la buscó también, sin éxito. Revisamos todos los basureros. Realmente había desaparecido.

Silencio. Nadie hablaba, nadie respondía. Miraban para otro lado, decían frases a media voz. Luego, silencio. ¿La caja? No estaba. Algo más que se había esfumado en mi universo.

Solo yo la buscaba. Me obsesionaba esa caja de cartón con un pescado descompuesto y sin cabeza dentro. ¿Cómo alguien habría podido considerar eso un regalo? ¿Quién? ¿De dónde venía? Por días, por semanas, hurgué minuciosamente dentro del inmenso tarro de la basura, en el extremo del silo, donde se acumulaban los restos y donde, cada 15 días, pasaba el camión de la municipalidad para vaciarlo.

Pero no. Ahí no estaba.

Pensé en la obsesiva costumbre de mi padre de quemar la basura día por medio. Tal vez la habría hecho arder, pensé. Para no dejar rastro de ella. ¿Por qué a nadie le interesaba saber su proveniencia? ¿Por qué todos se hacían señales, gestos? Como si supieran perfectamente de dónde había venido y por qué. Como si conocieran de sobra al remitente. Y no quisieran hablar de eso, nunca más. Tema cerrado.

Revolví los restos de las últimas quemas junto al taller de mi padre, en aquel descampado.

Pero ni siquiera en las cenizas existía un atisbo de espinas, piel o restos de algún pescado seco.

Necesitaba aclarar el misterio. Con un piso improvisé una escalera y subí al entretecho por la puerta que daba al clóset de la pieza de mi hermana. Tal vez ahí estaría. Mi corazón y mis manos. Mi corazón desbocándose, las manos temblorosas. Siempre había tenido miedo de entrar ahí. Me paseé por ese espacio oscuro, deshabitado, con ese eco de los pasos que me daba terror. Miedo intenso. Pero esta vez tenía algo que me empujaba. Una necesidad de saber si la caja estaba ahí. El pescado no estaría, pensé. Solo su espinazo, la caja roída.

Pero no había nada. Nada de nada.

Me paseé por todos los potreros buscando restos de hoyos o enterramientos. Tal vez la habrían escondido bajo tierra. Cavé en algunas partes, con la pala chica de los maceteros. Tampoco encontré nada.

Mi nana pasó días enteros haciendo un aseo profundo, abriendo las ventanas de par en par al frío intenso, aireando piezas, sábanas, colgando las frazadas en las terrazas.

—Para que de esta manera se salga el olor a podrido que se ha metido en esta casa —exclamaba con su voz más recia, pronunciando exageradamente todas las erres.

# Capítulo 19

El pescado sin cabeza resaltó más aún los dos bandos. Las dos maneras de vivir, de transcurrir por los días sobre la tierra. Dos maneras de enfrentar y sobrellevar una misma situación.

Volví a estar entre ellos. Sin partido, sin ejército, sin armas para resistir ni la división ni el enfrentamiento. Era la que no estaba de parte de uno ni de otro.

—Usté no es na'. Ni chicha ni limoná… —me cantaban al oído la canción de Víctor Jara, tirándome el pelo.

—No les hagas caso —me susurró Federico.

Pero eso era imposible. Me importaba. Lo que dijeran me importaba mucho. Ellos eran el paisaje que me rodeaba desde mi nacimiento. Yo era los apelativos que ellos me decían.

Volví a soñar que volaba sin poder aterrizar nunca. Luego, las cosas pasaron a castaño oscuro.

El regalo para Laura trajo la primera discusión seria entre ella y mi padre.

Puertas cerradas. Ecos de discusiones alteradas. Se interrumpían el uno al otro. Caras ceñudas. Cejas fruncidas. Rostros hinchados, saliendo de lágrimas recientes. División.

Hasta que la discusión dejó de ser a escondidas. De ahí en adelante, en general, la mayoría de los desacuerdos ya no serían a puerta cerrada.

Un día se enfrentaron, la puerta abierta. Mirándose combativos. Uno a cada lado del escritorio de mi padre. Oí las voces que subían.

Mi padre hacía callar a Laura. No quería saber nada más de nada. Me llegó su vozarrón, lleno de inquietud.

—Situación de extremo peligro… hay niños involucrados… cómo puede ser tan inconsciente, amor.

Mi padre estaba frenético. La interrumpía a cada momento.

La trataba de usted. Ahí supe que la quería. No era una amiga. Era su mujer. Su segunda mujer.

Laura, exaltada, subía más la voz. Le pedía que la oyera. Que se pusiera en su lugar.

—Yo no vengo de un mundo tan protegido como el suyo —exclamaba ella apasionadamente, los ojos brillantes—. Es exactamente lo que quieren ellos. Que tengamos miedo. Quieren asustarnos, dejarnos paralizados. Yo estoy acostumbrada a tener miedo, quiero que lo sepa. Pero realmente, le pido que no exagere tampoco. Mal que mal, solo ha sido un pescado sin cabeza. Y sobre todo —decía después—, sepa que no me pueden atar de pies y manos ni impedirme la verdad con la excusa del peligro.

—¡El peligro no es una excusa, Laura! ¡Es muy real y usted lo sabe!, mi padre alzó los brazos.

—Precisamente! ¡Esa es exacta la reacción que buscan! ¡Si tenemos que vivir en la

inseguridad y el miedo, es porque ese es el paisaje a que nos están obligando!

¡Ellos, no nosotros! ¡Tenemos que ser fuertes! ¡Hacerles frente!

—¡Hable por usted sola, no meta a mis niños en esto, por favor se lo pido Laura! —exclamó mi padre.

Ella lo miró. Se mordió los labios.

—¿Eso quiere? ¿Que yo esté sola y sin apoyo en esto? Sus niños, mis niños… Muy bien —dijo—. No sería la primera vez que me quedo sola. Ni la última, supongo.

—Mis historias serán siempre claras, nítidas, veraces —agregó—. Tengo una deuda con la verdad. ¿No es, acaso, lo único que nos queda? Porque ya nos han quitado la vida. ¿También nos van a quitar la voz?

—Pero Laura, piense en… —mi padre alzando los brazos.

—Lo siento, Lucho. No puedo detenerme. Hay tanto por hacer. Tanto por contar —dijo. La voz se le estrechaba por momentos.

Entonces comenzó el silencio. Uno ancho, sin orillas, lleno de palabras sin decir que parecían resonar más que las otras.

# Capítulo 20

Esa noche, volví a vagar interminablemente por los corredores.

La pieza matrimonial, con la luz encendida. Imposible no acercarse. Como llevada por un imán, fui llegando hasta la puerta. Estaba muerta de frío, sin zapatos, tiritando sobre las baldosas del corredor.

—Esta situación es insostenible —seguía la voz de mi padre—. Aunque estemos aislados aquí, no estamos a salvo, entiéndalo, Laura.

Comprendí que la discusión no había terminado.

—¡Por supuesto! ¡Son expertos en provocar situaciones así! —replicaba ella—. No quieren que yo siga trabajando, investigando. No me dejarán tranquila. Ya me han visto. Son como los bóxers. Los dientes cerrados sobre su presa. Yo…

—¡Usted, usted, siempre usted! —saltó mi padre—. ¡No es usted sola, Laura, por Dios! Es toda esta familia, son todos estos niños, esta casa, soy yo, que los conoce demasiado bien. Tiene que andar con cuidado, no sabe lo que ellos son capaces…

—¡Oh, sí lo sé! —Laura interrumpiendo, acercándose a mi padre, poniéndole la mano en el hombro—. ¡No sabe cómo sé de lo que son capaces, Lucho! ¡No formo parte del estrato de mujeres a las que nunca les ha pasado nada peor que se les manche un vestido! ¡O que se les vaya la nana! ¡Ellos han asesinado a mi padre! ¿Le parece poco?

—No he dicho eso. Pero hay cosas terribles que usted no sabe…

—Yo no le oculto nada a usted, Lucho. Nunca lo he hecho —sonó la voz de Laura en un tono más calmado—. Simplemente, las cosas que ellos han hecho y seguirán haciendo han llegado a un estado en el que yo, por lo menos, no puedo quedarme callada, ni darme por vencida, ni quedar indiferente. Yo…

—¿Me está acusando de darme por vencido a mí, de quedarme indiferente? —la voz de mi padre se alzó un poco.

—No, amor. No lo estoy acusando de nada. Sé lo mucho que ha hecho. Sé desde dónde lo ha hecho. Eso tiene todo el valor para mí. Pero ahora ellos, claramente quieren sacarme a mí del camino. Saben cómo hacerlo. Pero lo que no saben es cómo soy yo. No saben que jamás, entiéndalo bien, jamás voy a darme por vencida. No puedo hacerlo.

—¿Ni siquiera si sus propios hijos, su…?

—Ni siquiera nada —se alzó la voz de Laura—. Me da lo mismo el signo, la ideología por la que se mata. Izquierda o derecha. Musulmanes o Iglesia Católica. Terroristas o ultraconservadores. La barbarie es matar. La barbarie es amenazar. Torturar. Reprimir. Y la muerte debe ser mostrada. Denunciada. Y no permitida.

Su voz salía de la pieza, se extendía como aceite por los corredores. Imborrable, perenne. Sólida, plantada en la tierra.

Yo no sabía cómo lograba mostrarse tan segura, tan decidida. Tan certera a la hora de elegir entre lo imposible. Tan taxativa, fuerte.

—No voy a olvidar —siguió diciendo—. No olvidaré a uno solo de mis muertos. Recordar es la única manera de que no desaparezcan. Los llevo dos veces en mi corazón. Si no tienen la vida, tendrán mi memoria. Se acercaba a mi padre y le enmarcaba el rostro entre sus manos.

—¿Cómo no lo entiende, amor? —preguntaba, con su voz templada—. Llevo conmigo a todos los muertos de este tiempo.

Mi padre sí lo entendía. Pero no podía dejar de oler el peligro del que había escapado una vez. Hacía menos de tres años que había sido sacado del penal de la isla en forma abrupta, sin explicaciones. Aún no sabía cómo se había producido ese milagro. Después de qué conversaciones entre qué personajes funestos de la historia. Le habían dado el papel de excarcelación, lo habían llevado a un camión que lo había traído y puesto de vuelta en su casa. Había veces en que yo lo veía mirarse a sí mismo, en un espejo, casi sin creer realmente que estaba de vuelta.

—Laura, no digo que no haga las cosas, que no busque la verdad, pero debería ser más prudente. No está sola. Ahora menos que nunca. Hay más hijos. Los suyos, los míos. Tiene a su hermano. Usted no es David frente a Goliat, solo con la honda. Hay demasiada gente inocente tras suyo. Recuerde el daño a terceros.

Ella se levantaba entonces, brusca, paseaba a grandes zancadas por la habitación.

—¡Pero eso no puede enmudecer a alguien! ¡Anular su acción!

Mi padre se acercaba, le ponía las manos en los hombros. Parecía remecerla. No podía contra ella. En el fondo de su ser, sabía que nada la detendría. Y la amaba por eso también. Pero el miedo cundía, como mancha de aceite por el piso.

—Laura, tiene a sus hijos y ahora, a todos nosotros. No más imprudencias, por favor.

Ella se quedaba mirándolo.

—La prudencia no me falta —dijo—. Pero también está lo que soy. Lo que hago. No permitiré que amordacen mi trabajo. Yo soy mi voz. Es lo único que tengo: mi máquina de escribir y mis diez dedos para escribir la verdad.

—Póngase en mi lugar, Lucho, por favor —susurraba, acercando su cara a la de mi padre.

Y mi padre, entonces, la besaba irremediablemente. Amaba a esa mujer bajo toda la angustia, bajo toda la incertidumbre de aquel tiempo.

# Capítulo 21

Laura cumplió su palabra. No perdía tiempo. Pasaba todo el día frente a la máquina. Había días en que lo único que comía era un sándwich. O un plato de sopa.

Informar. Dar la alarma. Recordar cada injusticia. Nombres, apellidos. Detalles. Datos concretos. Mostrar la piel de este asesino sin rostro que era la dictadura. Develar las muertes. La forma de las muertes, los procesos de la muerte, las torturas, la parrilla, los lugares de detención, las fechas, los lapsos entre la captura y la muerte. Nada podía ser dejado de lado.

No olvidar los nombres de las víctimas. Denunciar los desaparecimientos.

La inmensa maleta propia, con la que había llegado, aumentaba día a día su volumen. Repleta de papeles, carpetas, documentos, fotos, números de teléfono, mapas, cintas grabadas.

Todo eso estaba llevando la relación con mi padre a un extremo irrespirable. La tensión con mis hermanos había llegado a tal grado, que a veces yo pensaba que una sola letra provocaría una chispa que haría estallar toda la región.

Por esos días, comenzó a hablarse de separación. Irse.

Cada bando hacia su área.

¿El proyecto de hogar había llegado hasta aquí? División.

Separación.

Ellos. Los otros y nosotros.

Todos mis sueños, todas mis imágenes de madre, todos mis anhelos de conglomerado, tibieza, pertenencia, entorno se rompían violentamente.

De nuevo, al descampado.

Al desierto de no saber. De que no hubiera nadie que pusiera al derecho el mundo.

Laura comenzó a quedarse despierta en las noches, para estudiar los datos que había logrado reunir durante el día, en sus incursiones. Era incansable. Mientras los demás dormían, ella revisaba sus notas, comparaba datos, los confrontaba. Escribía sin parar. Entrevistas, noticias de última hora, columnas de opinión, testimonios. Papeles arrugados junto a lápices Bic y una taza de café a medio tomar. Era su paisaje.

Yo me adormecía con el sonido de las teclas clavando su verdad en el papel. La veía entre mis párpados soñolientos, erguida, nuevamente con la esperanza inserta en los ojos. Mi padre la miraba. A veces, entraba en su santuario. Apartaba los papeles, las carpetas. No decía nada. Pero sus ojos eran elocuentes.

Laura lo miraba entonces. Sus ojos brillaban. Algo temblaba en ellos.

—No me haga tomar una decisión. No me haga tener que elegir —decía ella.

—Amor, no cierre los ojos a la realidad. Usted sabe que está exponiéndonos a todos. —Mi padre le ponía las manos en los hombros, miraba la hoja de papel en la Olivetti.

—Todos estamos expuestos desde hace rato —contratacaba ella—. ¿No lo entiende?

El peligro no se acabará con la mudez o el miedo.

Tomaba un sorbo de un café, ya frío.

—El mundo que yo deseo para las generaciones que seguirán es un mundo sin armas —volvía a decir—. Las mías son la paz, la razón. La verdad y la valentía para decirla. No tengo nada más y eso nadie me lo puede quitar.

—Pero…

Y seguía la discusión a puerta cerrada, pero la voz de mi padre era tan grave y profunda, que parecía que estuvieran con micrófono dentro de la pieza.

Mi padre hablaba de la clandestinidad. La había vivido en carne propia. Había sido salvado por la suerte. Se consideraba un ser aparte. Aún no terminaba de creer que hubiera regresado de Dawson, la isla de los muertos.

Su miedo era fundado. Sabía que la crueldad no vacilaría ante ningún obstáculo. Sabía que el poder no bajaría tan fácilmente de su trono.

Miraba a Laura. Y se quedaba callado. Toda la preocupación en sus ojos.

Por esos días, Laura comenzó a amanecer muy pálida. Aunque seguía trabajando sin descanso, yendo y viniendo de entrevistas e idas al diario, parecía casi un fantasma. Dejó de participar en el diálogo animado de las horas de almuerzo y comida. Yo la veía de pronto, inactiva, cosa rara en ella, tendida en un sillón, lánguida, mirando por la ventana. Se levantaba con esfuerzo. Su rapidez en el teclear disminuyó.

Un día de vuelta de una de sus salidas, después de cerrar la puerta del auto, la vi caminar unos pasos e irse al suelo.

Grité y mi padre acudió corriendo. Al verla tirada en el maicillo de la entrada, palideció casi más que ella. Se abalanzó, tomándola en brazos y entró con ella inerte a la casa, cargándola como si fuera una niña dormida.

Esa tarde, después de que el auto del médico se alejó por el puente de las latas, entramos todos a la pieza de mi padre y Laura. Ella seguía pálida apoyada en los almohadones, pero sonreía.

—Dentro de poco habrá que poner un puesto más en la mesa —dijo—. Estoy esperando guagua.

Y nos miró a todos desde sus grandes ojos oscuros.

Federico y su hermano se acercaron a la cama. Laura los abrazó. Le brillaban los ojos.

—¿En serio? —salté—. ¡Qué buena noti…!

La exclamación murió en mi boca. Miré a mis hermanos. Estaban de brazos cruzados, frente a la cama matrimonial, callados. Parecían un jurado en sala, antes de dar un veredicto.

—Es lo que pasa cuando se vive en pareja. Bastante obvio. No es ninguna noticia —dijo uno de ellos, en voz baja.

Traté de ver quién de ellos era el que había hablado, pero se protegían. Un grupo cerrado. Todos y ninguno.

—Sí, supongo que …sí —dijo Laura serena—. Lo había oído. No parecía haber nada que la hiriera en ese momento de felicidad. Se había relajado y los colores habían vuelto a su cara.

—¿Qué les parece la noticia? La voz de mi padre lanzada en picada hacia ellos. De alguna manera, les pedía su aprobación.

—Bien… —dijeron. Secos. Parcos. Los gestos ausentes.

—Tenemos que irnos, permiso —dijeron después.

Y salieron todos, en bandada, de la pieza. Solo quedé yo, además de Federico y Matías. Laura me miró.

Luego me extendió los brazos y yo corrí. Me subí a su cama de un salto y la abracé.

—¿Para cuándo? —pregunté.

Mi padre se acercó y me acarició la cabeza chasconeándome.

—Cuídala —dijo—. Que no se levante todavía. Yo tengo algo urgente que hacer. Y salió de la pieza con sus pasos largos.

# Capítulo 22

A los pocos días, Laura andaba como siempre. Salía temprano en las mañanas y había veces en que no volvía hasta la noche. Algunas noches llegaba muy tarde. Yo veía a mi padre paseándose por el camino, las cejas fruncidas, los brazos a la espalda, horadando el suelo, esperando el ruido del motor del Volkswagen o la polvareda precursora por el camino.

Los desacuerdos no habían terminado. Laura había retomado su labor de forma más intensa que nunca.

—Su falta de prudencia terminará con todos nosotros —dijo un día, agorero, mi padre—, sin mirarla, con los ojos fijos más allá del ventanal del living, hincados en la noche densa. Le dolía que ella, en vez de aminorar sus idas y venidas, hubiera tomado más tareas que nunca.

Laura lo miró.

—No. Mi falta de prudencia no. Tampoco mi exceso de celo por la vida o la verdad. Eso no mata. Lo que mata es otra cosa. Es el poder omnímodo que pasa a llevar todos los derechos. Es la mano que firma la orden de detención, de tortura.

Es la decisión de borrar de la tierra a seres vivos, tan solo por cómo piensan —declaró, febril, gesticulando con sus ojos muy abiertos—. Usted sabe que tengo razón.

Mi padre se levantó de su silla y se paró, solemne, ante ella.

—Razón o no, Laura, tiene que tomar una decisión. Es importante para los niños. Para todos nosotros. Nos está exponiendo a todos a traumas insospechados. A crueldades irreparables. No puedo seguir jugando a la ruleta a mis hijos. Lo hemos hablado mil veces. Hay que ser mucho más cuidadosos con esta gente. Ellos no tienen límite. Están entrenados para matar y han perdido toda piedad —alzó la voz.

Laura intentó replicar, pero él alzó la mano y siguió hablando.

—Y en cuanto a esconderse, es imposible en nuestra situación. Ya le he explicado muchas veces lo cabrona que es la vida en clandestinidad. No es, definitivamente, una vida para niños. Ni para jóvenes. Y menos —miró su vientre— para embarazadas…

—No me haga detallarle de nuevo lo que son capaces de hacer —siguió—. Lo que vi que hacían con mis compañeros. Electricidad, la parrilla, la tortura del agua. No quiero volver a hablar de este tema, y menos aquí en la casa. Esto no es un juego ni un partido por puntos. Esto no es un relato que podamos plasmar después en un libro. Es muerte. Peligro de muerte. Necesito algo en qué apoyarme, algo de seguridad. Soy responsable de esta familia, y su osadía, amor, ha llegado demasiado lejos —continuó—. No se detiene ante ningún riesgo. Para mí ha llegado a ser imposible…

Mi padre se detuvo. Le fallaba la voz. Laura lo miró.

—Qué —dijo—. Qué ha llegado a ser imposible, Luis. Dígalo.

Vi la cara de mi padre, haciendo esfuerzos por montarse sobre su emoción. Los

labios le temblaban.

—Primero fue la caja —repuso—. Lo que viene después, usted sabe que ya no será una caja con una podredumbre dentro. El pescado fue una advertencia y usted, Laura, hizo caso omiso. Mírese, por favor. Está embarazada de siete meses. De mi hijo. Del hijo que yo estoy tratando de proteger.

—Yo jamás he…

—Déjeme hablar —alzó la voz mi padre—. ¿Cómo supieron que estábamos aquí? Yo no doy esta ubicación a nadie. Esta casa está alejada de la ciudad, de todo. Yo se lo dije. Tienen que haberse enterado por los niños. Por sus niños. No hay nada más fácil que rastrear que un niño. Los trajo y la encontraron. Le dije que viniera sin ellos. No por no querer estar con ellos. Por protección. Usted no me hizo caso. Entonces llegó la caja. No solo usted está amenazada. Lo estamos todos, ¿no lo entiende? Ellos la buscan desde hace mucho. Yo quería salvarla, protegerla, esconderla. Usted solo quería mostrarse, gritar, vocear la denuncia de las muertes. Ahora todos estamos en la mira. Tiene que tomar una decisión. Es vital para los niños, para nosotros, Laura. Nos está exponiendo a un trauma insospechado.

En ese momento, sentí a alguien junto a mí, en mi escondite. Era Federico. Me hizo un gesto de silencio con la boca.

—¿Puedo estar conti…? ¿Están peleando? —susurró.

—No —dije en voz baja—. Discuten. Están nerviosos.

—Es lógico —dijo él—. Las cosas están pésimas afuera…

—Afuera y adentro —dije.

—Sí, tienes razón —afirmó él—. Yo…

—¡Shht!, mi papá está hablando —cuchicheé—. Mi oído se aguzaba por momentos. Él se inclinó y se apegó a la puerta. Las voces retumbaban, hondas.

—Se lo he dicho mil veces. Hay que ser muy cuidadosos con esta gente. Ellos no tienen límite. Están entrenados para no tener piedad con nadie —alzó la voz mi padre —. Lo adiviné pálido, desencajado, hablando de pie, sin pausa.

—¿No lo entiende? Hay un antes y un después.

—¿Cómo un antes y un…?

—Hasta ahora usted, Laura, periodista estrella del Canal, ha estado protegida por su conexión con la Asociación de Derechos Humanos y por la notoriedad de su figura. Deja de ser notoria y desaparece. Así de simple. Deja de ocupar las primeras columnas y muere. Y, con usted, todos los de aquí. Pero la primera plana no se puede mantener indefinidamente, eso usted lo sabe.

—Pero entonces…

—¡Escúcheme con atención! ¡O se silencia, deja de vocear crímenes, baja su perfil, se vuelve prudente, deja de emprender cruzadas temerarias, denuncias, descubrimientos, o nos convertirá a usted y a nosotros en víctimas de un crimen más, de esos mismos que usted destapa! ¡Entienda que está poniéndonos en extremo peligro. Conocen su punto débil, conocen su historia, no son idiotas. Saben lo que está en cuestión: los hijos. Lo más sensible. Saben que uno queda atado de pies y manos si de por medio están los hijos. Sus hijos, los míos, el nuestro. Ha puesto en peligro real a una docena de

personas, tal vez más. Tiene que cesar su rastreo de muertos, de desaparecidos de una vez y ya!

Un largo silencio siguió a la voz de mi padre. El viento golpeaba con furia las latas del puente.

—No puedo —oí la voz de Laura. Dramática. De intensa tristeza.

—No puedo hacerlo. Mi voz soy yo. No puedo destejerme, deshacerme a mí misma. No puedo suicidarme. Callarme sería un suicidio.

El silencio galopó en la pieza.

El silencio. Sentí a mi padre asentir gravemente. Callado. Distante. Algo se estaba quebrando. Dentro de él, dentro de ella. Bajo la lámpara de la pieza. Algo caía al suelo como un cadáver. Desmenuzado en pedazos inciertos.

Sentí la mano de Federico sobre la mía. Me aferré a ella. Algo terrible vendría.

Cada gesto resonaba con potencia en la bóveda de esa noche. Laura miró a mi padre, le pasó la mano por su espalda.

—Al menos les legaré a ellos la capacidad de cambio. La libertad de indagar. El saber que la vida es un riesgo que se corre en la montaña rusa de un porvenir que nadie conoce. El poder distinguir las batallas de las que no es posible restarse. El saber que, sin eso, la vida no vale la pena —terminó.

Mi padre no dijo nada.

Vi darse vuelta la manilla de la puerta. Federico se separó bruscamente de mí y retrocedió hasta su pieza, donde desapareció.

Antes de que Laura saliera, la oí decir a mi padre que el miedo no servía para nada. Que si seguíamos mostrándonos temerosos, la dictadura no terminaría nunca, porque se alimentaba de los miedos. Así lo sentí muy fuerte. En mí se reiniciaba el miedo otra vez. El miedo a las partidas. A las desapariciones. El terror a que ellos se fueran. Los dos. ¿Para adónde? ¿De qué partido sería yo entonces? ¿De qué bando? ¿De qué vida? Ella salió. La alcancé. En la galería, nos detuvimos, mirándonos. Me hizo un cariño rápido en el pelo. Salió al patio de cocina y llamó a gritos a sus hijos. Un perro comenzó a ladrar furiosamente. No me preguntó nada, no me dijo nada.

No me dijo, como otras veces: —Gordita, ¿qué hace ahí, tan cerca de la puerta? Se va a helar. Entre, venga, vamos a escribir un artículo.

Nada. Salió, rápida, exaltada. Llevaba una lágrima sobre la cara. Borroneada. Se la había secado rápidamente de un manotazo. Me miró sin miedo. Se hizo hacia atrás la chasquilla que le caía sobre la cara, siempre. Un gesto de valentía que la mostraba. Parada sin miedo ante el peligro. Sus ademanes desafiantes. Sus ojos, secos. No temía. Nunca había tenido miedo. En su cara sin sonrisa se mostraba el valor. Todo el valor. Y la extrema soledad del que es valiente.

# Capítulo 23

Laura y sus salidas. Siempre urgentes. Súbitas. Siempre eran por algo terrible que había sucedido allá afuera. En ese afuera cuyos ecos me llegaban cada vez más potentes. Sus brazos juntando papeles, metiéndolos a presión dentro de carpetas amarradas con elásticos. Sacando la grabadora de su maleta grande. Volando al baño, peinándose rápidamente. Había días en los que apenas se maquillaba.

—Qué tarde es —decía—. No sé, pero el tiempo está pasando más rápido que antes.

Era cierto. Para ella, la vida iba más rápida que su propio pulso. Siempre sentía que iba a llegar tarde.

Yo la miraba. Su melena negra, urgente como ella. Sus ojos mirándome. Una sonrisa fugaz, un gesto, el roce de sus dedos en mi cara.

—Chao. Vuelvo tarde. Pero pasaré a darle las buenas noches. No sé si pasaba. Yo ya estaba dormida.

Pero siempre decía eso. Y a mí me gustaba. Era una frase abrigada como una manta en invierno.

Por esos días, pasó lo de Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas. Laura oyó la noticia en silencio. Esta invadió cada espacio de nuestra vida. Cada mirada que nos cruzábamos.

La *Radio Cooperativa* estuvo prendida hasta tarde, en su pieza. La oí sollozar por lo bajo, murmurar palabras incomprensibles, negar con la cabeza.

—¿Cuál es el límite para la crueldad? —La oí susurrar. No había respuesta a esa pregunta.

Los días pasaban, montados los unos sobre los otros, como caballos salvajes.

***

Un día, una mañana, mientras yo esperaba que saliera corriendo hacia el auto, llena de portafolios y documentos, pasó algo que cambió el curso de mi vida para siempre.

Se subió al auto y cerró la puerta. Frunció la frente, como era su costumbre antes de meter la llave de encendido del motor.

Yo esperaba su sonrisa urgente, fugaz.

En vez de eso, ella abrió la puerta del Volkswagen amarillo y luego me dijo: —Arriba, súbase.

—¿Yo?

—No, yo —rio—. Apúrese. Hoy vamos juntas a la pega.

—¿Juntas? —dije.

No podía creerlo. No me tocaba ir al doctor, al horrible control sano mensual, ni tenía que comprar ningún útil de colegio, nada. Tampoco era el dentista.

Era simplemente que Laura quería ir conmigo.

—Juntas —respondió—. Hoy voy a hacer algo importante. Quiero que vayamos las dos. Creo que le interesará.

Me subí al auto temblando de excitación. Era la aventura más apasionante que había vivido.

Siempre me había preguntado adónde iría cuando la veía partir, en las mañanas. Imaginaba que llegaba a un verdadero campo de batalla, lleno de humo, con un bando persiguiendo al otro, disparos sonando por todas partes, bajo los asientos. Me subí al auto sin poder creer en mi buena suerte.

Adentro estaba lleno de cosas. Papeles desparramados por todas partes, en carpetas abiertas, lápices, recortes de diario. Cada papel era vital. Documentos, pasaportes, papeles timbrados. No podían pisarse, menos romperse. Me fui ordenando lo que podía, juntándolos en montones. El auto de Laura era su oficina.

Íbamos con la radio prendida a volumen alto. Era la transmisión de uno de los noticiarios del día. Laura los escuchaba todos. Se oían sonidos, disparos, sirenas de alerta, gritos de fondo. Laura iba comentando cada una de las palabras del comentarista.

—Esa noticia debieron haberla dicho antes que la otra, no saben ordenar las bajadas —decía.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté—. ¿Una entrevista?

—No. Esto será más que una entrevista. Será un momento histórico —dijo.

Carmen Gloria Quintana me ha dado una exclusiva. La entrevistaré a ella como víctima —agregó—. Solo ha querido que fuera yo. Es un gran honor.

Luego miró el dial.

—A ver, oigamos la *Cooperativa* —repuso. Y subió el volumen.

Yo la miraba, la admiraba. Su talento me impresionaba. Sus ojos abiertos. Se negaba a cerrarlos. A olvidar. A vivir cómodamente. Se negaba a quedarse callada. A bajar la cabeza. A resignarse. Se negaba a meter cosas bajo las alfombras, a cubrir lo horrible con eufemismos. Una guerrera, pensé. Verdaderamente lo era.

Manejaba de modo brusco, inquieto. Su cabeza urdía sin parar iniciativas novedosas, sorprendentes. Se trataba de sorprender y de generar inquietud por la verdad. Su pluma era potente, pensé. Sin adornos, seca, brutal. Laura era imparable. Buscaba, hurgaba en documentos. Perseguía testigos. En las noches, la miraba sumergida en su Olivetti con la que formaba casi un ser de una sola pieza.

No necesitaba decirme nada, explicarme nada. Me bastaba con mirarla. Su expresión construyó en mí la imagen de desapariciones, torturas, asesinatos. Este había sido un ataque brutal.

Los quemados. Un operativo militar en el que un pelotón había apresado a la psicóloga Carmen Gloria Quintana y a Rodrigo Rojas en medio de una protesta contra la dictadura. Habían sido golpeados, rociados con parafina, quemados. Los habían envuelto en mantas y arrojado a una zanja para que murieran.

Ambos recuperaron la conciencia, lograron desatarse de sus ataduras, pedir ayuda y ser trasladados a la Posta Central. Un ensañamiento de crueldad tal como nunca se

había visto. Y esto había sido destapado.

Leía sus textos, cuando ella los dejaba sobre la mesa. Iba tragándome las palabras, todas, aún sin entender todos los significados. Construían la escena, imágenes, momentos. Esa época tormentosa. La crueldad esperando en cualquier parte. Su palabra y su voz se entrelazaban. Entendí los textos de Laura. Cómo sus manos iban construyendo un texto en el cual palabras y voces se entrelazaban.

No hubo nadie que le hiciera aminorar la intensidad de su caminar. Tampoco de su indignación.

Apretó más el acelerador de su escarabajo.

De pronto, se oyó un avance noticioso. Laura frunció el ceño.

—Qué pasó ahora —la oí murmurar.

Subió el volumen de la radio y paró de golpe el motor del auto.

—A ver —dijo, seca. Escuchamos las dos la noticia.

Oí nombres. Manuel Guerrero. José Manuel Parada. Santiago Nattino. La vi aferrarse al volante. La vi temblar.

Sentí un hoyo en la guata.

La palabra. Degollados. ¿Era lo que yo temía? No me atreví a preguntar. Sabía que ella también tenía un forado inmenso. Ahí, en medio del pecho. Apoyó su cabeza en el manubrio.

No dijo nada.

Aún recuerdo su cara con las huellas del estremecimiento y el horror que se le pegó al cuerpo. Las frases se amontonaban en la radio. La tarde anterior habían sido asesinados de manera brutal. Los tres. Un profesor, un sociólogo, funcionario de la Vicaría de la Solidaridad, y un pintor. Habían sido abandonados —presté atención al locutor—, dejándolos abandonados "muy cerca uno de otro, entre la hierba que bordea el aeropuerto internacional, camino a Quilicura".

No puedo olvidar la reacción de Laura, su cara, la postura de sus manos. Estaba totalmente conmocionada.

Su rostro cambió. La boca dura, como si la hubieran obligado a mascar algo. Y sí. Nos obligaban al miedo.

A la muerte.

Más muertos sin defensa. Más muertos que ella no olvidaría nunca más. De pronto, miró el reloj.

—Vamos. Es tarde —pronunció muy bajo, como hablando para sí misma. Encendió de nuevo el motor.

—Gordita, espéreme en el auto —dijo, mientras llegábamos a la Posta Central y se estacionaba—. No le abra la puerta absolutamente a nadie. Yo voy a buscar unos papeles y a pedir unos datos. Después seguiremos a nuestra entrevista. Demoró poco. Venía con un sobre en la mano. Lo echó atrás junto a los altos de carpetas y seguimos camino.

El auto se internó por un barrio lleno de casas iguales. No había pavimento. Era camino de tierra. Como en La Florida. No había jardines. Ni plazas. Ni semáforos.

—¿A qué calle vamos? —pregunté—. Eran barrios silenciosos, no por la ausencia de

ruidos, sino porque parecían estar silenciados a la fuerza. Una mordaza y cuerdas invisibles parecían flotar junto a los muros.

Me miró.

—Vamos a saber la verdad —dijo. Su voz tenía tono solemne—. Voy a entrevistar a Carmen Gloria Quintana. Voy a contarle al mundo lo que le pasó a ella y a Rodrigo Rojas. Cómo los torturaron.

Sus palabras llenaron cada rincón del auto. Su mano se posaba recurrentemente en su guata.

—Esto es muy importante y me gusta que usted vaya conmigo —dijo—. Pero tiene que hacer exactamente lo que yo le diga. ¿De acuerdo?

Asentí con un movimiento de cabeza exagerado.

—La entrevistaré a ella como la víctima principal —me anunció—. Nadie sabe cómo ha sobrevivido. Debería estar muerta, tal como murió Rodrigo. Pero por algo ha sobrevivido. Y yo quiero que su valor, su sufrimiento sirva. Hay que mostrarlo al mundo.

El auto entró por barrios cada vez más alejados. Calles más estrechas, cuadras de casas todas iguales, un solo piso. Solo variaban los colores de las puertas y las diversas plantas raquíticas que crecían en antejardines minúsculos. No había parques, jardines. Ni una sola plaza, ni un solo niño jugando. Solo calles entierradas, vacías. Perros solitarios, ladrando. Los árboles de las cuadras no tenían hojas. Las ramas oscuras, erguidas, dedos apuntando a un cielo gris. Oscuridad. A pesar del sol había oscuridad.

—¿Qué casa es? —pregunté.

Laura detuvo el auto. Me miró muy seria.

—Gordita, se bajará conmigo, me acompañará, pero tiene que hacer puntualmente lo que yo le digo, ¿me oyó? No quiero que diga una sola palabra. Esto es peligroso y muy importante. Quiero que esté tranquila. No me hable ni a mí ni a nadie. Como jugar a las estatuas, ¿me entiende?

—Ese es un juego de chicos —me ofendí—. Yo no…

—Perfecto —cortó ella—. Sabía que usted era la única con la que podía contar. Usted va como testigo, para que sepa. Sé que es grande y que va a ayudarme. No pregunte ni conteste nada a nadie. Vamos.

Y se bajó del auto.

# Capítulo 24

La seguí con el corazón latiéndome entre los hombros, como si estuviera entrando al núcleo de una bomba de tiempo.

Era una de las casas iguales a todas. Puertas enrejadas, vidrio catedral, a veces de colores, la escalinata de tres peldaños encerados hasta la exageración.

Alguien nos abrió la puerta y entramos. El interior, oscuro. Al fondo, una especie de comedor, con una mesa puesta, con mantel de hule y un florero con una sola flor erguida, sola. Nos hicieron pasar a una pieza amplia con una mesa grande. Era oscura también.

Frente a nosotras, detrás de una pequeña máquina de forma rectangular, del tamaño de un ladrillo, estaba sentada una mujer en sombras.

No se puso de pie cuando entramos. Tampoco extendió la mano. Laura se acercó a ella y la besó. La mujer quitó la cara y le extendió la mano.

—Todavía duele —murmuró. Tenía la voz muy ronca.

—Por supuesto —dijo Laura—. Perdona. Debí haber sabido.

Estábamos casi totalmente a oscuras. Un recinto cerrado. Al parecer, un comedor. Una mesa grande, sillas.

Solo se dejaba ver un disimulado rayo de sol por entre las cortinas de una ventana demasiado alta.

—Siéntese aquí —me indicó Laura sin hablar. Sus gestos eran elocuentes.

El aquí era sobre una silla baja, con una especie de chal arriba. Más allá se veía una cama, al fondo. Después de la puerta abierta, surgía un corredor. Otra puerta y otra pieza.

Recordando no hablar, me levanté a tientas, buscando algún interruptor. Laura me detuvo con un gesto alarmado.

—¡No! ¡Sin luz! —siseó.

—Pero no veo nada —susurré.

—No tienes que ver nada, solo estar atenta y oír —me dijo, casi inaudible, poniéndose un dedo en los labios. Sus cejas en alarma casi severa.

—No hables ni te muevas —dijo su gesto.

—No prenda la luz, por favor —advirtió la mujer—. Me molesta mucho la piel.

—No hay ningún problema —dijo Laura—. Lo haremos con luz natural. Se ve bien. Se acercó a la máquina y apretó botones. Se abrió un compartimento, ella abrió su bolso y sacó un dispositivo que metió dentro de la máquina. Luego probó los botones.

—Grabando, grabando uno, dos, tres, cuatro…

Luego presionó otro botón. Su voz urgente se oyó por la máquina.

—Funciona bien —dijo Laura—. No te molesta que tome algunas notas también, ¿no?

—No —dijo la mujer.

Era escueta. Parecía tallada en piedra. Una figura en relieve sacada de una roca. Laura acercó su rostro a la máquina y accionó la grabadora. *Record*.

Comenzó la conversación. La voz suave, íntima de Laura, preguntando. La voz áspera, fuerte, de las respuestas. Le costaba hablar. Le dolía.

—Aquí en conferencia exclusiva Carmen Gloria Quintana Arancibia, narrando lo sucedido el día 2 de julio de 1986, a ella y al estudiante Rodrigo Rojas de Negri… Poco a poco la voz de la mujer comenzó a desplazarse por la oscuridad del recinto.

—Íbamos con Rodrigo… llevábamos neumáticos… sí… barricadas…, sí, parafina también… nos pescaron… éramos un grupo grande… una protesta contra la dictadura… tuvimos miedo, dejamos botados los neumáticos y salimos arrancando, todos en distintas direcciones…, pero ellos salieron corriendo tras nosotros…, sí, nos pescaron y dijeron algo entre ellos, se reían… sentí cómo nos rociaban… era combustible… aceitoso… nosotros también habíamos llevado… para quemar los neumáticos… a Rodrigo lo sometieron y lo patearon en el suelo… a mí me tomaron, me revisaron… tocaron… por todas partes… me pusieron contra la pared… me preguntaron qué andaba haciendo, les dije que iba a estudiar a la universidad… Me revisaron los documentos, me los quitaron… me echaban… insultaban, groserías, me tocaban… me pegaban en la espalda con la punta de la metralleta… y yo lloraba porque tenía mucho miedo… se comunican por sus aparatos con su gente, vino otro grupo… un grupo de militares… que estaba en la esquina… recuperaron los neumáticos… traían un bidón… bencina… Estaban los neumáticos y… nos empujaban…

"Así que en esto andaban…", nos decían… El militar… había uno que mandaba más…, el teniente Pedro Fernández Dittus; tomó… el bidón… yo estaba de pie contra la pared… me empieza a echar bencina desde la cabeza… y a Rodrigo lo rocía como a una planta… porque él estaba tendido en el suelo sangrando… en esos momentos yo no pensé que la idea era quemarnos. Se me pasó por la mente que era como una burla, que nos iban a soltar y me iba a poder bañar después… con algo más… no nos podíamos mover… pero… de pronto… no sé… nos prendieron fuego… ardimos… yo… no podía respirar… ellos nos tiraron un aparato incendiario que explota y… yo me convierto en una antorcha humana… Rodrigo también… yo me desesperé y traté de apagarme con las manos, empecé a revolcarme en el suelo a ver si las llamas se apagaban… no pasaba nada… Rodrigo ardía… de su cuerpo salía… calor… un calor que todavía… Entonces siento que alguien me tira una frazada encima, me envuelven… en llamas y todo… y me ponen en la parte de atrás de un camión…

La voz deambulaba, de tonos altos a profundidades casi indiscernibles en las sílabas finales.

Pronto me acostumbré a la falta de luz.

No podía dejar de mirar a la mujer frente a nosotras, casi inmóvil. Solo su cara se movía al hablar. Su piel era un rostro que parecía un paisaje en vista aérea. Literalmente compuesto de pedazos de piel de distintos colores, de distintos tamaños, de distinta textura. Era una cara cosida a mano. Armada como un rompecabezas dérmico. Tuve que apartar a la fuerza mis ojos de ella. Nunca en mi vida había visto un rostro

como ese. Y supe que nunca más volvería a ver a alguien igual.

Con mi mirada fija en el mapa de la cara de Carmen Gloria Quintana, miré también a Laura, asintiendo, escribiendo, retrocediendo y adelantando la cinta de la grabación, subiendo, bajando el volumen.

¿Qué le había pasado?

Su historia saliendo de a pedazos. Algunas frases más largas que las otras. Vacilaciones. Silencios llenos de pavor. Pero Laura continuaba preguntando. Ella demoraba en responder. Repasaba lo vivido, la escena innombrable. El clímax del odio.

¿Cómo se había quemado? ¿Quién era Rodrigo? ¿Cómo era ver arder a alguien?

Mi boca permanecía sellada. Solo mis ojos mirando cada detalle, cada gesto. Midiendo el ancho de cada silencio.

Mil incógnitas, no entendía nada, no podía hablar. Intranquila me quedé ahí todo el tiempo, sin respirar, sin mover ni el dedo chico del pie.

Mientras, memorizaba cada uno de los pliegues de su cara, los distintos colores, sus manos envueltas en una tela gruesa, medio amarillenta. Había unos estantes adosados a la pared. En ellos, frascos. Cremas. No eran las cremas que yo conocía. ¿Para qué? ¿Por qué tenía tantas? Y frascos con pastillas dentro. Esas eran las únicas cosas que había en su pieza. Supe para qué eran. Dolía la propia piel al mirarlas.

La mujer hablaba lento. Le costaba modular. Hacía muecas. Le dolía. Estaba incómoda.

Silencio. Lágrimas después de alguna pregunta. Sollozos. Tosía. Laura la esperaba, con paciencia, con amor. No la podía abrazar, pero tendía su mano hacia ella, acariciaba suavemente el dorso de sus manos. No se atrevía a ponerle una mano sobre los hombros.

La mujer tiraba su cuerpo hacia atrás, volvía a sentarse correctamente sobre su cama y arreglaba de nuevo las cortinas para que no entrara la luz.

Laura respiraba hondo… apagaba su máquina, volvía a encenderla. Anotaba con una velocidad de pájaro. Su lápiz picoteaba el papel en una escritura desbocada; la hoja, las hojas, varias hojas de cuaderno iban pasando una tras otra.

De pronto, la mujer se ponía las manos en la cara. Movía la cabeza. Recordar era duro. Recordar el odio. La vi hacer gestos de negación. Toda la angustia emanaba de ella.

—¿Necesitas un tiempo? No hay problema —oía la voz suave de Laura.

Y luego, las dos quedaban en silencio. El aire oscuro de la habitación se posaba sobre sus hombros, como un ave tranquila. Estaban a salvo. Estaban las dos.

—¿Quieres seguir con la entrevista? —preguntó Laura un rato largo después.

—Sí.

Nada más. Un sí, seco. Ronco. De vuelta al horror.

Supe que estaba viviendo algo más que una entrevista. Supe que estaba con un testigo que volvía, por milagro, de la muerte.

Una conversación a oscuras con la muerte. Las sensaciones de una mujer al ser quemada intencionalmente. Una mujer quemada. Hecha arder. Por el odio. Palabras oscuras, rezagadas, con dificultad al pronunciarlas. ¿Habría otras con luz? ¿Con fotos?

¿Con sonrisas?

No lo sabía.

—Nos querían matar —repetía una y otra vez Carmen Gloria—. Nos querían hacer desaparecer.

Su voz dejaba caer las palabras como piedras. La intención de matar. Ahí, latiendo, como un disparo. Como una cuchillada.

—No estábamos haciendo nada. Solo querían que muriéramos ahí retorciéndonos.

La cámara de Rodrigo se la llevaron. No tengo el respaldo de ninguna foto —la oí decir, al borde del límite de su resistencia—. Rodrigo… no resistió. Era más… frágil… no sé… Yo pude salir caminando… no sé cómo… Pedir ayuda… —negó con la cabeza y sepultó la cara entre sus manos. No podía más. El recuerdo era vivir de nuevo el horror. Dolía demasiado.

—Esto no quedará impune, Carmen Gloria —oí la voz de Laura—. Esto será mostrado, denunciado, hablado. El mundo sabrá, te lo prometo. Todo el mundo sabrá lo sucedido ese 2 de julio de 1986.

***

Suave, un bálsamo cubriendo el sufrimiento.

—Por eso estoy aquí. No estás sola. Hay muchos periodistas en el mundo que están cubriendo este acto. Esta historia se publicará en muchas partes. Estarás expuesta al mundo. Nadie te podrá hacer más daño. En todos los países saben lo que te han hecho. No aguantaremos más nada como lo tuyo. Un crimen. Una violación flagrante a los Derechos Humanos. Pagarán por esto. Yo te prometo que pagarán por esto.

Estuvimos más de dos horas en esa pieza oscura. Todas las palabras eran tristes.

Crueldad, muerte, odio.

Una vida vaciada. Una vida quebrada frente a mis ojos.

Alguien que había sido una cara de mujer, agradable. Ahora, una especie de trágico dibujo de pedazos. Líneas quebradas. Rasgos destrozados.

***

Salimos de esa casa, de ese barrio, de ese mundo. Volvimos a nuestro refugio, una casa grande, un parque. Pero yo venía distinta. Traía el afuera conmigo. Tatuado en mi piel. La vida se había teñido de otro color.

Laura hablaba de ellos. Me contó todos los detalles de lo ocurrido a Carmen Gloria Quintana. Lloré al oírla. Lloré de emoción porque la había conocido. Ahora nuestra casa no era otro mundo. Una cúpula donde no entraba el horror. Yo lo traía conmigo.

Ahora estábamos todos ahí, en ese mundo en dictadura.

Los malos. El odio. Las víctimas. Nosotros. ¿Todo un país, víctima? Así parecía. Todos vivíamos ese estar sentados sobre un volcán.

Dentro de la casa no era diferente.

Dos bandos. Secretos. Espionaje. Susurros. Rabia. Injusticias. Muerte, muertos. Mi

padre, salvado por milagro del confinamiento.

Mi padre protegiéndonos a todos. Aislándonos en ese reducto. Que ya no estaba a salvo.

Nadie a salvo.

Era el paisaje de esa época.

Y yo había salido al afuera, tan temido. Había vivido lo que era haber sido víctima.

Las palabras de Laura, abriendo los secretos. Lo mantenido oculto. Despedazando la mentira.

Entonces, cerré los ojos. Entendía cosas.

Supe por qué le habían enviado el pescado sin cabeza.

Supe de la amenaza de muerte que eso significaba.

Supe el porqué de la cara de alarma e ira de mi padre.

Supe el porqué de las ollas lanzadas al suelo, por mi nana.

***

Esa noche, cuando volvimos y me bajé del escarabajo, mi padre estaba en la rotonda de la entrada, esperándonos.

No me miró.

Miró a Laura. Sus ojos centelleaban.

—Tenemos que hablar, Laura —lo oí decir—. Su voz seca, urgente. El aire se cortó en dos.

Y entonces supe que ya no había afuera y adentro. A favor y en contra. Extraños y conocidos. Los hijos y los otros. Los de la casa y los de afuera. Las armas y las palabras. El mundo se escindía como si hubiera sido cortado con hacha.

En todas partes habría, siempre, dos bandos.

Y yo querría siempre pertenecer a los dos. Odiaba las trincheras, las atalayas desde donde el odio se disparaba a mansalva.

# Capítulo 25

A partir de ahí, todo fue diferente. Mi padre y Laura, enfrentados. Ella, esperando un hijo suyo. Parecía tener más fuerza que nunca. Se mostraba segura, decidida. Su vida estaba más teñida de urgencia de lo que yo jamás la había visto.

Las discusiones entre los dos subieron de tono. Mi padre le echó en cara que me hubiera llevado a la entrevista con Carmen Gloria Quintana.

—¿Qué habrían hecho si las hubieran detenido? ¿Si la casa hubiera estado custodiada? ¿Si todo hubiera sido una redada? ¡Realmente, Laura, en su estado, y con mi hija! ¡Es una locura esto, la inconsciencia personificada!

—Si hay algo que me queda es conciencia —replicó ella—. Conciencia de lo que estamos viviendo. De los abusos, la violencia y la muerte que nos imponen día a día, como el pan. ¿Es que realmente no entiendes?

—¡Tuvieron que atravesar todo Santiago, arriesgándose, quizás, a quién sabe qué ataque o violencia! —él levantó la voz—. ¡Usted, embarazada! Ella, la menor de mis hijas. ¡Realmente, sobrepasó el límite! —declaró—. Su voz era retenida, metálica, iracunda.

—¿Cree que yo pasé el límite? Laura lo miró, desafiante.

—¿Cuál es el límite que campea afuera? ¿Cuántos muertos, torturados son el límite? ¿Quién pasó el límite realmente? ¿Y qué límite pasé? ¿El de su tranquilidad? ¿El de que pueda dormir sin interrupciones?

—¡Eso no se lo permito! —la voz de mi padre gritando, fuera de sí—. ¡Sabe muy bien cuál ha sido mi compromiso en…!

—¡Sí, lo sé y lo admiro por eso! ¡Fue apresado, dio la cara, sufrió en carne propia los abusos de esto! ¡No haga que deje de hacerlo! —interrumpió Laura, con voz vibrante, retenida—. ¡Su hija ya no es una niña! ¡Es una adolescente y debe conocer la tierra que pisa! ¡Y la terrible época que le ha tocado vivir! Ella es la única que se interesa por lo que hago, es la única que lee mis borradores, mis artículos. A veces pienso que es la única que oye mi voz, realmente. Creí que merecía acercarse a la verdad de los hechos. Y la llevé a ellos, nada más. No me arrepiento en absoluto.

—Se ha puesto, la ha puesto en peligro extremo —dijo él, calmado—. Tiene que elegir, Laura.

—Ya lo he hecho —dijo ella. Pero lo dijo en voz tan baja, que él no la oyó.

# Capítulo 26

Era como Laura había dicho. Yo ya no era una niña.

Un día, un día cualquiera, Federico y yo comenzamos a ser distintos.

Dejó de ser solo el hijo mayor de Laura. O el bueno para los juegos. O el que sabía inglés de corrido. O el bueno para atajar penales.

Federico.

El hijo mayor de Laura.

Distinto al que había llegado ese día, junto a su madre y a su hermano menor. Había pasado a formar parte del clan. Pero separado. En su orilla.

Un día cualquiera, lo vi.

Era ágil. Alto y ágil. Con ese mechón, que le caía por la cara. Según la luz que hubiera, parecía un hombre muy joven o un adolescente.

En los partidos de fútbol, él, en el bando contrario. Medio inclinado, las piernas abiertas, esperando el pelotazo, tenso, el mechón en la cara, los ojos brillantes.

—¡Tres uno! —lo oía gritar, triunfante.

Lo veía correr, atajar penales, lanzados con rabia, directos a la cara. Le gustaba ser arquero. Era alto, largo. Lo veía volar atajando un gol.

Sus huesos de la mandíbula se movían tensos. Estaba en alerta permanente. Yo lo miraba sin que se diera cuenta. Y él, por supuesto, lo sabía. Se hacía el distraído. O el que estaba ocupado en otra cosa.

Hasta que empezó otra cosa.

Como si hubiéramos amanecido con una piel distinta. Y con otras palabras en la boca y pensamientos adentro.

Nos encontrábamos en los corredores.

Un día cualquiera, comenzó a mirarme él a mí. De modo distinto. Como si yo hubiera surgido de la tierra de pronto, abruptamente, como una planta de choclo.

Me clavaba los ojos. Más de lo que yo lo miraba a él. Hasta que yo tenía que apartar la mirada.

Eso era en la época de los dos bandos. Cuando la trinchera en la casa estaba marcada.

Yo era la apátrida. La sin bando. La sin territorio.

La que me quedaba mirándolo, en plena batalla de juego, con pelotazos que iban y venían, en medio de los gritos feroces: “¡Muévete!… ¡No seas pava!, ¿qué estás esperando?”.

Pasaba mucho rato en mi pieza. Por suerte, yo tenía pieza sola. Prefería morirme de frío entre sus paredes o acurrucarme bajo la almohada a salir a enfrentar el aire de reyerta que circulaba por los corredores, por las distintas habitaciones, en esos días. Los conciliábulos, los secretos, los planes para desbancar a los otros.

Ya la cocina no era un lugar para llegar a instalarse segura o protegida. La nana caminaba pisando fuerte con sus zapatos, con el ceño fruncido, con mala cara. En plena lucha contra Laura. En plena medición de fuerzas. Gastaba toda su energía en eso. Su bondad se había acabado. Ya no le gustaba que la mirara amasar.

Además, nadie hacía empanadas de queso sin queso. Las comidas se habían reducido a los ingredientes básicos. Nadie hacía guisos coronados con merengue a punto de nieve o delicadezas semejantes.

Laura. Yo la miraba teclear, sus dedos picoteando las frases en la máquina. No había palabras resonando. El diálogo, plegado. Ambas, en silencio. Simplemente permanecíamos. Solas.

Fueron muchos días de silencio entre las dos. Pero había algo. Un lazo. Un contacto.

Me gustaba mirarla escribir.

Sacar la hoja de la Olivetti, con fuerza.

—Esto me lo van a tachar entero —decía a veces, sonriendo para sí.

—Pero lo voy a publicar igual.

Poco después, la veía salir en su auto, rumbo al trabajo. Los días estaban llenos de lo inesperado.

Habíamos recibido toda clase de alertas.

—Tengan cuidado. No hablen con nadie. No reciban nada de nadie. Éntrense si ven llegar a alguien.

Era el terror.

Todos nos mirábamos como si lo horrible fuera a surgir de ahí mismo, de la tierra, en forma súbita.

El miedo extremo estaba sembrado. En nuestras casas, cocina, piezas. En los potreros.

—Si salen, no se alejen demasiado. Por dentro, la ira.

El bando contrario mirando a Laura.

—Por ella estamos viviendo esto —susurraban.

—Mírala. Se pasea tan campante. Por ella no podemos salir. Ir a la casa de amigos. Pasarlo bien, como todos.

—Se cree intocable, pero no lo es.

—Cree que puede decir cualquier cosa.

—¿Por qué tuvo que venir a vivir acá?

Le hacían la ley del hielo.

El silencio en el comedor.

Una no palabra, resonando a gritos.

El vacío. Lo que no se decía repletaba el aire.

La nana, con gestos dignos de mandataria violentada, entrando gélida, altisonante, con la fuente de comida.

Siempre lo mismo. Arroz, papas. A veces, carne.

Se habían acabado los guisos. Las audaces formas elevadas de sus merengues gloriosos.

Ni un solo postre más.

Los queques de los sábados después de almuerzo se habían evaporado. La comida y punto.

Habían desaparecido los olores del horneo secreto, del freír cosas deliciosas, imprevistas.

Todo lo amable se había ido. Solo estaba la pugna.

El silencio. El miedo.

En medio de todo eso, Federico.

Y yo, mirándolo. Tomando nota de sus gestos.

Tirando su mechón hacia atrás. Típico gesto suyo. En ese ademán de echarse el mundo al hombro.

El hijo mayor.

El único que sabía los secretos de su madre.

Le habían contado lo de su abuelo. La manera como lo habían encontrado, muerto, tirado a la orilla del río. Le habían contado de su tío, el hermano de su madre, el militar. Laura, investigando a los desaparecidos en dictadura. Todo rechinaba. Él lo cargaba sobre sus hombros. En silencio.

A veces, yo los veía. Su madre y él, sentados, mirando la tarde que se iba. Arrastraba la historia secreta de sus dos hermanos muertos.

Había visto llorar a Laura.

Todo eso le había tallado su cara. Ya no era un rostro de niño. Se le habían endurecido sus mandíbulas. Un joven Atlas sosteniendo el mundo. Tenía aguante. Resistencia. No se quebraba fácilmente.

Intentaba darle seguridad a Laura. Me gustaba verlos.

Una vez, vi llorar a Laura apoyada en su hombro. No sé por qué me sentí orgullosa.

—No va a pasar nada más, mamá —lo oí decirle.

—Tal vez no —dijo Laura—. Tal vez ya ha pasado todo. —Pero no era así.

Faltaban cosas que pasaran.

Cosas que quedarían vibrando sin apagarse, mucho tiempo después.

# Capítulo 27

Un día, Federico apareció en mi pieza.

—Ven —dijo, desde la puerta.

—¿Altiro?

—No; ayer —expresó.

Me gustaba la arruga que se le hacía en los ojos cuando sonreía. Me tomé el pelo con un broche y salí.

—¿Adónde?

—Ya verás —dijo.

—¿Te gusta correr? —preguntó, mientras íbamos de camino.

—No sé —dije—. Nunca he... Llegamos juntos al taller de mi papá. Ahí había una moto.

—Es la mía —dijo él—. Tu papá no es el único que tiene moto. Esta es mía propia. Mi papá me la regaló.

Me pasó un casco.

—Póntelo —dijo—. El casco es indispensable para andar en moto.

Lo miré. Era inmenso, duro. Mucho más grande que el contorno de mi cabeza.

—Tiene unos ajustadores, apriétalos —dijo él.

Me ayudó. Sentí su respiración muy cerca de la cara mientras me abrochaba las correas.

Tenía unas rayitas en los ojos. Me gustó su olor. Pero después miré la moto. Me eché para atrás.

—No puedo —dije.

Y el recuerdo de lo que había pasado volvió.

Cerré los ojos. Volví a tener cinco años. Nuestro accidente en moto. Se lo había contado una vez a Federico, pero lo había olvidado.

Yo no. Era imposible de olvidar. Esa tarde. ¿Cuántos años atrás? Daba lo mismo. Estaba presente siempre. Volví a sentir la sensación de la vibración de la moto en los oídos. Mi vida había estado llena con ese ruido. En La Florida era un sonido habitual. Cuando venía de la buganvilia, significaba que era la moto de mi papá. Yo siempre salía corriendo detrás. A ver si podía subirme.

Esa mañana no era mi padre prendiendo su moto.

Era Samuel, mi hermano mayor. Me hizo una seña con la mano. Silencio. Era secreto. No se podía avisar a nadie. Que no hiciera alboroto.

Me acerqué.

Samuel estaba aferrado al manubrio. Atrás ya estaba montada la Macarena y Nano Poncho, el chico, con su robot aferrado.

—Vamos de un pique a la esquina con Samuel, a comprarle pilas —anunció solemne,

Nano Poncho, repleto de orgullo.

Entonces corrí hasta ellos.

—¿Puedo ir?

Samuel me miró, sorprendido. No me había visto.

—¿Cuatro en una moto? —dijo. Después se encogió de hombros.

—Si cabes, súbete.

—Quepo —dije, decidida.

No podía haber nada más apasionante que subirse al ruido, al sonido veloz de la moto. Era como volar.

Mi corazón galopaba, lleno de adrenalina. Era una desobediencia, no estaba permitido sacar la moto de mi padre, ni menos echarla a andar. Todo mal. Además, era un secreto. Deberíamos morir en la rueda si nos descubrían.

Pero no iba a quedar fuera esta vez. Me subí de un salto. Partimos los cuatro.

La moto comenzó a rugir y, de pronto, estábamos volando, a ras de tierra, sin cascos, envueltos en la nube de polvo que dejaban los 70 kilómetros por hora que Samuel le sacaba a la moto. Íbamos moviéndonos sobre los asientos, gritando en vez de hablar. Me sentí un ser espacial. Éramos poderosos. Llegamos a la tienda de la esquina en que se vendía todo lo que uno podía concebir, desde herraduras para caballos hasta pilas. Samuel se estacionó de manera impecable.

Entramos. Se acercó al mesón.

—Cuatro pilas Duracell, de las grandes —dijo.

En ese momento, lo vi casi como mi papá. Dueño del mundo.

—Eso sí, yo no las llevo —advirtió—. Yo manejo.

La Macarena se las metió en el bolsillo de la jardinera a Nano Poncho.

—Quedé gordo —se rio este.

Nos adentramos de nuevo por el camino de tierra. Estiré la cabeza y vi que el marcador estaba en 80 kilómetros por hora.

Samuel está rompiendo su propio récord, alcancé a pensar. Pero íbamos bien, casi en vuelo rasante sobre el suelo. Había sido una aventura perfecta. Nadie nos había descubierto, el robot de Nano Poncho funcionaría y habíamos llegado a 80 kilómetros por hora.

Entonces cerré los ojos. Quería sentir el viento en mi cara con las minúsculas piedrecitas del maicillo golpeándome la piel.

Respiré a fondo. Era exquisit...

De pronto, el universo se detuvo. Se frenó el viento y ahora solo era el polvo en la cara, con una sensación de opresión gigante, como si tuviera una montaña encima.

Ya no estaba en la moto. Se había esfumado. Todo se había dado vuelta y yo estaba en el suelo. Levanté la cabeza y miré. Allá estaban mis tres hermanos. Tirados en el suelo. No se movían.

Aterrorizada, traté de levantarme para ir a verlos. No pude. Al tercer intento, logré incorporarme. Estaba totalmente mareada. Caminé en zigzag, viendo que el mundo iba desapareciendo lentamente, como en las películas. Me toqué el pelo y vi mi mano llena de sangre.

Entonces me fui al suelo de bruces.

Pero no alcancé a tocarlo. Sentí una mano fuerte que detuvo mi caída en el aire. El olor de mi papá.

Después, los recuerdos son vagos, en desorden. Un terror intenso.

—Estamos muertos —creo que alcancé a pronunciar.

Luego, el ruido de un motor de auto. Nosotros en el asiento, el auto avanzando rápido, tocando la bocina todo el tiempo. La mano de mi papá manejando.

Él venía llegando a la casa en ese momento. Nos encontró a los cuatro esparcidos por el camino, la moto destrozada.

Él era calmo. De reacciones serenas. Nos cargó a los cuatro en el auto y partió al hospital.

La cabeza abierta de Nano Poncho. TEC cerrado. Demoró meses en cerrar. Le hacían ejercicios para aprender a caminar de nuevo. Macarena, con una pierna rota. Los anteojos de Samuel, incrustados en sus ojos.

Nada más. En mí no hubo mayores problemas físicos. Una o dos heridas. Pero sí, vibrando, hasta el día de hoy, el miedo. La alerta extrema al sonido vibratorio de la moto en funcionamiento y saber que eso era peligro. Peligro extremo.

Después, la nana diría pasando una franela por los muebles:

—Si no hubiera sido porque el señor tiene bien puesta la cabeza sobre los hombros y porque aparece en los momentos justos, como un ángel, ninguno de ustedes cuatro habría contado el cuento, no se olviden.

***

Federico me miró.

—Sí. Me acuerdo de que me lo contaste —dijo—. Justamente por eso, ahora debes subirte conmigo. Ahora vas a perder el miedo. Matar el chuncho —agregó.

—No sé si voy a perder el miedo, lo tengo fuerte en este momento —dije, temblando.

—No te preocupes, estás conmigo —señaló. Y me acercó a él.

—Yo me encargo —dijo.

Sentí su olor, un poco a humo, otro poco a colonia de hombre. Luego se subió a la moto.

—Sube —dijo.

Subí. Las piernas me temblaban.

—¿Estás seguro de que…?

—Estoy seguro —asintió—. Manejo desde los 10 años. Nunca me ha pasado nada. Conozco estos bichos —golpeó la moto en el lomo, como si fuera un caballo.

Prendió el motor.

Los perros comenzaron a ladrar. El aire se llenó de los rugidos de explosiones del motor. Cortos, estruendosos.

—Afírmate bien —gritó—. Pon los pies en los soportes. Por nada en el mundo los bajes. Si lo haces, nos caemos inmediatamente. Y tranquila. Te apuesto a que hoy se te quita el miedo.

—¿Por qué?

—Porque hoy vas a saber lo que es la velocidad —dijo él—. Es exquisita. Más que el manjar. Más que un helado. Más que cualquier cosa. Esta moto da ciento sesenta.

—¿Ciento sesenta qué? —él no contestó.

Me subí, puse los pies en los soportes.

—Ya —dije.

Se volvió. Ahí me di cuenta de que me gustaba su perfil. Mucho. Era duro. La nariz recta. Me afirmé del asiento como de una montura.

—¿Estás loca? —dijo, dándose vuelta—. Tienes que agarrarte de mí. Con todas tus fuerzas. Apriétate todo lo que puedas contra mí. Vamos a dar vueltas y vamos a quedar muy cerca del suelo, ¿entiendes? No te puedes soltar.

Asentí.

La moto comenzó a moverse. Luego el motor adquirió velocidad. Dejé de oír lo que decía. Crucé mis brazos por su pecho y me apreté a él, soldada, una sola pieza. Lo sentí respirar fuerte. Oí su corazón a través de la espalda.

Nunca había estado tan cerca de nadie.

Me apreté más todavía. Me gustaba. Mis pechos minúsculos se hundieron en su espalda.

Son tan chicos que no se dará cuenta, pensé enrojeciendo.

Hubiera dado cualquier cosa por tener el cuerpo de mi amiga Catalina, del colegio, que tenía el cuerpo como de una mujer pequeña y fuerte, sensual. Yo no. Era lisa, plana. Me quedaba todo aún por salir.

Sentí mi pelo al viento, flotando escandalosamente.

La moto comenzó a agarrar velocidad. Dejábamos una nube de tierra detrás. En ese momento, entendí.

Lo que era ser libre.

Era eso: ir a toda velocidad, tomando una curva, casi a ras de suelo, hecha una sola pieza con Federico soldado a mi pecho, el viento entrándosenos por la boca abierta, gritando a todo chancho. Éramos dueños del mundo.

Era la libertad.

Nunca nadie me había regalado algo tan inmenso. Me sentí mayor. Había dejado de ser una niña.

—¡Ahhh, es lo máximoooo! —grité a toda boca, protegida por el estruendo inconcebible de la moto.

—¡Ahhhhh!

No había nada más delicioso en esta tierra.

# Capítulo 28

Federico dejó su vestimenta de medio hermano. Dejó de tener cara cotidiana.

Pasó a ser alguien. Alguien que entraba por una puerta. Alguien que venía llegando a mi vida. Alguien del que yo adivinaba su cercanía.

Y mi vida, de pronto, dejó de recorrer los corredores en busca de algo. No sabía por qué, pero lo había encontrado.

Ya no tenía las pesadillas de antes. Era él, pero también era yo. Éramos.

Era un territorio mágico; había aparecido quién sabe cómo, ahí, en el centro de la desolación y de la división.

Ahí, entre los dos bandos. La trinchera se había cerrado. O a mí ya no me importaba.

Una conexión. Un lazo. Alguien más pensaba en mí. Yo en él.

Nos acercábamos. Pasar el tiempo estando juntos. Cada vez más. Me acostumbré a esperarlo. Como si fuera lo único. El único. Amigos intensos.

Comenzaron los códigos secretos solo entre nosotros dos. Nos mirábamos y sabíamos todo el uno del otro.

—Estás nerviosa —me decía.

—No, no sé. ¿Y tú? ¿Estás nervioso? —le respondía yo, mientras me arreglaba la chasquilla.

Comencé a peinarme solo para verlo. A lavarme los dientes antes de salir a cualquier parte. Pensé en robarle el lápiz de ojos a mi hermana Cecilia. Miraba revistas. “Cómo aprender a maquillarse para una noche especial”, “Diez consejos para una cita inolvidable”.

Salíamos en moto. A pasear al cerro, al río, adonde fuera. Hacíamos zumbar el silencio del campo.

Otras veces, era el caminar en silencio. Hasta que se hacía de noche.

Lo llevé a las zarzamoras. Le enseñé cuáles eran las moras gordas, jugosas. Nos chorreábamos con mora restregándola en la cara del otro.

Nos hacíamos cosquillas.

A veces era el quedarse tendidos, de espaldas, horas de horas, en silencio, mirando el cielo fijamente, hasta que este se volvía agua y nosotros en el fondo, mirando el azul moverse apenas.

—¿En qué piensas?

—No sé.

—Tienes que saber. Todos saben en lo que piensan.

—Pienso en que no puedo no pensar en nada.

—Es cierto.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—¿En qué piensas?

—Está mal dicho —decía él—. Debieras decir en *quién* piensas.

Y yo, sin saber por qué, enrojecía. Y no le preguntaba nada más.

Él era el *quién*. Mi *quién*. Yo ansiaba ser el suyo. Pero no le preguntaría por nada en el mundo.

Me gustaba que Federico no perteneciera a ninguno de los dos bandos. Simplemente, él no entraba en las confrontaciones. Sabía jugar. Evadía los enfrentamientos con elegancia. No tenía estallidos de rabia. Las tallas pesadas, las indirectas, no le hacían mella. Por lo menos, sus cejas permanecían inalterables. No se picaba jamás. Leía mucho. Hablaba inglés. Oírlo hablar era exquisito. Se volvía alguien distinto, alguien poderoso. Alguien que no estaba atado a nada.

Manejaba agresivamente su moto. A veces, en alguna curva, casi rozábamos el suelo. Su seguridad era innata. Era un ser de otra galaxia cuando encendía el motor.

Queríamos probarlo todo. Hacer todo. Ir a todas partes. Viajar. Queríamos... No nos cabía en la boca todo lo que queríamos.

Nos atrevíamos y no nos atrevíamos.

Éramos audaces y cobardes. Lanzados y pacatos. Él también se ponía rojo. Yo amaba eso.

Un día, mi nana, revolviendo el manjar blanco, dejó caer una de sus clásicas frases:

—Está verde la fruta, todavía. No es tiempo, niña. Cuatro años más, por lo menos. Esta vez no le pregunté lo que quería decir.

Supe perfectamente que hablaba de nosotros. Sí. Nos faltaban cuatro años.

Por lo menos.

Nuestro primer cigarrillo esa noche. Robado a mi papá. Los dos, en la pieza bajo la escalera. Emboscados. Mimetizándonos en la oscuridad. Solo se veía la punta iluminada, ardiendo. Tosimos hasta ahogarnos debajo de la manta.

—Es horrible —dijo él, riéndose—. ¿Por qué fuma la gente?

—No. Es rico —dije yo—. Mira. —Y aspiré el humo antes que él. Lo dejé salir por la nariz.

Me miró con admiración.

—Eres increíble —dijo.

Nunca me había sentido tan orgullosa. En ese momento habría podido volar sin alas.

# Capítulo 29

Un día sentí un motor en el puente. Apareció una camioneta blanca haciendo sonar las latas.

Federico se bajó de ella.

—Sube —dijo—. Es nuestra. Me la regaló mi papá. Le pondré Paloma.

—¿Y tú sabes manejar?

—No. Me vine arrastrándola —se rio—. Sé manejar desde que nací. Sube. Hoy vas a aprender tú.

Me subí. Él manejaba mirando en lontananza, como si estuviera pensando en otra cosa. Yo le miraba su perfil. Me gustaba. Se veía cuatro años mayor.

¿Habrían pasado los cuatro años de la fruta verde?

Llegamos a una explanada inmensa. Me hizo sentarme en el asiento del conductor. Me enseñó los pedales, el embrague, los cambios.

—Esa es la teoría —dijo—. Ahora, el manejo. Hazla partir.

Moví las palancas, los pedales como me había dicho. La camioneta comenzó a corcovear.

—No tan brusca —me dijo él—. Saca suave el embrague y al mismo tiempo vas apretando el otro pedal. Si no, se te trancará el cambio.

No tuve suerte. La camioneta hizo una serie de gestos epilépticos y luego permaneció quieta. Volví a ocupar el asiento de copiloto. Me gustaba.

Toda la protección del mundo estaba ahí, encerrada en su perfil, mientras manejaba con una sola mano, mirando por el espejo retrovisor.

Esa noche, nos quedamos largo rato en un rincón oscuro del living, viendo cómo atardecía.

—Manejarás —dijo—. Solo que te atarantaste un poco. Hubo un silencio largo.

Él se movía en su asiento. Me miraba. Sus ojos eran los de él, pero también los de alguien más.

—¿Estás nerviosa? —dijo.

—No. ¿Por?

—Yo creo que estás.

—No. No estoy nerviosa. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque no sé si sabes.

—¿Qué?

—Lo que está pasando —dijo. Ahí su voz cambió. De pronto, fue un hombre hablando junto a mí.

—Obvio que sé —dije temblando. De pronto, necesitaba desesperadamente un cigarrillo.

—¡Ah! ¿Lo sabes? Entonces, deberías estar nerviosa —dijo. La voz le temblaba un

poco.

En el reflejo de la ventana vi cómo su mano se iba acercando lentamente a mi espalda. Me acerqué un poco más a él, alejándome de su brazo.

Quedamos muy juntos. Nos veíamos los ojos casi convertidos en uno solo.

—¿Te rasco la espalda? Siempre me pides eso cuando estás nerviosa.

—No. Prefiero que no —dije con una voz que no era la mía. La voz de la nana me llegó, en su rezongo anterior:

—Todavía está verde la fruta, niña. Cuatro años más, mínimo.

—No ahora —dije.

Se alejó.

—¿Viste? Por eso te preguntaba. Te dio miedo. Tú no entiendes nada.

—¿Cómo que nada? —dije, mientras me daba vuelta y juntaba mi cara a la de él.

—¿Cómo que nada? —susurré, casi dentro de sus labios.

Nuestros labios se toparon, pero no me dio un beso. Yo tampoco. Absortos, fuera de nosotros, quedamos estáticos, contemplando el milagro de la cercanía extrema. Sentir la respiración, el corazón y el pulso del otro, ahí, viviendo. Era algo impactante. No podíamos decir nada.

Luego nos separamos. Él bajó la mirada.

—Yo también tengo un gran problema —dijo.

Y me tomó la mano. Sentí su piel cálida y seca. Era una mano grande. Como la mano que manejaba la camioneta blanca. Solo que ahora no dominaba el mundo. Ahora se aventuraba cerca de mí.

Quedé en silencio. No le preguntaría cuál era su problema. Lo sabía. También era el mío.

No era cuestión de cuatro años más. El problema estaría siempre. Él me miró. Con esos ojos de hombre que ya ha crecido de pronto.

—Lo sabes, ¿no? —rompió el silencio—. ¿Sabes cuál es mi problema?

—Sí.

—¿Y cuál es? Dime —no dije nada.

—¿Ves? Es mentira, no sabes.

—Sí lo sé.

—Entonces dime.

—No. Ahora no.

—¿Y cuándo?

Tan cerca que casi no podíamos respirar, con un pavor delicioso. Ahí latía algo más grande que la vida.

# Capítulo 30

Los días pasaban en este tira y afloja que me mantenía en vilo. No dormía en las noches, pensando en qué decirle a la mañana siguiente. Era una experiencia fascinante y aterradora. El amor me mantenía en vilo. Como un naufragio. Como un despegue espacial.

Nos arreglábamos para pasar juntos todo lo que podíamos. Pasábamos horas, caminando por los potreros. Tardes enteras conversando bajo el sauce. A veces nos íbamos hasta el puente para hablar entre el sonido de las latas.

Él me pedía que tomara partido.

—No puedes vivir entre dos bandos —decía—. Tienes que elegir. Si dudas, es que no me estás eligiendo a mí.

—Tenemos todo el derecho —exclamaba otros días.

—¿El derecho a qué? —preguntaba yo. Él enrojecía sin contestar.

—A eso que tú estás pensando.

—¿Y en qué estoy pensando yo?

—Tú lo sabes muy bien. También sabes cuál es mi problema. Y no lo dices. Tienes que decidirte. Tomar partido. Tener argumentos. Todos hemos elegido, excepto tú —decía a veces.

Caminábamos por horas, tomados de la mano. Sentía sus dedos cálidos apretando los míos.

—¿Cuándo vas a elegir?

—Ya he elegido.

—Dímelo.

—No. No puedo.

—¿Ves? Siempre volvemos a lo mismo.

—Estamos viviendo algo muy difícil —dije un día—. He visto llorar a Laura, discutir con mi papá por...

—Sí, lo sé —dijo él, con la cara endurecida—. Lo sé demasiado bien. He estado siempre con ella.

Ella es... —me detuve—. Me gusta. Es valiente y...

—¿Y?

—Dice la verdad —dije, titubeando—. No como la otra gente. La busca. Le interesa descubrir lo que pasó. No deja que... No deja que los muertos se mueran para siempre, no deja que el olvido los entierre. Me gusta eso.

Entonces, Federico acercó su boca a la mía y casi sobre mis labios, dijo:

—A mí también.

No me moví. Fue lo más parecido a un beso que nos dimos.

Por esos días, me contó toda su historia. Cómo había sido lo de sus hermanos

muertos. Supe quién era el hombre vestido de militar. Las lágrimas de Laura. Su maleta grande, cómo se había ido llenando. El día de la muerte de su abuelo. Los telefonazos, las salidas de noche. Supe su vida.

Las semanas, el tiempo, los días dejaron de pasar arrastrándose como hacían antes. Ahora se deslizaban, veloces, empujados por una corriente impalpable. Mi corazón acelerado con su cercanía.

Fuimos enamorándonos hasta el fondo de los huesos, como deben enamorarse dos adolescentes. Pasábamos todo el día juntos. Tomé partido. Éramos él y yo. Lo seríamos siempre. Indivisibles. Indisolubles. Sí, un tremendo problema. Pero éramos él y yo. Una sola pieza. Nos adivinábamos el final de las frases que decíamos, reíamos de las mismas cosas.

Comenzamos a tener hambre a todas horas. Íbamos a comprar al kiosco que quedaba detrás del muro de ladrillo. Bolsas de maní con almendras, Súper Ochos, Negritas. Salíamos a escondidas, cómplices, devorábamos. A veces comprábamos tarros de Milo, robábamos dos cucharas de sopa y acabábamos con el tarro. En la noche inventábamos cualquier cosa para vernos. Nos comíamos la uva al pie del parrón, las dos caras juntas bajo el racimo colgando, sin manos, a ver quién comía más. Corríamos como locos para encontrar lugares secretos, guaridas, refugios. En las noches veíamos programas eternos de TV, juntos. Nos quedábamos hasta que las líneas del final de la transmisión aparecían en la pantalla. Nos hacíamos masajes. Nos rascábamos los brazos. La espalda. Nos tocábamos por debajo de la mesa.

# Capítulo 31

Un día fuimos a un mirador. En la camioneta blanca. Era la primera vez que iba a un mirador. Llevábamos una botella de pisco peruano. No encontramos Coca-Cola.

Fue mi primera borrachera. Vivida con él, sujetándome. Riendo como tontos. Sintiendo esa amplitud de tensiones y de alma de las borracheras, en las que el universo se hace fácil, comprensible, ameno.

Hablaba, durante horas. No repetía las palabras. Yo estaba pendiente del movimiento de su boca. Era exquisito verlo hablar. Recordaba cosas, reía, se le ponían los ojos de otro color. Yo me acercaba mucho para no perderme detalle de su cara. Mis labios junto a su boca hablando, lo rozaban. Todo se desataba. Era un mundo fácil, suave, sin obstáculos. Mis músculos se soltaban, líquidos. Me dejaba ir.

Casi no podía hablar. Hacía intentos locos de pronunciar correctamente las palabras sin conseguirlo. El mundo se me iba alejando, poco a poco. Se me escapaban las palabras de la boca, sueltas, mientras sentía que mis pies y ojos se doblaban al intentar caminar o mantenerme erguida.

Todo era ancho. Mis territorios. En esos minutos, me sentí dueña, no sabía exactamente de qué. El mundo era mío y para mí. Me nació una valentía nueva de entre los dedos. Me sentí más alta, más bella, más tranquila de lo que nunca había estado. Y feliz.

Le dije lo que pensaba de Laura y de mi papá. Todo se podía decir en ese momento.

—Me encanta que estén juntos —dije.

—Ella no será nunca mi mamá —balbuceé después—, pero... ah, no sé… ella es… como una… tempestad… magnífica… Es… increíble… resucita a los que han muerto… habla de ellos… para que nadie… deje de saber… para que se sepa… quiénes son… los asesinos…

Y reí interminablemente, sin poder parar, mientras no cesaba de fumar. Aspiraba hondo, sacaba el humo en anillos por mi nariz. Qué risa.

Me paraba, me sentaba, movía mis brazos hacia arriba. Me saqué los zapatos y caminé descalza por la tierra, sin miedo. Habría podido sacarme la ropa, nadar en cualquier parte si hubiera habido agua cerca.

Federico me miraba. Nos tocábamos, torpes, sonrientes, como tontos. Sus manos acercándose a mis pechos, a mi cuello. Su boca en mi cuello.

—¿Quieres otro trago? —preguntaba. Pero él no bebía. Me contemplaba, admirado de la transformación de mi cara, mis ojos. De mi cuerpo abandonado sobre el suyo, empujándolo, riendo, echándome para atrás, desinhibida, mientras él solo me observaba.

—Sí, obvio que quiero otro trago. Siempre voy a querer otro trago —reí a gritos. Fue el último. Y el primero antes de aquella sensación de asco interminable que fue

subiéndome, imparable por el estómago, esófago, garganta. Me tapé la boca con las manos.

—Voy a vomi... Llévame a la casa, ahora ya —lo urgí—. Me siento pési...

—No te preocupes —dijo—. Tranquila. No importa si vomitas en la camioneta. Se lava y listo. Vamos.

Me sentó junto a él y aceleró. Me apreté la boca. De pronto, le hice señas. Paró a un lado del camino. Me bajé como pude y vomité durante horas, años. Todo lo que había en mí saliendo, en volcán.

Su mano sosteniéndome la frente.

# Capítulo 32

Un día, Federico amaneció serio.

—Ahora aumentó nuestro problema —dijo—. Mi mamá. Me quedé mirándolo, asustada.

—¿Laura? —dije—. ¿Qué le pasa a Laura? Dime.

—Algo grave —dijo él—. Seremos los padrinos de la guagua. Ahora vamos a ser *más* hermanos que antes… —Quedé en silencio.

Después, inesperadamente, lo abracé. Muy fuerte.

—Tú nunca vas a ser hermano, eres mucho más que… —me detuve.

—¿Qué? —susurró él—. ¿Qué soy?

—Mucho más que un... hermano —dije—. Eres...

Él me tomó la cabeza entre sus manos y me acercó su cara. Sentí el beso, entreabrí la boca. Estuvimos mucho rato así, sin poder separarnos. Nuestras bocas con la misma tibieza. Como si hubiéramos sido hechos al unísono.

—Tú tampoco eres... mi hermana, ni mi media hermana, ni nada —su voz, casi inaudible—. Eres…

—¿Qué soy?

—Mía —susurró muy despacio.

—Hay algo más —dijo después.

—¿Qué? —dije yo.

Ya no podía haber nada más después de ese beso.

—Eso. Que la mamá me pidió que fuéramos los padrinos —dijo, mirándome.

—¿Los padrinos de…?

—Sí. De la guagua.

—Federico, ¿tú le…?

—No —dijo—. Yo, nada. Ella me lo dijo. Está contenta. Quiere que tú y yo..., se detuvo.

—¿O sea que…? ¿Sabe… que… tú y yo…?

—Sí. No sé cómo, pero sí.

Por supuesto, Laura sabía, pensé. O si no lo sabía, lo había intuido.

Ella podía leer con los ojos de adentro a las personas. Algo poderoso había nacido ahí, en ese momento.

—Qué bien suena —dijo él—. Tú y yo.

Y volvimos a besarnos. Esta vez con todo lo que traíamos dentro. Fuerza, miedo, ferocidad, rabia, incertidumbre, soledad arrastrada por años, alegría, velocidad, todo junto.

Los labios se quedaron solos, tocándose. Éramos más que un beso. Éramos él y yo, uno en el otro.

# Capítulo 33

Los días siguieron pasando en La Florida. Un simulacro de normalidad, de rutina, de vida de hogar sin alteraciones.

Los sábados, almuerzo en familia. Los tuyos, los míos, los nuestros, los de ellos, los de nosotros, todos.

Los sábados, mantel blanco, mesa grande. Copas.

En los platos, algo de carne. Blanca. A veces, lo inesperado. Pollo, un pollo entero era puesto al medio de la mesa.

Días de fiesta. El olor al pollo dorado con arvejas y zanahorias. El cuero crujiente, brilloso. A veces, un puré en su punto de perfección. Otras, un arroz azaroso: a veces, de un graneado impecable; otras veces, un solo grumo. Se anunciaba el placer, algo diferente al paladar y a la vida. Algo diferente sucedería. Expectativa, tibieza. El frío del invierno se iba alejando.

En la mesa, la batalla silenciosa. Los bandos, enfrentados. Yo, al medio. Las fuentes, posándose en los centros de mesa. Humeantes, cercanas. Y, al mismo tiempo, terriblemente divisorias.

Nos peleábamos las mejores presas. Generalmente alguien quedaba sin nada. Solo el caldo y las papas. Casi siempre era yo la desposeída. No soportaba entrar a la fuente a pelear a estocadas de cuchara por una presa. Sacaba al final, buceando entre las sobras.

Pero ahora, éramos dos. No estaba sola. Un lazo invisible, una conexión. Me sentía con un poder secreto.

Nos sentamos a la mesa.

Nos miramos. Federico me hizo una seña. No te preocupes, pareció decir ese sábado.

Me había guardado la pechuga del pollo. Mi presa favorita.

La guardó en una esquina de su plato e intentó esconderla bajo el arroz.

Pero Nano Poncho había visto la maniobra. Fijó sus ojos grandes en el plato de Federico, casi metiendo la cara adentro.

Esto puso en guardia a Laura. Dio una mirada inquisitiva al plato de su hijo. Luego lo miró.

—Federico.

—¿Qué, mamá?

—¿Cómo *qué mamá*? Tiene dos presas de pollo grandes en su plato. Es una por persona —dijo ella—. No creo que sea necesario que se lo recuerde, ¿no?

—Sí sé, mamá —declaró Federico, rojo a pesar suyo, concentrando la mirada en la servilleta.

Laura volvió a mirarlo, expectante.

—Ya. ¿Y si sabe, qué hacen esas dos presas en su plato? Además, sacó una pechuga entera. Siempre se parte en dos y eso lo sabe. Le recuerdo que usted no es la única

persona en esta mesa. ¿O no se ha dado cuenta de que...?

Alcé la voz.

—La pechuga era para mí —dije—. Yo le pedí que me la guardara. Siempre me toca la peor presa. Por eso.

En medio del silencio lleno de densidad, entré con mis cubiertos en su plato, partí en dos el trozo blanco de carne, de manera ostensible, exacta y devolví la mitad a la fuente.

—No me la iba a comer entera, en todo caso —declaré.

Todos enmudecidos. Sabía que estaba muy roja, pero miré de frente a la mesa. Sí. Éramos dos. Dos frente al mundo. *Digan lo que digan los demás*, Raphael, recordé la canción.

Pero me había descubierto. Había mostrado mi bando. Mi inclinación.

Nadie comentó nada. El silencio incómodo. Un globo de aire sin palabras, colgando frente a nosotros. Sin explicaciones. Ningún argumento. Solo el secreto, la complicidad entre Federico y yo inundaba ese silencio.

Poco después se restableció la normalidad. Volvieron las pullas, las risas, el pásame el pan, la sal, el agua. El cambiarse los vasos cuando el otro no estaba mirando. Las patadas debajo de la mesa.

Sentí suave el pie de Federico sobre mi zapato.

—Gracias.

Nos topábamos. Uno junto al otro en la mesa. Codo con codo. Nos miramos. Brevemente. Que nadie nos viera mirarnos.

—Te quiero —moduló él sin palabras.

—Yo también —dije del mismo modo.

Pero no pudimos evadir a Laura. Almorzamos con su mirada sobre nuestras cabezas. Sus ojos oscuros, grandes, inquisitivos. Pasando el escáner de su pupila sobre ambos. ¿Encontrándonos culpables? Probablemente. En ese tiempo, uno siempre era culpable de algo. Casi siempre. En medio del ruido, los gritos y las risas. Los platos se iban amontonando.

—¿Nadie va a retirar la mesa? —dijo mi padre, mientras se echaba en la garganta el último sorbo de vino. Luego se levantó.

—Estaré en el escritorio —dijo—. Tengo un asunto urgente.

Mi nana, desde la cocina, dejó oír su voz de rezongo. Estaba molesta.

—¿Acaso las mujeres de esta casa están atornilladas a las sillas? —gritó con su voz guerrera. Luego se asomó a la puerta que comunicaba la despensa con el comedor. Y fijó su vista en Macarena.

—¡Tú! —dijo—. ¿Harás pararse a los hombres para que retiren las cosas? ¡Es que sería lo último que faltaba en esta casa donde casi no hay qué cocinar!

Macarena la miró con sus ojos de arrogancia y barbilla asomada. Se encogió de hombros. Se levantó haciendo chirriar su silla en el suelo. Miró a Federico.

—No sé por qué no puede retirarlas él, por ejemplo —declaró—. Que yo sepa, no es paralítico ni nada. Todas las personas son iguales nana —dijo—. Lo dicen los Derechos Humanos. Lo que es yo, me voy a mi pieza, a fumar —agregó arrogante levantando la

nariz.

Y salió.

Me adelanté.

—Nana, no grite. Yo retiro.

Pero Federico se levantó y se puso junto a mí.

—Tú, tranquila —dijo—. Yo me encargo. Mira, soy experto: primero las copas, después los platos.

Y me hizo un guiño. Su guiño de ojos. El guiño que yo amaba.

—Este mundo está al revés —se oyó la voz agria de mi nana, desde el lavaplatos.

# Capítulo 34

Pasaban los días. Nuestro secreto se afianzaba. Nos llenábamos de códigos, de señales, de palabras secretas, de besos tras las puertas, de convenios, de manos tomadas bajo el mantel.

Esa tarde habíamos planeado salir en la camioneta.

Iríamos al mirador de siempre. Esta vez iría el Pepino, el Gringo y también José Pedro.

Los entrañables amigos de Federico, en La Florida. Éramos el grupo. Los Inseparables, nos decían. Cuando no salíamos solos, nos juntábamos con ellos. Me sentía parte de un conjunto que me respaldaba, fuerte. Tenía a alguien soldado a mí.

Todo el afuera perdía su fuerza. Saldríamos triunfantes de esta. Le ganaríamos a cualquier obstáculo.

Durante el almuerzo nos habíamos hecho señas varias veces. Mirábamos el reloj. Habíamos convenido en que él me daría la señal. Una vez que levantara las cejas y se refregara los ojos, era el momento de pararse y decir que saldríamos a buscar algún repuesto para las motos. Inventábamos cada vez nombres más complicados. Un acelerador de cilindros. Un antirrefrigerante, etc. Cualquier cosa que diera la sensación de que tomaría tiempo el encontrarla.

Fuimos a su pieza, sacamos una mochila. Guardamos chalecos y bufandas. Seleccioné los casettes que más nos gustaban: Pink Floyd, The Clash, The Door, Fito Páez, Soda, Sumo. Había aprendido todo mi inglés a través de las canciones que Federico había traído. Él se había hecho experto en cultura argentina con las canciones mías.

Él tenía una cultura musical vasta, rebelde, nutrida. Experto minero de sorpresas. Por esto el último casete de la lista yo se lo dejaba siempre a él. Que lo eligiera. Siempre me sorprendía con alguna banda nueva que estaba saliendo.

—¡Ya! ¿Estás lista? ¿Qué le dijiste a tu papá? ¿Dónde iríamos?

Me hacía repetir una y mil veces lo que teníamos que decir para no ser descubiertos.

Yo me había especializado en repetir excusas cada vez más elaboradas. Lo miraba con suficiencia. Conocía perfectamente mi guion.

—Ay, no seas latero, lo tenemos todo preparado desde hace rato —dije. Luego recité, mirando al techo:

—Tú irás a buscar un cilindro Norton de 500 cc y un cigüeñal longitudinal Guzzi para la moto. Son súper escasos así es que eso tomará tiempo, etc. ¿Correcto?

Asintió.

—No seas perseguido —agregué—. Diré que voy a la casa de la Dolores, mi compañera de curso. Y que tú me pasas a buscar para traerme de vuelta. Ahí nos encontramos, qué casualidad y todo eso, la faramalla del saludo, no sabía que ibas a venir acá. Cara de sorpresa, etc., y listo. Podremos irnos juntos donde queramos.

Era un plan perfecto. Para mí era perfecto. Nadie sospechaba nada. ¿Y de qué deberían sospechar en esa época de muertes, de torturas, de traiciones, de persecuciones, de exilios? ¿En esa época que sobrepasaba la vida humana?

Una vez que cruzáramos el puente, la primera parada sería la botillería de la esquina. La lista era siempre la misma: cigarros, vasos plásticos, Coca-Cola, pisco, cervezas. Papas fritas.

En la esquina de Walker Martínez con Vicuña Mackenna, nos esperaría el Gringo. Luego iríamos a buscar al Pepino y a JP, y se armaría el panorama.

La rutina estaba clara. Primero salía él por la ventana de su pieza.

Al poco rato, yo lo hacía por la puerta de la cocina. Él me esperaba en su camioneta en el puente. Ahí comenzaba nuestra tarde, nuestro mundo.

Pero ese día algo se detuvo. Algo inesperado. Como la presa de pollo que no esperas que te toque.

Estábamos los dos en su pieza. Federico estaba terminando de ajustar los cierres de su mochila.

Entonces, entró Laura.

Sus ojos, más grandes que nunca. Tenían otro brillo. Se sentó en el borde de la cama. Nos miró a los dos.

—¿Mamá? —Federico la miró.

—¿Qué pasa? Siempre tocas antes de entrar —dijo. Se hizo un silencio largo.

Laura seguía mirándonos a los dos sin decir nada. Después lo dijo. Movió la cabeza.

—Esto no está bien —pronunció, separando las palabras. Nos tomó las manos. Nos hizo sentarnos frente a ella.

—Gorditos, no pueden vivirse esto. Así no es el asunto. Lo que ustedes y yo sabemos que está pasando no corresponde. Ustedes no pueden. Saben que es cierto. Por eso las chivas para las salidas y todo eso. Eso no se hace.

—Entiendo que haya pasado. Los dos son jóvenes, lindos, etc. Es una época dura, es bueno acompañarse, pero esto no está bien. Van a tener un hermano en común. Hay que terminar con esto, ya. Aunque duela —agregó mirándome—. La miré también. Directo a las pupilas. Buscando algún refugio, alguna puerta abierta. La miré con mi corazón helado, mi garganta apretada, mis manos transpirando. No tenía saliva y mi guata… nudo cerrado, ciego.

Pero ella me miró de vuelta, con la norma en su rostro. Lo debido. Lo adecuado. Lo que debía ser. Una puerta cerrada a lo otro. No. Lo que debía hacerse, había que hacerlo. No había espacio para esto. Moisés, los Diez Mandamientos.

Negué con la cabeza. No. Por favor, no.

Que no se rompiera lo único mío. Nuevamente mi mundo volvía a ser quebradizo. Una pieza de porcelana en el borde de un estante, balanceándose antes de caer al vacío.

Cerré los ojos.

No podía creer que todo estuviera terminando. No. No quería estar viviendo eso. No quería que nadie supiera lo que nos unía. Era solo nuestro. Era lo que me sostenía en esa época de horror. Era mi fuerza secreta. Mi amor primero. Mi amor último.

Pero ella ya lo sabía. Sentada sobre la cama. Lo había expuesto, a la vista de afuera.

Que ella lo supiera, significaba que era real. Me había gustado, hasta ese momento, vivir mi secreto, como si fuera una realidad paralela, algo que podría existir y podría ser invisible. Algo que permanecería a través del tiempo, sin entrar a concretarse nunca de verdad. Algo que no habíamos desnudado plenamente ni siquiera entre los dos. No. No lo habíamos enfrentado. Era algo que nos pasaba, que aceptábamos que sucediera y que hacíamos suceder, minuto a minuto, cayendo en medio de nosotros, como un fruto inesperado y exquisito de la existencia. Un sueño dentro de una vida dura. Una navegación inesperada por un cauce secreto, delicioso. Una realidad de la cual yo no quería despertar. Era mi lugar protegido. Un desafío amoroso, arriesgado, peligroso, pero solo mío.

# Capítulo 35

No sé cómo se enteró mi padre. Probablemente por Laura. A pesar de que era reservada e independiente, esto la había sobrepasado.

Se encerraron a hablar. Yo los espiaba todo lo que me era posible. Tras las puertas, bajo las ventanas abiertas. Era un roedor caminando tras ellos.

Me di cuenta de que tenían miedo. Habían abierto una puerta que no podían cerrar.

Una puerta imprevista.

***

Mi nana, en la cocina, movía la cabeza.

—Como si yo no lo hubiera visto venir desde el principio —decía.

—No es gracia —dije—. Si esperas siempre lo peor, alguna vez lo peor llega.

Me miró, sorprendida.

—No siempre espero lo peor, niña. Pero lo suyo y ese niño era totalmente previsible —declaró—. Bastaba mirarlos para saberlo.

Y por primera vez en mucho tiempo me hizo de nuevo cariño en la cabeza, como cuando era niña.

—Mi niña mañosa —dijo con una ternura desconocida.

—Todo está pésimo allá afuera y de eso no tiene la culpa —manifestó—. Es esta época maldita que todo lo trastroca.

***

Comenzaron las conversaciones solemnes. Privadas. A puerta cerrada.

¿Interrogatorios?

¿Con la vista vendada? ¿Como nos contaba Laura que hacían con los prisioneros? A veces, yo sentía eso. Nos separarían a la fuerza. Nos encerrarían en piezas lejanas. Atados. Sin posibilidad de movernos. Por semanas, meses, años… tal vez nos exiliarían…

Mi padre llevándome de la mano a su pieza. En silencio. Cerrando la puerta tras él. Mirándome con ojos de juez. En silencio. De pronto, la palabra. Rompiendo, hiriendo, prohibiendo.

—Esto tiene que terminarse ya, María Jesús. —Ay. Mi nombre completo. El asunto era grave.

—Terminar qué —miré a mi padre. Era una de las pocas veces que lo había mirado de frente. Lo enfrentaba. Me sentía llena de una fuerza nueva. Estaba dispuesta a luchar por mi amor. Si me prohibía salir, me escaparía. Estaba decidida a todo.

—Usted sabe a qué me refiero, linda.

—No, papá, no lo sé.

—Federico y usted, son hermanos.

—No, papá. No lo somos.

—Pero viven como hermanos. En una casa, con un padre y una madre. Juntos, ¿entiende? Además, usted aún es una niña.

—Papá, hace cuatro años que dejé de ser una niña. Cuando se fue la mamá —lancé.

El gesto de su boca. Se puso de pie, se acercó a la ventana.

—Él tiene otra edad. Son distintos procesos. Él es hombre... Un hombre de 18 años busca otra cosa en una mujer.

—¿Qué busca, papá? Dígamelo. No lo sé. Según usted, soy una niña.

—Los hombres buscan… otra cosa. Otra cosa que usted... no...

Me hacía la que no entendía y sabía perfectamente de lo que hablaba. Quería protegerme. Desesperadamente. Como quería proteger a todo el mundo. A Laura. A todos. Allá, en su refugio en La Florida.

Recordé las palabras de la nana. Los cuatro años, la fruta madura. Mi padre me hablaba como le hablaba a Laura.

—Tiene que ser más consciente de lo que... usted… está cambiando. Está creciendo. Su cuerpo está cambiando. Dentro de poco, ya no será una niña. Tiene que ser más cuidadosa.

No puede andar como si tal cosa con... él tiene 4 años más que usted, linda.

Y quiere... algo que usted no... No es natural, no es normal, ¿entiende? Espacios. Tan cerca, es peligroso… ¿entiende?

—No, papá. Qué es lo que no es natural. Qué es lo que no es normal. Qué es peligroso.

Frases sin terminar. Alusiones. Edades. Diferencia de edades. Injusticia.

Mi padre tenía 17 años más que Laura. Ella, a su lado, era una niña. ¿Por qué ellos sí y nosotros no? Silencios. Y, para terminar, la tabla de la prohibición.

No pueden estar juntos. Se acabó. No es normal.

La palabra. Normal. Normalidad. Volvió a rondar de nuevo por el aire familiar. Había revoloteado por las paredes de mi casa cuando mi madre vivía con nosotros. Mucha preocupación por lo que era normal y por lo que dejaba de serlo. La línea divisoria entre lo normal y la locura. Una línea que en mi mundo siempre había sido tan movediza como el mercurio líquido de los termómetros. Ahora volvía, de la mano de la imposición.

—No pueden estar más juntos. Ni salir.

—Se acabaron las idas a comprar repuestos para la moto o para cualquier cosa.

El imán de romper ese dictamen nos atraía por momentos.

Soñábamos con escapar, con irnos a vivir a cualquier lugar, a cualquier guarida. Juntos los dos. No necesitábamos a nadie.

Si había que hacer estallar al mundo para estar juntos, lo haríamos.

# Capítulo 36

Laura utilizaba casi las mismas palabras que mi padre. Se encerraba a hablar con Federico a solas. Otras veces, me llamaba a su pieza, con él.

—No es natural, no es normal, cómo tengo que explicarlo —nos decía a veces, a los dos. Movía la cabeza, preocupada, nos chasconeaba al pasar.

—Nunca pensé que venir para acá produciría esto —decía—. Me vine con toda la ilusión de que armáramos entre todos una familia y...

—Y qué, mamá. La armaste, ¿no? Somos todos, estamos todos. Solo que la María Jesús y yo... estamos juntos, de otra manera, más juntos. ¿Como tú y Lucho? ¿Qué tiene de malo eso?

Federico la enfrentaba apasionado, vibrante. Su mechón sobre la cara.

—No entienden. No pueden estar así. Son casi hermanos. Hermanastros, lo que sea, pero es otro el vínculo. Van a tener un hermano en común dentro de unos meses. No pueden permitirse esas cosas.

¿A qué cosas se refería, exactamente?

¿Al sexo? No podíamos verle el lado oscuro. O sórdido. Sentíamos cosas exquisitas cuando estábamos juntos, tocándonos, o solo juntos, en silencio, sin movernos sobre la cama, sin apenas tocarnos. ¿Cómo podía ser eso malo? ¿O estar prohibido? ¿Qué importaba estar desnudo? ¿No nos habíamos visto casi sin ropa en los veranos, en la piscina? ¿De qué iba a servir el prohibirnos estar juntos cuando estábamos todo lo comunicados que pueden estar dos seres humanos? ¿Cuando éramos uno solo, sintiendo hambre, frío, calor, angustia, miedo, felicidad, todo de forma simultánea?

¿Por qué llamar anormal a eso? ¿Por qué condenarlo a la hoguera, sin juicio, sin defensa?

—No puede ser y no será —decían los demás, moviendo la cabeza, negando, tapándose los ojos. Tíos, tías, opinando.

—Son muy jóvenes.

—Es una aberración. Antinatura.

—¿Anti qué?

Nadie contestaba.

Solo nosotros no estábamos ciegos. Éramos los únicos que sabíamos de lo hondo, lo profundo que nos unía.

Optamos por quedarnos en silencio. No había palabras que pudieran abrirnos un camino, un espacio.

Enmudecimos. No compartíamos con nadie. Nos llenamos de signos invisibles que solo nosotros comprendíamos. A duras penas lográbamos vernos a solas, en algunos momentos dispersos en el día.

***

Un día Laura me miró. Estábamos solas.

—Esto tiene que terminar, gordita —dijo.

Yo había crecido. Era flaca, alta, larga. Ella seguía diciéndome gordita.

—Tendré que irme con Federico. Es la única manera de salvar la relación de ustedes. Sé que han estado viéndose a escondidas. Y no puede ser.

—Uno no puede tener una relación amorosa con un pariente —dijo—. Imagínese si ya objetan mi entrada en la familia, cómo será si… uff, no quiero ni pensarlo. Tengo que salvarlos de…

—Federico no es parient…

—Sabes lo que es, gordita —interrumpió ella—. Lo saben los dos. Y están cerrando los ojos, negándose a ver.

—¿A ver qué? —salté, los ojos llenos de lágrimas—. ¿Y salvar qué? ¿De qué nos vas a salvar, Laura? ¿Acaso afuera no hay casos más importantes que salvar?

¿O denunciar?

Eso le dolió en la piel del corazón. Me miró, los ojos brillantes.

—Sí. Afuera hay casos que denunciar —dijo—. Y lo hago. Pero aquí adentro también las cosas tienen que ser tranquilas, normales. Como en todas las familias. Habrá que cortar por lo sano —murmuró—. Y eso… lo tendré que hacer yo misma —agregó, con la cara vuelta, para que yo no le viera las lágrimas.

—¿Cortar por lo sano? ¿Acaso alguien está enfermo? —repliqué, arrogante. Ella me miró sin responder.

# Capítulo 37

A veces, lográbamos escabullirnos. Subíamos al entretecho. Parecíamos ratones frenéticos, abrazándonos, hablando de nuestra tragedia. Nos dábamos besos sin destino. Sin final.

No. No teníamos la culpa de que ellos se hubieran casado. No éramos hermanos. Ni medio hermanos. Ni nada. Éramos dos que se amaban con toda la fuerza.

¿Por qué teníamos que sacrificarnos por ellos? ¿Por una normalidad cuyas reglas nadie conocía? ¿Por qué no era natural besarse, amarse, tocarse?

Nos íbamos encendiendo a través de las palabras.

—¿Te das cuenta de que, si ellos no se hubieran casado, nosotros seríamos pololos, novios, amantes? Y todo estaría bien, seríamos felices —me dijo Federico un día sin dejarme responder, tapándome la boca con su beso.

Llorábamos juntos, en silencio, mirándonos.

—Aquí no hay culpables. Hay una sola realidad —dijo un día—. Y en esa, no estamos nosotros.

Quedé helada.

Nos comunicábamos. Nos mandábamos papelitos tontos, con *Te quieros*, que destruíamos inmediatamente.

Un día, Federico me atajó a la entrada del comedor. Estaba pálido.

—¿Podemos hablar?

—Sabes que no podemos —dije—. Está prohi...

—Ahora podemos —dijo él—. Le avisé a la mamá y a Lucho que íbamos a conversar. En privado.

—¿Y qué te dijeron?

Bajó los ojos.

—Que fuera en un lugar público. En el jardín. Desde donde pudieran vernos.

—¿Por qué?

—Tu papá dijo que era porque uno no se da ni cuenta de cómo pasan las cosas.

—Yo me doy cuenta —dije, enfurecida—. Me doy cuenta de que nadie entiende nada de lo que hay entre nosotros y...

—¿Pero podemos hablar? —interrumpió él.

—Sí —dije.

Él quedó en silencio. Buscaba las palabras.

—¿Qué me vas a decir? ¿Qué podemos salir? ¿Qué nos levantaron la prohibición de estar juntos? ¿Que podremos ir al cerro en tu camioneta y besarnos hasta perder la respiración?

—No —dijo él.

—Es peor que todo lo de antes —agregó después. Quedé sin respiración.

—Me voy —dijo.

Sentí mi pulso latirme en los ojos.

—¿Qué? —logré articular.

—La mamá nos sacará de aquí a mi hermano y a mí —pronunció después. Hablaba como si tuviera algo en la garganta—. Tal vez, ella se vaya después… no se sabe.

—¿Qué? —pronuncié de nuevo. Una voz que no era la mía.

Todo se deshacía alrededor mío, desarmándose a una velocidad sideral. El mundo quedó reducido a escombros.

No podía seguir de pie. Me tendí sobre el pasto del jardín. Él se tendió a mi lado. Desde arriba, nos miraban.

—Mi… amor —moduló entonces él, sin sonido.

—Mi amor —dije yo, en voz alta, fuerte, clara. Era la primera vez que le decía así.

# Capítulo 38

La última conversación entre mi padre y Laura fue a puerta cerrada. La oí desde el entretecho. La oímos con Federico, abrazados, temblando sobre las tablas manchadas con cacas de ratones.

Oí cosas. Una palabra rota. Corazón sin sonrisa. Supe que ella había abierto mucho sus ojos. Que miraba a mi padre como si estuviera en un aeropuerto.

—Iré a dejar a los niños primero. Después… me iré —la oímos pronunciar, con esfuerzo.

—Por favor, no lo haga, amor —oí suplicar a mi padre, con voz ronca—. Lo de… irse…

—Es una decisión tomada —escuché decir a Laura—. Te pongo en peligro.

—Una decisión tomada por quién —escuché la voz temblorosa de mi padre.

—Por mí. Tengo que tomarla —dijo ella—. Un amor adolescente solo termina con una decisión drástica.

Su voz sonaba frágil, como un cristal llevado al límite.

—Me he demorado mucho —dijo después—. Tengo que hacerlo ahora porque después… no podré cumplir…

El sollozo le cortó la frase. Sentí cómo mi padre la abrazaba. Oí cómo le ponía la mano sobre el vientre.

—¿Y él?

—Conmigo —sonrió ella entre lágrimas—. Nacerá cuando tenga que nacer. No sé dónde. Pero tiene que saber, Lucho, que yo a usted lo he querido y lo querré mucho. Y a sus hijos. Mucho —repitió con la voz entrecortada—. Por eso, es mejor que…

Nos tapamos los oídos. El sufrimiento dejaba oír su chirrido insoportable. El mundo nuevamente volvía al caos. Y a la oscuridad.

***

Nosotros tendríamos que adaptarnos a la hostilidad. La prohibición. Los ojos mirándonos como lanzas. Estábamos solos. Desarmados.

Teníamos que adaptarnos. Vivir en un bosque enemigo. Y fuimos aprendiendo. De a poco, como todo sucede.

Llegó la época de las máscaras.

Cada uno portaba un saco que iba creciendo día a día: el saco de lo escondido, de los deseos no cumplidos. De los silencios.

Aprendimos a construir una cara exterior de nuestro amor. En el fondo, sabíamos que la despedida se acercaba.

Ninguno de los dos se atrevía a pensar en ese momento. Estábamos seguros de que

nadie podría dar el primer paso. Pero sabíamos.

Sabíamos que se venía el adiós.

Un adiós extremadamente cruel. Un adiós insidioso, malvado. Porque aún no habíamos llegado a ser dos. A tener tiempo y cosas vividas tras nosotros. A tener recuerdos compartidos. Nos habíamos enamorado por primera vez como dos criminales, escondidos, apurándonos, sintiendo el ojo prohibitivo sobre nuestras cabezas.

Era necesario tomar decisiones. Elegir caminos. Pero la decisión drástica no la tomó Laura. Ni mi padre. Ni ninguno de nosotros.

Vino de la fuente del horror de ese entonces.

El afuera. El siniestro mundo exterior. De donde procedía el miedo. Pasaron unos días después que Laura había anunciado su decisión de irse. Federico y yo nos apartábamos. No podíamos ni mirarnos.

La culpa se había colado en nuestras vidas. Amarse estaba prohibido. La tensión se sentía en cada almuerzo, cada comida. No osábamos tampoco enfrentar a los demás. Sentíamos que todo nos cercaba. El enemigo podía provenir de cualquiera. Hipersensibles. Cualquier comentario nos hería. Interpretábamos las palabras, les dábamos un sentido agresivo. Éramos las víctimas por excelencia. Todo nos acercaba y todo nos separaba. Comenzaron las trágicas barreras invisibles entre nosotros. Era la tragedia de no poder estar juntos. Las miradas de todos, vigilando nuestros movimientos, las pupilas aumentadas. Éramos bacterias expuestas al lente del microscopio.

En la casa volvieron a reinar los bandos. Ya no eran dos. Ahora había varias facciones.

El bando de mi padre y sus hijos, mis hermanos. Los contrarios a Laura. Con mi nana como adlátere.

Otro bando, Laura y sus hijos. Atrincherados en espacios reducidos, guardando silencio. Claramente separados. Los silencios cundían. Pasaban horas sin que se oyera el sonido de los diálogos. Toda clase de miradas con diversas expresiones se cruzaban por encima del mantel del comedor.

El tercero era el bando en disputa. El que nadie quería que existiera. Federico y yo. Solos contra el mundo. E inexistentes. Éramos lo que no debía ser.

A veces, en medio de la tristeza, nos sentíamos héroes. Luchando contra algo que no sabíamos muy bien qué era. Tratando de vernos a solas en cada oportunidad que se presentara. Nos volvimos astutos. Silenciosos y recónditos. Aprendimos a comunicarnos sin palabras. Casi sin gestos.

Solo nuestras mentes y nuestros anhelos cruzando la valla invisible que nos separaba. Era irremediable. Nada que se pudiera conversar, llegar a acuerdo. Pero, de alguna manera, el estar fuera de la ley, fuera de todo lo permitido y lo adecuado nos daba una fuerza nueva. Un gong sonaba inaudible dentro del alma. Lo nuestro era inmenso. Nadie podía contra esa certeza. Era inmenso, pero también, lleno de culpa.

Los remordimientos nos invadían cuando veíamos la tensión creciente entre Laura y mi padre. El nerviosismo en aumento de Laura. El gesto hermético de nuestro padre.

Lo nuestro no tendría licencia de existir nunca. Jamás podríamos entender por qué.

Nos parecía tan injusto, tan cruel cortar de raíz lo eterno que había comenzado a nacer ahí, entre los dos, dentro del susurro y de las medias palabras.

Pero teníamos que adaptarnos a la hostilidad. A la prohibición. Entonces, aprendimos.

Llegó la época de las máscaras.

Cada uno portaba un saco que iba creciendo día a día: el saco de lo escondido, de los deseos no cumplidos. De los silencios.

***

No hablábamos de eso. En realidad, casi no hablábamos. Dolía demasiado. Al callarlo, el amor vetado resonaba cada vez más, estrellándose contra los muros, como un animal herido.

Una conversación pendiente.

¿Una conversación final? ¿Un acuerdo?

Ah, cuántas ganas teníamos de encontrar el argumento perfecto. Lograr estar juntos por la palabra.

Pero no había nada de eso.

La conversación final seguía estando pendiente. Adquiría cada vez más fuerza, una ola presionando un dique de contención.

Yo tenía la esperanza de que, como un milagro, la solución perfecta surgiera de ese diálogo final. De que todo volviera a su cauce, mágicamente. Pero sabía que eso era imposible. No existían los milagros. Lo había experimentado demasiado bien. Solo existía la fe en algo.

Comencé a buscar estar sola. No quería nada con el mundo. Me encerraba por horas en mi pieza, mirando el vidrio de la ventana en forma indefinida. Si tocaban a la puerta, daba cualquier excusa. No hubo comentarios. Nadie pareció darse cuenta. Nadie, excepto tú, Federico. Sin embargo, yo no quería ver a nadie. Tal vez, si no salía más, si me volviera incorpórea, pensaba. Era mi máxima aspiración. No ocupar espacio ni tiempo. Ser solo un soplo, estar contigo siempre. Lo prohibido. Lo vedado.

Comencé a escribir. Me sentaba, como Laura, ante mi mesa. Una palabra tras otra. Salían en tropel rebelde ¿Qué eran? ¿Cartas de amor? ¿La carta de despedida? No lo sabía. No importaba, por lo demás. Era mi voz, que iba apareciendo sobre el papel. Mi voz, mi miedo, mi desolación.

Escribir. Contar. Dejar salir. Hacer entrar a Federico en el abismo que estaba viviendo. Lo que sentía en mi piel. En las células de mi alma.

Las páginas se llenaban. Una tras otra.

# Capítulo 39

Esa tarde, Federico, tocando la puerta de mi pieza

—Hola. —Asomándose.

Miró por el pasillo. No había nadie. Se sentó sobre mi cama.

—Hola.

Él, mirándome como un preso al que le han dado su condena.

—¿Cómo estás?

Lo miré. No era posible que me hiciera esa pregunta.

—¿En serio? ¿Cómo crees que estoy? ¿Cómo estás tú? ¿Cómo estamos? Lo sabes, lo sé. Saberlo no hace que deje de doler. Dolor. Eso es lo que siento.

—Sí sé, pero igual —dijo él. Se acercó a mí.

A estas alturas, no podíamos mentirnos.

Nos miramos. Los ojos brillosos de lágrimas. Toda la angustia en nuestras caras. No podíamos manejar los movimientos de nuestros rostros. Permanecimos horas mirándonos.

No podíamos hacer nada. Solo el tiempo, galopando a nuestro encuentro, como un animal. Cada vez quedaba menos tiempo. Cada vez el momento de separarnos se acercaba más. Condenados a estar lejos. La partida, cada vez más cerca.

—Estoy mal. Pésimo —dije—. ¿Eso contesta a tu pregunta? Él se sacó algo del bolsillo.

—Te traje esto —dijo—. Para que… si lo lees… tal vez… estés… mejor… no sé… pero es tuyo —agregó.

Casi no podía hablar. Me pasó un cuaderno de matemáticas, escrito hasta la última hoja, la tapa dibujada por él mismo. Miré el título.

*De una vida*, decía. Letras sombreadas, en volumen.

—Tal vez debiera ser *De dos vidas* —dijo después. Tenía la voz triste.

—Primero se llamaba *Resumen* —dijo—. Después lo cambié. Porque esto no se puede resumir. Y no quiero resumirlo. Al contrario. Me gustaría que durara siempre.

Lo tomé con cuidado. Lo hojeé, casi sin atreverme a pasar las páginas. Había frases, dibujos, muchos dibujos. Buenos. Una sola línea y algo aparecía. Estaba yo, de perfil, sentada, de pie, contra el viento, corriendo.

—¿Tú hiciste esto? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Tú escribiste, dibujaste, me dibujaste?, mira est…

Yo pasaba las páginas, miraba, leía a borbotones. No podía hablar de asombro, de emoción.

—Me gusta este —dije de pronto. Lo leí en voz alta. Pareció cambiar cuando pronunciaba las palabras.

—¿Tú hiciste este dibujo? Es precioso. Soy exactamente yo… ¿En qué momento

lo…?

Lo empapelaba a preguntas. Me salían a borbotones de la boca, sin control. El asombro, la felicidad y la angustia. Todo junto. Pasaba página tras página, sin verlas, en medio de una nebulosa de admiración. Todo repleto de frases nuestras, de cosas solo de nosotros, croquis de nuestras manos juntas, de nuestras bocas juntas. Un dibujo mío de espaldas, desnuda contra lo oscuro. Ahí estaba todo lo que habíamos vivido.

Me abalancé sobre él. Quería besarlo, tocarlo.

Pero él me sujetó, suave, intenso. Me sostuvo apretada contra él.

—Déjame explicarte, María —dijo.

Lo miré. Era la primera vez que decía solo la mitad de mi nombre.

¿Explicarme qué? ¿Qué había cambiado entre nosotros?

Algo atroz se avecinaba. Cuando lo presentí, era demasiado tarde. Volvió a tomar el cuaderno y me lo puso entre las manos.

—Es un regalo de despedida —dijo, con la voz rota—. Me voy mañana.

—¿Qué?

Sentí que el aire alrededor mío se terminaba.

—Nos vamos con mi hermano, mañana. Su voz era sorda, ronca. Ahora yo iré a dejar la camioneta a casa de mi papá. Luego volveré para ayudar a mi mamá a la partida. Yo me iré a casa de mi padre. Mi hermano, a casa de mi abuela. Todo se… deshace —su voz se rompió.

Nos abrazamos sin palabras. No sé cuánto rato estuvimos así, fundidos; las manos en las manos, los cuerpos en los cuerpos.

—¿Y Laura? —dije después.

—No lo sabe muy bien —dijo él—. Tal vez, ella… se quede unos días… y después… —Me aparté de él. Tomé el cuaderno. Hundí mi cara en él. Lo olí.

—Gracias, mi amor —dije—. Esto es… —no pude seguir hablando.

—Para que te acuerdes de mí —dijo, la voz temblándole. Veía su manzana de Adán subiendo y bajando.

De pronto, dejé el cuaderno a un lado.

—No —dije.

—¿No qué?

Él me miró sin entender.

—No quiero *acordarme* de ti —dije—. No quiero este cuaderno en vez de ti. Quiero estar contigo. Vámonos, lo acerqué a mí. Vámonos ahora. Inventemos cualquier cosa y nos vamos. Los dos.

—¿Adónde?

—No sé… no sé… eso lo vemos cuando vayamos —dije—. Tal vez a casa de mi abuela, tal vez a otra parte. No sé, pero no quiero que nos separemos, no quiero tener este cuaderno en vez de ti. No quiero… —estallé en sollozos.

Federico me tomó dulce, me acunó.

—No vamos a estar separados —dijo—. Estaré pensando en ti, tú en…

—No es lo mismo.

—Sí sé, pero es que no hay otra solución.

Agobio. Sentí todo el agobio. El mundo pesaba demasiado para mis hombros.

—¿Dónde vas a estar?

—Te lo dije, en la casa de…

—Sí, pero en qué lugar.

—En Providencia. El departamento de mi papá. ¿Te acuerdas de que te lo mostré?

—Sí, supongo —dije, quitándole la vista y mirando hacia la ventana. No me acordaba.

No quería acordarme. No quería aceptar. No quería verlo irse. No quería tomar su cuaderno y acordarme de él. No quería su presencia ausente dentro de mí.

—Léelo, María —dijo él, emocionado—. Es todo… sobre ti… y sobre mí. Me he demorado 5 meses en escribirlo.

Lo miré. No dije nada.

—¿Lo leerás?

—Sí.

¿Cómo podía ser que esto fuera a terminar así? Un cuaderno de regalo, un beso, un *te querré siempre*, la puerta abriéndose y volviéndose a cerrar. Ah, cómo dolía.

Me sentía culpable. Me sentía víctima. Me sentía defraudada. La vida era horrible.

—También yo he escrito —dije. Se le iluminaron los ojos.

—Dámelo —dijo—. Compartiremos…

—No —corté—. No quiero que me leas. Quiero estar contigo. Ser tú. Y que tú seas yo. No puede ser que te vayas a…

Los sollozos me estremecían. Federico me abrazó.

—Lo hemos hablado muchas veces, no te pongas así —dijo. Esto no terminará. Seguiremos viéndonos. Aunque sea a escondidas, pero después. No me voy al fin del mundo. Es solo la casa de mi…

—¡No quiero que sigamos viéndonos a escondidas! —grité—. ¡Esto es lo más grande y bonito que he tenido en mi vida! ¡No quiero esconderlo! ¡No quiero que lo prohíban!

Federico me puso la mano en la boca.

—Yo tampoco quiero —dijo—. Pero esto no va a resultar. Ya nos explicaron, María. Nos dejaron rayada la cancha. Somos demasiado chicos y esto no va a…

Le puse las manos en los hombros.

—Si te vas, amor, ¿cuánto te vas a demorar en…

No podía pronunciar la palabra. *Olvidarme*.

—¿Cuánto me voy a demorar en qué?

Entonces, él fue a la puerta de mi pieza y la cerró con llave. Se acercó, me abrazó por detrás. Me dio un beso largo en el cuello.

Quedé estática. No podía moverme. Toda la delicia del mundo ahí, acumulada en su boca tocando mi cuello.

No sé cuánto tiempo pasó. De pronto sentí su voz ronca, modulada, maleable. La voz que usaba para cantar. Lo hacía bien. Demasiado bien.

—Te amaré… hasta el fin de mis días…

Cantaba. Su voz exacta entrando como daga, ronca, única.

La canción de Silvio penetrando, sutil, por mi cuello, como un beso profundo.

Recorriéndome entera. Vértebra a vértebra. Cerré los ojos. Apreté mis puños. Saqué fuerzas de no sé dónde.

Nos besamos distinto. Era el beso final. Después, me aparté de él.

—Ándate, se está oscureciendo —dije—. Si nos pillan aquí, con la puerta cerrada, nos matan. O nos encierran, que sería peor.

—Además —agregué—, no estaré mañana cuando partas. No quiero. Va a doler demasiado.

Caminé hacia mi puerta, la abrí y salí. Él salió detrás. Adiós.

—Léelo —dijo, mirando el cuaderno sobre la cama—. Es una orden, sonrió. Me chasconeó el pelo y partió, sin dar vuelta la espalda.

Lo seguí.

De pronto, algo pareció sacudirme. Una descarga eléctrica.

—No —lo detuve. Me miró.

—¿No qué? Sabes que no hay manera de…

—Quiero estar contigo antes de que te vayas —dije.

Él quedó en silencio. Después lo vi encogerse de hombros.

—Cómo —dijo—. Aquí no…

—Aquí no —lo interrumpí—. Arriba sí.

Y le mostré el desván, donde nos habíamos metido algunas veces, para escondernos del grupo.

Esa tarde, cuando anochecía, subimos por la escalera plegable.

Ahí estaba el entretecho. Nos habíamos metido ahí algunas veces, acezando, rápidos, después de una carrera, tapándonos la boca para que no nos sintieran. Era el escondite perfecto.

Esa tarde fue distinta.

Distinta a todas las tardes del mundo.

Nos fuimos sacando la ropa, lentos, sucesivos, sin quitarnos los ojos de encima. No nos dimos cuenta de que hacía un frío que pelaba los huesos.

Esa tarde, ese lugar fue absolutamente nuestro.

Hicimos el amor lentamente, en silencio absoluto, con los ojos abiertos, mirándonos interminablemente. Era nuestra primera vez. El tiempo pareció ensancharse y llenar el espacio de otro aire, de otro presente.

Éramos eternos. O queríamos serlo. Como todo lo que muere. Como todo lo que se acerca al fin. Casi antes de haber comenzado.

Esa tarde, esa noche, dejamos de ser quienes éramos.

# Capítulo 40

Hasta que llegó el día de la partida. Tomados de la mano los vi alejarse. A los tres.

Ella y sus dos hijos. Tal como habían llegado aquel día.

Laura los sacaba de ahí. Después volvería a arreglar sus cosas. Los repartiría como a huevos. El menor, a casa de su abuela materna. El mayor, a casa de su padre; su primer esposo. ¿Y volvería a qué? ¿A tratar de seguir respirando contra la corriente? Tal vez, a esperar que naciera el hijo de ella y mi padre. Y luego, también se iría. Todo iba deshaciéndose, como la neblina de las madrugadas, cuando se retira vencida por el sol.

Federico la tomaba del brazo. Los seguí.

No podía respirar. Mi pulso saltaba en mi cabeza como un animal sin domar. Se dirían cosas que no debían ser oídas por nadie.

Las latas sonaban con toda la fuerza del agua y de la llovizna que había comenzado a caer. Los perros ladraban, desaforados.

# Capítulo 41

Salieron a caminar rumbo al puente. Desde ahí, ya no pude seguir oyendo nada más. Los vi caminar, conversar, gesticular varias horas. Federico, Matías, ella. Ninguno de los tres aparecieron en el comedor ese día.

Luego sentí el motor de su auto. Salí corriendo.

Federico me miró desde lejos. Ya no sería más un niño.

Era un hombre que se iba. Era mi amor que se alejaba.

Lo vi llevarse la mano a los ojos. Luego, al corazón.

Yo estaba ahí. Y partieron.

Cerré los ojos. La imagen de Federico inundó mis pupilas por un instante. Después, desapareció.

# Capítulo 42

Me encerré en el baño. El llanto era incontrolable. Pasé la noche ahí, sentada sobre la tina, llorando.

Al día siguiente, lo miré irse desde la misma ventana del baño.

Parecía un hombre adulto. Iba con su mochila. La misma con que había llegado. Lo vi subirse a su camioneta blanca. Era la ida por partes. Más dolorosa aún.

Luego volvería y se iría de nuevo, definitivamente. Dolía. Todo dolía.

Federico iba serio, pálido. Caminaba muy erguido. Podía adivinar cada uno de los movimientos que haría cuando se marchara. Abriría la guantera. Sabía qué casete sacaría. Sabía que lo pondría a todo chancho. Sabía exactamente cuántos cigarrillos se fumaría en el camino. En una sola imagen, recordé todo lo vivido con él. Nuestras salidas clandestinas. Mi primera borrachera. El primer beso. Los gestos, las señales.

Mi cabeza parecía romperse. Llena de azulejos. Pedazos de la única historia que no podría olvidar jamás. Mi pobre historia tronchada. Mi historia de amor primera encerrada en ese cuaderno, amorosamente tejido por él. Mi regalo secreto. Su partida no había servido para nada. Ahora lo quería más que antes.

Hasta el fin de mis días, susurré, mientras miraba una y otra vez la camioneta perderse en el remolino de polvo que se revolvía, furioso, sobre el camino, esparciendo la tierra en todas direcciones.

Caí en un pozo sin fondo. Federico ya no estaría. No habría nada ni nadie que me salvara de la angustia. Habíamos comenzado recién. Habíamos descubierto nuestros cuerpos, nos amábamos. Todo eso había sido llevado por delante, con una retroexcavadora. Nuevamente, comenzaba el descampado, la tierra de nadie que me había rodeado siempre. Volví a irme sola por el campo, en las madrugadas, yéndome sin ir a ninguna parte. Volvió el silencio. Su no estar resonaba con un zumbido insoportable.

Volvió el silencio. Su no estar tenía un ruido imposible.

# Capítulo 43

Desde ese minuto, las llegadas y salidas de Laura de nuestra casa se hicieron más frecuentes, más inesperadas. Podía salir o entrar a cualquier hora del día. A veces, entraba corriendo, sacaba algunos papeles, y volvía a irse corriendo, subiéndose a su auto con el motor encendido. Siempre se trataba de algo urgente, algo de vida o muerte. La energía parecía brotarle de la piel como una secreta pócima, llena de potencia.

Yo la veía salir, muy temprano, la onda del pelo hacia atrás, valiente, aguerrida. Me quedaba mirando su melena oscura por el vidrio de su auto. Agazapada tras el muro del miedo, la miraba partiendo a enfrentar a los monstruos de afuera. Había mañanas en las que, tras la ventanilla de su escarabajo, ella fruncía el ceño y luego, rápidamente, me miraba, envolviéndome en una sonrisa que no estaba dirigida a nadie más.

Eran esas las únicas veces en que la veía sonreír. El auto se ponía en marcha y ella apretaba el acelerador a fondo. El camino quedaba lleno de polvo y del ruido ensordecedor de las latas del puente. Yo me quedaba ahí, envuelta en la tierra fina, en el profundo interior de la nube incierta de ese tiempo, sola.

No podía dejar de pensar en lo que vendría. Partidas, adioses. La ferocidad de quedarse. Pensaba sobre todo en él. Federico, mi amor primero. Cuando se vaya, pensaba, le escribiré cartas largas, muy largas. Pero nunca escribí nada. No era capaz.

El mundo se me volvía en contra, enfrentándome con todas sus púas. No había nadie en mi existencia. Mis pasos resonaban solos, sin compañía alguna en el universo. Me faltaban sus manos, su perfil manejando la camioneta. Me faltaban sus brazos en mi espalda; ir a alta velocidad, tomando la curva en la moto, a más de ochenta kilómetros por hora, el viento en la cara.

# Capítulo 44

Después de dejar a sus hijos en distintas casas, Laura volvió por esos días. Sin ellos parecía más sola que nunca. Le costaba carne y sangre estar sin ellos.

Sin sus hijos. Parecía empeñada en vivir el presente, sin mirar atrás, sin dejar que el dolor hincara sus dientes en ella. La veía ir y venir, inquieta. Preparaba trabajos, tecleaba artículos con sus dedos frenéticos, hacía llamados durante los cuales la escuchaba discutir dando grandes pasos, exaltada con su interlocutor, moviendo las manos, dando argumentos. Llenaba los espacios con su actividad para no dar lugar a que entrara el dolor. Caminaba rápido, se movía de pieza a pieza, como buscando algo. Pero no buscaba nada. Solo encontraba los espacios que habían dejado los ausentes.

En La Florida, los días pasaban todos iguales, mecánicos, uno tras otro. Silenciosos. Los bandos se habían aquietado. No había confrontaciones. Tampoco, conversaciones a puerta cerrada. Las discusiones en la mesa habían desaparecido. Los partidos de fútbol apasionados, también. Era como si el universo hubiera dejado de respirar.

Mi padre tenía miedo. Se le notaba en los ojos. Y en sus cejas fruncidas permanentemente. Perdido en sus pensamientos, yo sabía, intuía en qué pensaba.

Todas las anteriores discusiones con Laura se habían aquietado. Ahora se vivía solo una tensa espera de algo que daba espanto verbalizar.

Mi padre hacía memoria de algo cuyo olvido era imposible. Una fecha: 12 de septiembre de 1973. Años atrás. Ese día, él había sido llamado y se habían emitido anuncios por la radio que decían que se lo buscaba. Era el bando número 51. Lo repetían una y otra vez entre cortinas musicales.

El recuerdo de ese día extendía sus tentáculos y llenaba ahora su presente.

Mi padre había sido, hasta ese momento, ministro de Estado. La radio repetía una y otra vez la dirección donde debía presentarse.

Ese día, él había estado toda esa mañana en un cónclave familiar.

—Es una vergüenza familiar —lo había definido mi abuela.

—Es impresentable tener un hijo preso —manifestó.

Los consejos llovían desde todos los ángulos. Que huyera. Que se refugiara en una embajada. Que contratara un abogado. La persecución se había acentuado. El gobierno había extremado su dureza y sus recursos. Había operativos casi todas las noches. Finalmente, mi padre había levantado la cabeza y nos miró a todos juntos.

—Me entregaré, la cara en alto —dijo sencillamente—. Hay muchos como yo. No tengo nada de lo cual avergonzarme. Seré un preso político, pero no renunciaré a mis ideas. No quiero que mis hijos vean la escena de que me vengan a buscar a la casa. Es demasiado. Ustedes, trabajen desde fuera para sacarme. Y recuerden que me llevan a la cárcel por mis ideas de libertad, a las que nunca renunciaré.

Luego fue a la cocina y enfrentó a mi nana.

—Usted es la única en quien confío —dijo—. Por favor, hágase cargo de mis niños. Nadie los quiere y los conoce como usted. Queda a cargo de la casa —dijo. Las platas se las dará mi hermano. Encárguese de que crezcan bien y de que hagan las tareas.

La nana solo tuvo fuerzas para asentir con la cabeza, mientras se tragaba un sollozo gigante como si fuera un pedazo de carne atascado.

Después de eso él había partido, caminando erguido, sin miedo.

En esos dos años, la nana había reinado en la casa en gloria y majestad. Luego mi padre había vuelto de la isla Dawson. Lo habían exonerado de los cargos. Los contactos y las influencias habían dado resultado esta vez.

Volvió lleno de amenazas y de condiciones. No podía alejarse del país. Tenía que ir a firmar todas las semanas a un lugar.

Pero él no dejó, ni por un segundo, de trabajar por sus ideas. Tenía toda una red gigantesca de contactos, con los que trabajaba bajo cuerda.

Por ese tiempo, poco después, había llegado Laura a vivir con nosotros. Con sus hijos, su maleta inmensa, sus carpetas, sus programas, sus muertos, su voz, su valentía imbatible.

A veces mi padre y ella discutían sobre el cómo burlar la vigilancia, la represión. Mi padre temía por ella.

—Laura, usted será siempre temeraria, casi imprudente —decía.

—Es lo único que nos queda, dar la cara —replicaba ella.

—Si usted supiera… —decía entonces mi padre.

—Lo sé —comenzaba a decir Laura—. He entrevistado a muchos…

—No, no sabe —interrumpía él—. Tienen toda la crueldad por el mango. No puede imaginarse el escenario de estar en una prisión política.

Ahora último, sus conversaciones habían revelado algunas cosas de ese escenario impensable: el ser apresada. Laura sabía que era vigilada, que la seguían. Tenía la sospecha de que habían pinchado su teléfono.

Pero ella no tenía miedo. Sus palabras cobraban fuerza.

—Qué pasa si… —comenzaba mi padre.

—Si eso pasa, seré valiente, Lucho —le decía—. Saldré y me entregaré. No pasará nada. No llevo una mochila de crímenes a mi espalda.

—Ya verá —le decía al oído—. No pasará nada. Me detendrán unos días y luego me soltarán. Esto es solo un circo para seguir amordazándonos las manos y la voz.

—Esto es cualquier cosa menos un circo —murmuraba mi padre, en voz tan baja que ella no alcanzaba a oírlo.

Sin embargo, él tampoco cejaba en su labor.

Era vigilado estrechamente, pero él se las arreglaba para burlar la vigilancia de mil modos, cada cual más creativo que el otro, convirtiendo casi el asunto en un juego.

Los paseos al zoológico, por ejemplo.

El zoológico. Un día cualquiera, a mi padre le entraba una loca urgencia de visitar ese lugar. Nos echaba a todos arriba del auto y partíamos para allá. Era un paseo maravilloso. Todos nos entusiasmábamos. Pasar una tarde entera en el zoológico era una fiesta. No eran visitas cortas.

Cuando llegábamos, él se iba directo a la jaula de los monos. Era el lugar más ruidoso de todo el recinto. La jaula de los monos de poto colorado.

Miraba de frente a esos animales frenéticos y extraños, con su aire impactantemente humano. Les tiraba maní. Nos compraba bolsas de maní para que nosotros les tiráramos. Los monos casi lo esperaban llegar. La algarabía que armaban cuando mi padre aparecía era mayúscula.

A los pocos momentos llegaba junto a la jaula un hombre. Se ponía al lado de mi padre. Los dos mirando la jaula, mi padre con el cartucho de maní. El hombre diciendo algo, con la vista fija en los monos.

Otras veces, llegaba una mujer.

A veces, iba con Laura. Ella también se paraba atenta frente a la jaula.

Luego iba a pasear con nosotros. A la jaula del mamut. O a la del león soñoliento, que a veces dejaba oír su rugido paralizante, aterrador. Y luego, volvíamos a la jaula de los monos.

Conversaban entre murmullos inaudibles, casi sin mover los labios, casi sin voz. A veces, se pasaban papeles. Diarios. Gestos, señales, ademanes. Si alguien se acercaba se quedaban en silencio. O hablaban del clima, del fútbol, del próximo feriado. Si se acercaba otra familia, se quedaban en el silencio más absoluto.

# Capítulo 45

Hasta que llegó esa mañana.

Esa mañana, el violento ruido de las latas del puente atronó el lugar. El ladrido de cientos de perros vino después. Me desperté de un salto. No sé qué hora era. Me vestí como pude envuelta en una coraza de miedo. Toda mi piel alerta. Qué iba a pasar.

El ruido crecía. Se oían gritos, ruido de pasos, carreras, frenazos de auto, motores encendidos. Puertas que se abrían y cerraban brutalmente.

Corrí por el pasillo y entré a la cocina.

Ahí estaban. No cabía nadie más. Todo el lugar estaba lleno. Dos patrullas de pacos. Rostros adustos, color de masa cruda. Voces bruscas. Abrían puertas, las cerraban. Buscaban. Uno daba las órdenes. Entraban en la despensa. Botaban frascos, tazas. No recogían nada. No se disculpaban.

Dónde está, decía el oficial.

Salí de ahí corriendo. Iba a avisarle a Laura. Pero me encontré con que ella ya corría por la galería hacia el fondo de la casa. Mi padre iba detrás.

Los perros ladraban desenfrenados. Algunos mordían las ruedas de los autos que habían entrado. Los policías los ahuyentaban a patadas.

Pensé que Laura y mi padre se refugiarían en la bodega. Abrí y salí corriendo para ver que estuviera abierta. Me tropecé y caí. El maicillo en mis rodillas, áspero, frío. El miedo comenzó a subir por mi cuerpo, como una ola.

Las vacas en la lechería se movían inquietas. Mugían más que de costumbre. Los caballos relinchaban.

El ambiente áspero de las acacias moviendo sus puntas, los pinos resonando sus raíces.

Escalofríos, mi cuerpo tiritaba desde mis tobillos hasta la cabeza. Posición de alerta. Una vez más. ¿Qué pasaría ahora?

Tal vez no vinieran a eso, pensé.

No era la primera vez que en mi casa se vivía este tipo de espectáculos.

Cada vez que mis hermanos salían en moto, volvían con alguna patrulla detrás que quería llevárselos por manejar sin tener carnet. Reclamos, reconvenciones, multas. Y después que los pacos se iban, risas, palmetazos en el hombro: “Gracias, mi cabo, les sacaré la mugre a estos cabros, no se preocupe”.

Pero esta vez era distinto.

Había un tono definitivo que antes no existía.

Ahora no se habían quedado esperando en el patio. Entraron. Abrían, cerraban puertas, mamparas, ventanas. Sus botas resonaban. No hablaban.

Ahora un oficial entraba violentamente en todas las habitaciones, seguido por los de su grupo.

—Aparten, dejen paso —iba diciendo—. No pongan resistencia.

Los mirábamos con la boca abierta. ¿Qué era poner resistencia? ¿Cómo alguien habría soñado hacerlo?

Luego pronunciaban el nombre completo de Laura. Una y otra vez. Mi padre estaba pálido, no emitía palabra. Los seguía.

Finalmente, Laura salió de la pieza. La miré recortada contra la luz que golpeaba al borde del umbral. Su embarazo pronunciado. Su vientre, bajando en una curva suave. Se había tomado el pelo atrás y parecía muy niña. Solo resaltaban sus ojos, sus inmensos ojos serios.

Estaba muy pálida.

Sus ojos mostraban todo el miedo, la alerta. Pero también la valentía. Fue directo hacia ellos.

Intentó explicar, hablar.

Se armó una discusión. Los oficiales la interrumpían continuamente.

En ese momento apareció mi nana. Me pescó sin contemplaciones de un brazo y me llevó, casi arrastrando por el pasillo. Como si fuera uno de ellos.

—¡Métase en su pieza! ¡Cómo se le ocurre estar oyendo ahí, ¿no ve que esto es peligroso? ¡No hay que meterse en donde a una no la llaman, niña! —decía, mientras iba por todas las piezas cerrando puertas y bajando cortinas de la casa. Como si temiera que nos dispararan desde afuera.

Apenas se fue de mi pieza, me arrastré hacia fuera. Me escondí detrás de muebles y puertas. Tenía que saber. Mi mundo se destrozaba de a pedazos, en medio del ruido. Todo se hundía. ¿Por qué habían venido? ¿Por las entrevistas que hacía Laura? ¿Por sus programas de televisión censurados? ¿Por los muertos resucitados por ella? No sabía nada de nada. El aire tirante se negaba a ser respirado.

Laura estaba en el patio de la cocina. Rodeada de policías, la cabeza en alto. Su miedo parecía haber sido reemplazado por su ira. Le brillaban los ojos y levantaba la barbilla. Alzó las manos y gritó:

—¡Quiero hablar con el oficial de este operativo! —La barbilla le temblaba.

Mi padre se acercó, la sujetó por el brazo.

—Cálmese —susurró, con voz casi inaudible—. Así no… Déjeme a mí. Luego se volvió hacia los uniformados. La voz tranquila, potente, serena.

—Están en propiedad privada, caballeros —dijo—. No sé qué hacen aquí ni quién los dejó entrar e interrumpir todo con este alboroto. Quiero examinar la orden de allanamiento —terminó.

Del auto policial bajó entonces alguien sin uniforme. Era un hombre. Chaqueta y corbata. Le mostró una carpeta. Estaba llena de papeles timbrados.

—Es mejor que la dama venga con nosotros sin resistencia —dijo—. Si la opone, será peor. Mucho peor.

Se hizo un silencio espeso como una sopa. A lo lejos, seguía oyéndose el ladrido de los perros.

De pronto a Laura le cambió el rostro y los ojos. Había tomado una decisión. Se irguió y caminó hasta el oficial que daba las órdenes.

—Espéreme un momento, iré a buscar mi abrigo y mi carnet —dijo. El oficial se hizo a un lado.

Laura entró a la casa. Unos minutos más tarde, la vi salir. Traía el mismo abrigo con el que había llegado con sus dos hijos de la mano y su maleta. Estaba muy pálida.

Fue a la mesa de la cocina y se quitó su anillo y el collar de caracolas.

—Aquí los dejo —dijo, hablándole a nadie en particular—. Guárdenmelos. Que no se pierdan.

Después fue hacia mi padre, lo miró y le puso la mano en el hombro.

—Adiós, Lucho.

Y luego le dijo algo al oído.

—No pasará nada, ya verá —logré oír.

Y después, cuando se iba subiendo al furgón sin ventanas, sin dejar de mirarlo:

—Te quiero. Y nada más.

El destacamento partió con el mismo estruendo con que había llegado.

Nos quedamos todos con los brazos caídos, la boca entreabierta, mirándonos, en medio del remolino de polvo del camino que se nos entraba por los ojos, narices, bocas, mientras los perros ladraban interminablemente.

Nadie pudo decir una sola palabra. No había nada que definiera el horror. Esa fue la última vez que vi a Laura.

# Capítulo 46

No sé cuánto tiempo ha pasado desde esa última vez. Hay días en que me parece que ha transcurrido más de un siglo, Violeta, sí, volver a los diecisiete. Días escurriéndose, como el agua por el lavaplatos. Otros días siento aún el portazo urgente de su ida y la veo caminar entre el escuadrón militar, frágil, pálida como una figurita de papel, solo su barbilla levantada en desafío y sus inmensos ojos sobresaliendo, mirando a mi padre, haciéndole un gesto de *no pasará nada, amor, ya verá*.

Pero si tuviera que acudir al calendario para contar la verdad de las cosas, sí, ha pasado tiempo, mucho tiempo. Tiempo que a veces se siente en la piel, en el cansancio, en esa desazón que se comienza a instalar en los huesos. En esa incredulidad de que las cosas se resuelvan alguna vez. Tiempo que otras veces parece borrarse mágicamente y llenarte de alerta, de expectación, de energía, de algo a punto de suceder.

***

Aunque Laura no estaba, la casa de La Florida quedó llena de su huella. De su gran maleta se encargó mi padre. No sé qué hizo con ella, pero desapareció igual que su dueña, bruscamente, como si hubiera sido confiscada. Sin embargo, durante mucho tiempo siguieron apareciendo sus zapatos en diversos clósets y armarios, sus collares, las conchas de su baño, y su característica rapidez de ventolera moviéndose, urgente, por toda la casa, provocando casi corrientes de aire. La casa parecía enferma. Llena de los objetos, ya sin uso, que habían sido de Laura. Estos tenían eco. Pósteres colgados aún, con las orillas rotas. El gran frasco de las conchitas de mar, lleno de polvo. Cojines con palomas de colores incrustadas en género.

Durante mucho tiempo me fue imposible aceptar la idea de que Laura ya no estaba con nosotros. De que su cabeza despeinada no aparecería a última hora, por el hueco de la escalera, diciendo: *Perdón, estoy súper atrasada, tengo que terminar un artículo urgente. Altiro bajo. No, no me guarden almuerzo, me comí un pan*.

Con el tiempo, después de su ida, la casa se fue desarbolando, como si las cosas hubiesen decidido irse de a poco, también. En las paredes faltaban cuadros. En los baños ya no había plantas, ni humedad. Comenzó la decadencia de los muros. El gallinero se caía a pedazos. En la pesebrera no había ya caballos, las monturas colgaban vacías, sin jinetes.

Mi nana había decidido jubilarse. Ya no tenía parvadas de niños a los que proteger, ni gallinas cluecas que corretear. Ni niñas que le pidieran empanadas de queso sin queso. La comida era cada vez más escasa. Ya no volví a buscar cosas entre los nidos de las gallinas.

***

Entretanto, aunque tampoco tengo mucha conciencia de ello, mi crecimiento llegó, aunque el término de mi infancia se situaba mucho antes en el calendario corporal de mi piel, de mi alma.

Terminé vagamente de crecer, de ir al colegio, de postular a la universidad, de quedar, de estudiar de memoria para los exámenes haciendo resúmenes inacabables, de preparar la tesis, de hacer la práctica durante meses de esfuerzo y trasnoches, de dar, temblando, el examen de grado, de recibir un título.

Seguía sintiendo en las noches el ruido de las teclas de la máquina de escribir de Laura y no podía dormir. De hecho, nunca he podido dormir bien desde entonces. La echaba de menos. Después de su ida, la silueta de su ausencia llenaba todos los rincones, alerta, nerviosa, desvelada, locamente urgida, siempre con el fantasma de que llegaría atrasada, después del cierre de la edición matutina del noticiario.

Mi padre comenzó a salir todos los días. No decía adónde iba. Volvía muy tarde. Nadie lo sentía, ni a su moto entrando silenciosa sin que sonaran las latas del puente. Ya no se levantaba al alba, a ordeñar las vacas.

Yo también, como Laura con sus papeles y carpetas, porté siempre una maleta de miedos e inseguridades que crecía a medida que pasaban los días. Me acordaba de mi propia madre mágica, en sus peores días, cuando vivía con nosotros, llamándome aparte, encerrándose conmigo en la pieza junto a la bodega del medio y diciéndome en secreto:

—Me voy a ir. No quiero contárselo a nadie. Solo a usted. No quiero que nadie sepa que me voy. Solo usted. Saldré en silencio por la puerta de la cocina. No volveré y usted no dirá nada, me ayudará, porque me quiere mucho. ¿No es cierto?

Y yo, cuando niña, la cara bañada en lágrimas, la miraba, diciendo que sí, que la quería mucho, sin poder hablar, sabiendo de antemano, con solo mirar su rostro, que cualquier ruego mío para que no se fuera sería inútil, porque su decisión estaba tomada desde su alma. Y así lo había hecho. Y también yo había guardado el secreto. Atesoraba la imagen de ella marchándose, llevándose su vestido de hada y sus zapatos azules.

No se lo había dicho a nadie, tal como había prometido.

# Capítulo 47

Después de Laura, pensé en irme igual que mi madre. En silencio, con sigilo, al alba por la puerta de la cocina, sin comunicárselo a nadie.

Tal vez me iría con Federico. No estaba segura de si quería verlo, realmente.

Él me llamaba por teléfono. Los diálogos eran cortados, abruptos. A veces me parecía que entre él y yo había ese muro transparente, el de las visitas a los presos. ¿Acaso no lo estábamos, presos, él y yo, cada uno en medio de su núcleo familiar protector, devorados por aquel tiempo como por unas fauces?

Nos íbamos alejando sin saberlo.

Las conversaciones tenían un tono nostálgico, como si hubieran pasado siglos desde la época en que nos amábamos locamente.

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien.

El diálogo parecía extinguirse, una llama a la que le faltaba combustible.

—¿Cómo te ha ido?

Me encogía de hombros, sin hablar. ¿Cómo me había ido? ¿Cómo tenía que haberme ido ante esta desolación?

Después, los llamados de Federico se espaciaron. Luego se volvieron definitivamente nostálgicos. Generalmente, llamaba los viernes en la tarde. Había días en que se mostraba más añorante, lejano.

—¿Te acuerdas de nuestras salidas en mi camioneta?

—Sí, obvio. Cómo me voy a olvidar de tu camioneta.

Ahí tuviste tu primera borrachera… La voz se le cortaba, lejana, añorante.

—Mi primer vómito de borracha —querrás decir. Y mi primer canto a toda boca, ¿te acuerdas? Pensar que nunca pude meter los cambios en esa camioneta… —Él se quedaba callado—. Luego decía:

—La vendí.

—¿Qué?

—La tuve que vender. Necesitaba plata. Ahora tengo un auto, pero más chico. Yo esperaba por el auricular.

Esperaba oír el clásico *si tú quieres, un día de estos… podríamos ir a dar una vuelta a los Dominicos*… Pero no. No decía nada. El silencio, una máquina sin engrasar.

Yo sentía su respiración por el teléfono.

—Supe que mi abuela fue a tu casa.

—Ah, sí. Vino. A buscar varias cosas de Laura.

—Sí. Me contó mi hermano. ¿Te acuerdas cuando la mamá nos llevaba a la casa de ella? ¿En su escarabajo?

—¿Te acuerdas cuando nos juntó a los dos en tu pieza y nos dijo que ella sabía lo de…?

Un silencio largo. Federico tragándose con esfuerzo la palabra amor.

—Lo de nuestro amor —dije. Y luego:

—Sí. Me acuerdo.

Otro silencio. Alguien sangraba. ¿Era yo? ¿Él?

Luego, la conversación se reanudaba, siempre agonizante.

—¿Es cierto que Lucho tuvo que vender las motos?

—No las tuvo que vender. Las vendió, quiso venderlas —respondí, con la garganta apretada. Había sido la última característica de la casa de La Florida que se había ido.

—No tiene sentido tenerlas si ya nadie las usa —había dicho mi padre. Y un día cualquiera, las motos ya no estaban.

El puente de las latas se ponía cada vez más silencioso. Casi nadie venía.

Casi nadie salía.

Luego, los llamados de Federico fueron raleando. Hasta que, al fin, desaparecieron. Como los acordes vacilantes de una música que se termina. Ya no teníamos más noticias que comentar. Ya nuestros amigos habían tomado distancia y el grupo se había deshecho lentamente. Habíamos recordado a Laura hasta que ya no quedaba nada por recordar. Ellos nos oían, corteses, mirando a otro lado. No íbamos a las mismas partes. Ya ni siquiera nos gustaban las mismas canciones.

# Capítulo 48

El tiempo se engrosaba alrededor de los días. Como una cañería estrechándose cada vez más, sin dejar pasar los minutos, las horas, las semanas, los años.

Yo quería cada vez más irme, irme, irme.

Me aprontaba para ejecutar mi plan de desaparecer un día cualquiera por la puerta de la cocina, cuando entonces la familia de mi padre apareció, vociferante, en la casa. Mi abuela, todos mis tíos, en cónclave familiar, decidieron que me hacía falta un cambio, que había saltado del colegio a la universidad en silencio y que yo había quedado demasiado golpeada por los hechos ocurridos. Ya era una joven con criterio —señalaron—, y que estaba en edad para tomar decisiones para mi vida, en la que, por supuesto, —subrayaron— no podía estar incluido el hijo mayor de Laura. Esa relación debía terminarse de una vez y cortar por lo sano. Nuevamente lo de *cortar por lo sano*. Qué manía de cirujano existe en las familias tradicionales. Adioses tajantes. Impuestos. Cerrojos. Encierros. Separación.

Y entonces, como salido de la nada y del llenado de algunas decenas de formularios, apareció el posgrado. Partiría a Madrid por 3 años para estudiar Lenguas Hispánicas.

Decidí viajar.

Dejaría en España todos mis miedos, inseguridades, preguntas nunca contestadas.

Hice planes de cómo iba a ser mi regreso, de qué haría. Me proponía darle un giro total a mi existencia.

Al otro lado del mundo daría vuelta la bolsa de mi infancia y la enterraría allá, muy hondo.

Que se deshiciera en otra tierra. Quería ser alguien nuevo. Mi padre movía la cabeza.

Solo él no quería que yo me fuera. Se resistía a que yo, la menor de sus hijas mujeres, ya no estuviera presente, visible, conversable, a la mano, como alguien presente por defecto. Retirando la mesa, fumando con él, ordenando su escritorio. Llamándolo en las noches, pasando las pascuas, cumpleaños juntos, los años nuevos, que cada vez parecían más viejos.

—¿Qué se le ha metido en la cabeza, ahora? ¿Irse? ¿Cuándo por fin estamos juntos? ¿Qué hay afuera que no sea igual a lo que hay adentro? ¿Otro mundo? Para mí significa mucho el que vivamos juntos. Además, ¿qué hay afuera de tan extraordinario como para que quiera irse? Aquí está la tierra, las cosas de siempre, nosotros dos… ¿Por qué, de pronto, todos necesitan irse?

—Papá, voy a volver, usted lo sabe. Solo que, bueno, quiero conocer otro mundo…

—Como si hubiera otro… —oí su voz.

—El único mundo que vale es este. El de estar aquí. Con los suyos.

—Sí sé, papá. Pero quiero tener otras experien…

—¿Más que las que ha tenido aquí? ¿No se da cuenta?

—¿De qué?

—¿De lo que ha vivido aquí? ¿De lo que hemos vivido aquí? ¿De lo que se ha vivido en este país? ¿Qué manía la de irse afuera?

No había respuesta a eso. Yo misma no tenía claridad de por qué me fui, de por qué estuve tres, cuatro años fuera. O tal vez fueron más. Solo sabía que yo ya no estaba en esa casa, realmente. Mi corazón había volado antes. Algunos de mis hermanos también se habían ido. Otros habían llegado después de irse. Ya no existía la rutina del grupo, los bandos, las tallas, los almuerzos a mesa llena, los rezongos de mi nana ni sus delicias. La casa mostraba sus garras. Espacios desolados, desiertos. Tenía que alejarme. Husmear por otros lugares, otros países, otros modos de ser, de vivir, de nacer y de morir.

Pero está vez yo estaba decidida.

—Quiero irme, papá. Apenas termine mi posgrado, me vuelvo. Quiero conocer el mundo, etcétera, como dicen todos. Pero quiero mucho más que conocer el mundo. Me gusta la gente. Quiero estar con toda la gente que pueda. Quiero ver otras maneras de vivir. De ver cómo los otros le hacen frente a los días y algunos logran ser… felices… No sé, es difícil explicarlo, pero quiero ir. Quiero irme. Usted sabe que voy a volver. Pero no soporto el ahora, aquí estamos tan aislados… presos…

Él me había mirado.

—Ya.

Esa había sido su respuesta. Después había sonreído.

Miré a mi padre, le tomé la mano y le prometí volver apenas terminara mi carrera. Mis manos transpiradas sostenían su miedo.

Y partí. Sin nada. Como hay que partir.

Laura y mi mamá también se habían ido, sin zapatos, sin sus tacos ni sus collares. Despojadas de todos sus textos, sus flores, sus palabras, sus quereres.

# Capítulo 49

Pasaron diez, doce años. Demasiados. Mi padre había muerto. Yo había vuelto a la casa de La Florida y vivía ahí, sola. Restauré las piezas y organicé el mundo en torno a esas habitaciones silenciosas que aún guardaban voces, olores. Ahora era yo la dueña del mundo. Pasear por esos espacios, salir a los potreros, a mi jardín, llegar hasta el ex puente de las latas me daba seguridad. Era lo mío. Lo que me rodeaba. Eso era yo. Retirada, tímida, callada, honda, intensa. Me rodeaba el inmenso silencio rumoroso de la casa puertas cerradas. Espacios que se mantenían limpios, encerados, en los que no vivía nadie. Me gustaba estar ahí por todo lo que antes había querido irme. Ahora, por primera vez, esa casa era yo. Yo y los que faltaban.

A veces recorría la casa, abriendo y cerrando puertas. Abriendo y cerrando cajones. Subiendo y bajando escaleras. Resistiéndome a recordar y haciéndolo sin que nada ni nadie pudiera impedirlo.

Porque seguía buscando, en silencio, sin querer reconocerlo. Laura. Dónde estaba. Indagaba sin cesar. No dejaba de ir a los lugares. Recorría algunas calles. Iba a los ministerios, hacía largas antesalas. Mis preguntas eran contestadas con vaguedades, revisión de viejos archivadores, encogimientos de hombros… Nadie sabía… Nadie quería saber. Entrevistaba a gente conectada con el gobierno de turno. Iba a lugares apartados donde parecía que había llegado alguien que sabía algo.

Me mantenía en contacto con las que habían sido sus amigas. Pero nada.

Nadie sabía nada. Iba a partes donde me habían dicho que tal vez alguien podría recordar algo de ella. Nunca encontré a nadie que me diera algo sólido.

Solo datos inconexos. Algunos nombres aislados. Un par de fechas. Me encogía de hombros.

Algún día, pensaba.

Volvía a casa, hacía como que no había ido y el tiempo seguía pasando.

# Capítulo 50

Un día cualquiera, el diario. Una noticia. Un recuadro pequeño, al lado izquierdo inferior del papel.

—Ahí donde nadie fija la vista —recordé la voz de Laura. Habían encontrado los restos de algunos desaparecidos. Había una lista de nombres.

Me puse de pie, el diario en las manos, electrizada. Laura. El nombre de Laura ahí, en la lista.

Mi pulso comenzó a latir en cuenta regresiva. Cinco, cuatro, tres, dos, uno… El llamado.

Federico.

—La mamá —dijo.

Voz seca. Escueta. Una voz llena de ángulos. Yo estaba en conmoción. Casi no podía hablar.

—Apareció tu… —comencé.

—Ella no. Lo que queda de ella —oí. La boca se me secó, saliva ausente. Las palabras pegadas.

—Tienes… tenemos que ir ahora a busc…

—No —oí su voz áspera, terminante, por el auricular. La realidad se tambaleaba a mi alrededor.

—¿No qué?

—No voy a ir.

—¿Qué?

—Que no voy a ir.

—¿Estás loco?

—No. Estoy cuerdo. Por eso no voy a ir. No quiero volverme loco.

Su voz era totalmente distinta. Dura, seca. Lo oí tamborilear los dedos en una mesa. Su escritorio. Estaría en la oficina. Este sería un asunto más para despachar, urgente. Quería deshacerse de él en forma eficiente, rápida. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Tienes que ir, Federico. Es *increíble* que *yo* te esté diciendo que *tienes que ir* a recoger los restos de tu madre.

—No seas dramática, por favor. Ahórrame la teleserie. Ni siquiera se sabe si son los res…

—Han hecho pruebas de ADN. *Son* los restos de tu madre, Federico. Cómo se te ocurre pensar siquiera en no ir.

—Por supuesto que se me ocurre. Para mí, la búsqueda terminó hace tres años atrás. Ahí tomé la decisión y bajé cortina. —Una voz sin matices, sin tonalidades. Gris, anodina, casual. Me estremecí.

—Si te llamé —siguió— fue solo para que supieras…

—¡¿Para que tuviera que oír esta estupidez que ahora me estás diciendo?! —estallé enfurecida.

—Disculpa, pero si te vas a poner en ese tono…

—¡Me voy a poner y me pongo! ¡Tienes que ir a buscar a tu madre, Federico!

—¿Qué te pasa en la cabeza? Tienes miedo. Eso es, ¿no? ¿Me vas a pedir que te acompañe? ¡Por supuesto que lo haré!

Lo sentí apretar sus mandíbulas.

—No seas absurda —rechinó—. Para que te enteres, yo ya he tenido miedo. He tenido todo el miedo que se puede tener. He enfrentado todo el horror que podía enfrentar. No queda nada. No iré y punto. Lo de mi mamá es asunto cerrado.

Ella ya no existe.

—¿Cómo puedes decir esa bestialidad? Asunto terminado… ¿Así llamas a tu…?

—Por último, dile al Chico —lo oí tamborilear los dedos en el escritorio—. Ese te va a acompañar encantado. Siempre ha sido un obseso buscando huellas, datos, fotos de la mamá… parece perro perdiguero. En cuanto a mí…

—¡Cállate! —grité—. ¡Ahórrame el discursito otra vez!

—Ahh, sí, que te ahorre el discurso! No has cambiado nada, por lo que veo. Sigues siendo la misma ilusa adolescente, caminando por el aire. Todo terminó, entérate. Lo de mi madre terminó cuando se la llevaron ese día de la casa de ustedes, en La Florida, donde nunca debió haber entrado. Y ahí, para que lo sepas, terminaron también muchas otras cosas. Como lo nuestro, por ejemplo. Que no dejó la menor… que no te importó nada. No vacilaste en parar la pluma e irte a Europa. Ni siquiera me llamaste para despedirte… Me quedé aquí como imbécil… preguntando por ti… todo ese tiempo… No. Ya todo eso está cerrado. No intentes reabrirlo. Yo pavimenté encima y seguí con mi vida. Y tú… deberías hacer lo mismo, ¿Entiendes?

Y cortó.

Quedé largo rato oyendo el sonido del teléfono zumbando en mi oído, trayéndome al presente.

# Capítulo 51

No podía dejar de mirar mi celular. Lo sostuve ante mis ojos, como si fuera un objeto de otra cultura, que veía por primera vez. ¿A quién había pertenecido esa voz, esas palabras? ¿Esa crueldad hermética?

A nadie, pensé. Era como si Federico se hubiera volatilizado y en su lugar hubiera aparecido un engendro rechinante. Una mutación de pesadilla.

No supe por cuánto rato estuve así, inmóvil, con la mano levantada y el celular en ella.

Entonces comenzó a soplar el viento.

Las latas del puente se agitaron. Un ladrido solo resonó a lo lejos. Una puerta se cerró con fuerza. Tal vez en la noche llovería.

Agarré mi cartera y salí. Al pasar por la mesa de la entrada, tomé las llaves del auto. Un Volkswagen.

Por primera vez, en años, me olvidé de echar doble llave a la puerta de entrada, como hacía siempre que iba a salir.

Abrí el auto. Puse mis manos sobre el volante. Luego encendí el celular. La aplicación GPS. Digité Instituto Médico Legal.

El mapa se desplegó en la pequeña pantalla. Encendí el motor, puse primera.

—Voy yo, Laura —dije en voz alta—. Espérame. Tenemos tanto que hablar.

La Florida, Santiago, 2022